

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

LOS NOVELISTAS
Y LA CIUDAD DE MEXICO
(1810-1910)

Tesis que presenta
María Teresa Bisbal Siller
para obtener el grado de
Maestra en Letras Españolas



México, D. F., 1963

M 122843



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES

1967

1967

.31766

**AGRADEZCO LA ORIENTACIÓN DE
LA DRA. MARÍA DEL CARMEN MILLÁN
Y DEL DR. FRANCISCO MONTERDE.**

ADVERTENCIA

LA CIUDAD nos rodea, vivimos en ella. Algunas veces la sentimos; otras, las más, nos pasa inadvertida. Ella es testigo silencioso de nuestros actos, nos ve nacer y morir, vivir y luchar. En toda ciudad existen siempre el amor y la comprensión, pero también el odio y la maldad. En medio del contraste, los habitantes viven dando a su vez vida a la ciudad.

Aunque de noche la metrópoli parece más apacible, no duerme del todo: hay fiestas, teatros, cabarets . . . y los hombres buscan diversión y descanso a las fatigas del día. Vela a los que duermen y observa a los que llevan esa vida nocturna, muchas veces desordenada y algunas otras trágica. Entonces contempla asaltos y crímenes, a hombres que huyen aprovechando la oscuridad protectora. Hasta que surge el nuevo día que infunde a la ciudad una vida nueva. Hay bautizos, casamientos y entierros; ir y venir de jóvenes y viejos, mujeres y niños. Unos van a la escuela, otros al trabajo o al mercado. La ciudad los ve a todos y sabe de su vida, de sus secretos; los conoce de años. Ellos, en cambio, no la ven; no tienen tiempo . . .

Es el novelista quien refleja a la ciudad, y aunque a veces exagera o deforma la realidad, esa misma exageración o deformación viene a dar lo pintoresco del

ambiente que sustenta la historia. Mi propósito es dar idea, a través de las novelas, del aspecto físico de la ciudad y de la vida que en ella se`llevaba por los años 1810 a 1910. Para ello he seleccionado a varios autores del siglo XIX que recogen diferentes facetas del México de la Independencia a la Revolución.

Para tener idea de los últimos días de la Colonia y de los principios de la Insurgencia, he escogido a José Joaquín Fernández de Lizardi. De él paso a Manuel Payno, que ofrece un amplio cuadro de la ciudad de mediados de siglo. Después vienen José T. Cuéllar, Pedro Castera y Juan Díaz Covarrubias, quienes retratan gentes y costumbres de la década de 1860, y por último a los realistas Emilio Rabasa, José López Portillo y Rojas, Rafael Delgado, Ángel de Campo y Federico Gamboa, que relevaron la vida de la capital al describir los aspectos socio-políticos del fin de siglo.

Como se nota, de los novelistas que desarrollan asuntos sentimentales he escogido únicamente a Castera, por ser él quien trata más de cerca la vida familiar. Quedan excluidos los que describen relaciones amorosas fuera de tiempo y lugar determinados. De los autores de novelas históricas, he tomado sólo a Díaz Covarrubias, porque se interesa también en documentar el aspecto social.

No tomo en cuenta a Luis G. Inclán y a Ignacio M. Altamirano, a pesar de su importancia artística, porque sus novelas se desarrollan en el campo o en la provincia y no en la capital, asunto al que ha sido limitado el presente trabajo. Obviamente tampoco estudio a los novelistas llamados de la Revolución, porque ella ocurre entre los años de 1910 a 1920, y las principales novelas fueron escritas después de 1916.

I. FISONOMÍA HISTÓRICA (1810-1910)

A PRINCIPIOS del siglo XIX, tanto los criollos como los mestizos ya habían desarrollado una conciencia de clase. También se incubaba en ellos la fuerza del espíritu americanista, fortalecido lentamente durante los tres siglos de coloniaje. Sor Juana y Góngora dejaron paso a las corrientes literarias que llegaban de la Europa racionalista, y los intelectuales se reunían en tertulias que derivaban en conversaciones filosóficas y sobre todo políticas, lo que preparaba el ambiente que derribaría muy pronto el régimen colonial.

Varias circunstancias favorecían el anhelo libertario, entre ellas: la creación de un ejército colonial y la elevación desconsiderada de los impuestos, que trajo la reforma tributaria y que produjo gran descontento en todas las clases sociales; las ideas propagadas por la reciente Revolución Francesa, la Independencia de los Estados Unidos y —lo más importante, que podía favorecer un movimiento rebelde— la derrota de la flota española en Trafalgar, que debilitó el poderío de España y la dejó en manos de José Bonaparte.

El reflejo de estos acontecimientos afirmó en México la autonomía del pueblo y el principio de nacionalidad opuesto a toda dominación extranjera. Si España luchaba por liberarse del gobierno de "Pepe Botella", como lo apodaba el pueblo, representante del dominio

francés, la Colonia estaba también en su legítimo derecho y en la oportunidad de liberarse del dominio español. Por lo que el 15 de septiembre de 1810 estalla en México la guerra de Independencia, cuyo grito anuncia una cruenta lucha que culmina en septiembre de 1821.

Con el pretexto de formar una Academia Literaria en Querétaro, se reúnen allí Allende, Aldama, el corregidor Domínguez, su esposa doña Josefa Ortiz y don Miguel Hidalgo. En esas tertulias se leía y comentaba a Diderot y a Condorcet, se discutían las doctrinas de Rousseau y al satírico Voltaire. De esas reuniones surge el movimiento insurgente. En Dolores se organiza un grupo al que se unen ciertas tropas virreinales descontentas, y el 21 de septiembre, en su marcha hacia Guanajuato, ocupan Celaya. El 24 de ese mismo mes lanza el arzobispo de Michoacán, Abad y Queipo, un edicto en contra de Hidalgo acusándole de enemigo de la religión y de la Iglesia. Con esta ocasión se inicia la prensa de género político.

La insurrección fue secundada con la palabra y con la pluma. De las imprentas clandestinas salieron miles de folletos y panfletos en defensa de los insurgentes. Bajo la dirección de don Francisco Severo Maldonado se funda en Guadalajara *El Despertador Americano*. En esa misma ciudad, Hidalgo organiza el gobierno insurgente, entrega tierras a los indígenas y proclama la abolición de la esclavitud. En la célebre batalla del Monte de las Cruces derrota al coronel Trujillo, pero más tarde el ejército insurgente es derrotado en Aculco y en el Puente de Calderón. Cuando Hidalgo se dirigía a Saltillo fue sorprendido y hecho prisionero junto con Allende, Aldama y Abasolo. Enviados a Chihuahua, fueron fusilados el 30 de julio de 1811. Mientras tanto, en

Londres, Fray Servando Teresa de Mier, que ya había tenido noticias del movimiento insurgente, publica las *Cartas de un americano español de Londres* y la primera *Historia de la Revolución de Nueva España*.

En la segunda etapa del movimiento insurgente destacan Rayón y Morelos, que se fortifican en Zitácuaro. El Dr. Coss funda *El Ilustrador Nacional* y don Joaquín Fernández de Lizardi comienza a publicar su hoja *El Pensador Mexicano*, que comenta los sucesos en lenguaje del pueblo, usa sus modismos, sus incorrecciones, su facilidad satírica y destaca los tipos característicos del México de principios del siglo XIX. Es Fernández de Lizardi el primer novelista que aparece en la literatura continental. El 30 de septiembre de 1812 la Constitución de Cádiz estatuye la libertad de imprenta y *El Diario de México*, ya sin mordazas, comienza al igual que Fernández de Lizardi a lanzar agravios al virrey Venegas, y sátiras y burlas al ejército realista en derrota. Al mismo tiempo, Morelos reitera la abolición de la esclavitud, y en 1813 el Congreso formado en Chilpancingo se traslada a Apatzingán, cuna de la primera Constitución Política de México (22 de octubre de 1814). Más tarde Morelos es derrotado por Iturbide en Valladolid y Puruarán.

Con la muerte de Morelos acaecida el 22 de diciembre de 1815, decae la revolución, cunde el desaliento y los grupos que subsisten se acogen al indulto, o bien se refugian en los fuertes esperando el momento propicio de unirse a los únicos caudillos que siguen luchando: Vicente Guerrero en el sur y Guadalupe Victoria en Veracruz. En Europa continúa en pie de lucha Fray Servando Teresa de Mier y no sólo lo hace teóricamente con sus escritos, sino que organiza la expedición de Francisco Javier Mina, que desembarca en Soto la

Marina el 5 de abril de 1817. Fray Servando lucha a su lado pero es vencido por el ejército realista, encerrado en los calabozos del Santo Oficio y deportado a España, en donde escribe su *Apología*, la obra más interesante y amena del rebelde dominico. Mina es fusilado el 11 de noviembre de 1817.

El movimiento de Riego restablece en España la Constitución de Cádiz, pero este código no goza de la simpatía del alto clero en México ni de la de las clases privilegiadas, quienes redactan el Plan de la Profesa que declara independiente a México. Mientras tanto, Iturbide y Guerrero luchan unidos; el primero redacta el Plan de Iguala, aceptado por los insurgentes y después en Córdoba por el virrey O'Donojú (último gobernante español) con algunas variantes. El Ejército Trigarante hizo su entrada triunfal en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, día de inmenso regocijo. La ciudad lució banderas desplegadas y las cadenas que por tres siglos ataran el país al Viejo Mundo se rompieron para siempre.

Mas esta reconciliación entre dos grupos antagónicos no había de durar mucho tiempo. Una monarquía efímera surge apenas lograda la Independencia. Iturbide es proclamado emperador y en medio del regocijo general se eleva la voz clara del poeta Francisco Ortega, quien increpa a Iturbide con dureza y con acento de honda sinceridad:

*¡Y pudiste prestar fácil oído
a falaz ambición y el lauro eterno
que tu mente ciñera
por la venda trocar que vil te ofrece
la lisonja rastrera
que pérfida y astuta te adormece!*¹

Tristeza es para el poeta escribir sobre la falsedad de Iturbide, sobre todo porque se coronara emperador. Francisco Ortega había cantado en odas vibrantes al Ejército Trigarante, que veía traicionado.

Luis G. Urbina llama a Francisco Manuel Sánchez de Tagle el primer romántico mexicano. Poeta de espíritu sensible, tan pronto canta las ternuras del amor como se entrega a un pesimismo que llega hasta las lágrimas. Al consumarse la Independencia fue miembro de la Junta Gubernativa y redactó el acta firmada el 28 de septiembre de 1821. Miguel Ramos Arizpe contribuyó a redactar la Constitución Federal de 1824, que se promulga en octubre del mismo año. En 1825 se da un paso más en la consolidación de la Independencia al capitular la última guarnición española en San Juan de Ulúa, y en 1827 mueren dos de los más importantes escritores que dieron sabor y colorido a la guerra insurgente, tanto por sus escritos satíricos y violentos como por sus hechos. Joaquín Fernández de Lizardi abandona este mundo el 21 de junio; la ciudad de México se conmovió hondamente porque perdía al mejor pintor de sus costumbres. El 3 de diciembre del mismo año, muere Fray Servando Teresa de Mier, quien después de haber sido perseguido por el clero, el ejército realista y por Iturbide, fue colmado de honores por el primer presidente de la República Mexicana, Guadalupe Victoria.

Malos vientos soplan para la recién nacida República. Se suscita el motín de la Acordada, el saqueo del Parián, y el Congreso declara nula la elección de Gómez Pedraza y reconoce a Guerrero como presidente. Dos años más tarde, el mismo Congreso lo declara incapacitado y es traicionado y fusilado el 14 de febrero de 1831. Como se ve, a pesar de haber terminado la

guerra de Independencia, la incipiente República Mexicana tuvo serios tropiezos en su desarrollo. Se suprime la Real y Pontificia Universidad de México en 1836. En el año de 1833 Texas pide la separación de Coahuila, declara su independencia y Sam Houston derrota a Santa Anna en San Jacinto. Dos años después el Senado Norteamericano reconoce la independencia de Texas y el país se encuentra en situación apurada, porque también Francia hace una reclamación absurda, que dio lugar a la Guerra de los Pasteles debido a que un francés pide al gobierno la cantidad de 74,000 pesos, importe del saqueo que hiciera el pueblo amotinado a su pastelería. Santa Anna se convierte en dictador y su régimen se distingue por su arbitrariedad. Impone graves penas a los periodistas que se atreven a señalarle sus errores y desaparece la libertad de prensa.

Mientras esto ocurre, don Joaquín Pesado y don Manuel Carpio distraen al pueblo con su poesía; el doctor Mora, liberal exaltado y perseguido, marcha a París y publica ahí su obra más importante: *México y sus revoluciones*. Destacado como literato y más como historiador fue don Lorenzo de Zavala, cuyas cualidades permanecieron en la oscuridad durante largo tiempo, pero cuya influencia se dejó sentir por largos años.

El naciente imperialismo de los Estados Unidos provoca una guerra contra México en la que se pierde gran parte del territorio. Santa Anna vuelve al poder, vende la Mesilla para evitar la cesión de más territorio mexicano a los Estados Unidos. Durante la Invasión Norteamericana regresa a México el poeta criollo don Manuel Eduardo de Gorostiza, que desde la edad de ocho años había vivido en España y más tarde fue encargado de negocios en Holanda. Ya en México, organiza un

batallón de voluntarios que combate heroicamente al ejército invasor en Churubusco.

El 2 de febrero se lleva a cabo el Plan de Guadalupe entre México y los Estados Unidos, que entra en vigor el 13 de mayo del mismo año. En el periodo que transcurre entre la promulgación de este Plan de Guadalupe y el de Ayutla, varios presidentes se suceden y aparece la *Historia* de don Lucas Alamán. Los escritores de la época se enredan en polémicas; sin embargo, brillan poetas románticos como Rodríguez Galván, Félix María Escalante, José María Lafragua y otros.

El general Álvarez encabeza la revolución de Ayutla, y en 1854 el coronel Florencio Villarreal proclama el Plan de Ayutla que exige la separación de Santa Anna del poder. Comonfort limita las facultades del presidente interino. Las leyes reformistas preparan el ambiente para la Constitución de 1857, y por ley del 25 de junio de 1856, conocida también como Ley Lerdo, son desamortizados los bienes eclesiásticos.

El 5 de febrero de 1857 se expide la Constitución Federal, que establece que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales; proscribela esclavitud e implanta la enseñanza libre.

El siglo XIX fue pródigo en poetas, pero también tuvo novelistas. Después de don Joaquín Fernández de Lizardi aparece Juan Díaz Covarrubias. De él pudiera decirse que es la encarnación misma del romanticismo alemán. En su obra *Gil Gómez el Insurgente* se muestra sombrío, es un Werther criollo y —como dice don Julio Jiménez Rueda— “los novelistas y los poetas pecaron siempre por exceso y así resultan cuadros sombríos, agobiadores que estrujan el corazón y convierten en desalentador pesimismo el ímpetu creador del artista”.²

Florencio M. del Castillo es perseguido por sus ideas políticas, lo que no es obstáculo para que escriba su novela *La hermana de los Ángeles*.

El general Comonfort toma posesión de la presidencia el 1º de diciembre de 1857 y el licenciado don Benito Juárez de la vicepresidencia. El conservador Zuloaga y Manuel Payno influyen en el ánimo de Comonfort para que dé su golpe de Estado. El primero se pronuncia en Tacubaya el 17 de diciembre de 1857, y el segundo elabora un plan en el que desconoce la Constitución. Pero el 11 de enero de 1858, el mismo Zuloaga desconoce a Comonfort. Don Benito Juárez, preso, es puesto en libertad en la misma fecha en que dejaba Comonfort de ser presidente y, como correspondía al vicepresidente, asumió el poder.

Se suceden los pronunciamientos con resultados adversos para los liberales y la lucha se entabla entre Miramón y Juárez; se firman los tratados Mon-Almonte y Mc. Lane-Ocampo que buscan apoyo en el extranjero. Todos estos acontecimientos los relata en forma amena, alguna vez un tanto pícaro, don Guillermo Prieto en su libro *Memorias de mis tiempos*. Roa Bárcena, a su vez, describe *La Invasión Norteamericana*.

Poco antes de la promulgación de la Constitución, el 5 de septiembre de 1854, se canta por primera vez el *Himno Nacional* en el teatro llamado Santa Anna, después Teatro Nacional, que se encontraba en las calles de Vergara y que desapareció cuando se abrió y prolongó la calle del Cinco de Mayo, a finales del siglo.

Volviendo a Juárez, el 2 de febrero de 1861 dicta la ley de secularización de los hospitales que hasta entonces había administrado el clero, la ley de nacionalización de bienes eclesiásticos y el día 13 dicta la ley que suprimía

los conventos dejando en la Ciudad de México únicamente nueve.

Entre tanto los conservadores tratan en Europa de lograr que las potencias extranjeras intervengan en México, interesando a Napoleón III y a Morny Jacker.

En los primeros días de 1862 llegan las escuadras extranjeras a Veracruz y el día 14 un enviado especial lleva a Juárez el *ultimatum*. Son nombrados Ignacio Zaragoza general en jefe de los ejércitos de Oriente y Manuel Doblado plenipotenciario para tratar de arreglar el asunto por la vía diplomática. Ante las razones expuestas con elocuencia por Doblado, Inglaterra y España reconocen la justicia de México, y recogen a sus tropas; no así Francia que se ha comprometido a dar ayuda a los conservadores, además de que Napoleón III quiere extender su dominio hacia América y aquélla era una buena oportunidad para realizar sus sueños de grandeza.

En la Ciudad de Puebla son rechazados los franceses en la famosa batalla del Cinco de Mayo por el general Zaragoza; sin embargo los franceses acaban por adueñarse con el tiempo de la plaza. Cuando Juárez sabe de la caída de Puebla, dispone que el gobierno liberal se traslade a San Luis Potosí.

Por el año de 1860, Luis G. Inclán publica su tratado *Reglas con que un colegial puede colear y lazar*, en 1865 da a luz su novela *Astucia, El Jefe de los Hermanos de la Hoja, o Los charros contrabandistas de la Rama*, y en su novela refleja lo mismo que Robles con sus *Plateados de Tierra Caliente* y Payno con su *Fistol del Diablo*: la imagen precisa del campo y de los caminos asolados por salteadores. Inclán deja dos novelas inéditas: *Los tres Pepes* y *Pepita la planchadora*.

En abril de 1864 Maximiliano acepta la corona y firma el Tratado de Miramar concertado con Napoleón III, y en mayo llega con su esposa Carlota Amalia al puerto de Veracruz.

La etapa imperial culmina con el retiro de las tropas francesas y fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas. Napoleón III lo abandona por motivos políticos y no escucha siquiera las peticiones de Carlota. Mientras, Maximiliano presenta su abdicación a sus consejeros y ministros, pero éstos la rechazan. En tanto, Juárez establece su gobierno en Zacatecas. El 11 de marzo de 1867 comienzan a salir las tropas francesas y el 19 de junio cae el Imperio y son fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía.

Juárez es reelegido Presidente Constitucional en noviembre del mismo año, pero tiene que luchar con un nuevo partido encabezado por el general Porfirio Díaz, héroe de la reconquista. Por esas fechas el ministro de Educación Pública, Martínez de Castro, crea la Escuela Nacional Preparatoria, que se instala en el antiguo colegio de jesuitas de San Ildefonso y tiene como director a don Gabino Barreda y como maestros a los hombres más notables de aquel tiempo: don Ignacio Manuel Altamirano, autor de *Clemencia*, el *Zarco* y *Cuentos de Invierno*, don Alfonso L. Herrera, don Rafael Ángel de la Peña. También se realiza el sueño de Lafragua al abrir sus puertas la Biblioteca Nacional de la que fue él mismo su primer director.

Años más tarde, el general Díaz se subleva en Oaxaca y, desde su hacienda de La Noria, lanza su famos plan en donde acepta la Constitución del '57 pero se declara enemigo de la reelección. El 18 de julio de 1872 muere don Benito Juárez. Se constituyen dos partidos:

Lerdistas y Porfiristas, mas por derecho se encarga de la presidencia don Sebastián Lerdo de Tejada.

A pesar de los levantamientos y las divergencias políticas, la vida literaria en México sigue su desarrollo. Aparece un minucioso observador de las costumbres: José Tomás de Cuéllar ("Facundo"), autor de la serie de *La Linterna Mágica*, bajo cuya luz desfilan los personajes típicos de México, desde el campesino metido a revolucionario como don Jacobo Baca, hasta el *pollo* elegante en el personaje de la *Ensalada de pollos*. Así reconoce al peladito, a las jamonas, a las señoritas cloróticas y a las niñas que frecuentaban la alberca Pane, de la que también habla el pícaro "Fidel" en sus *Memorias de mis tiempos*. Riva Palacio lleva al lector a la época de la Colonia con su *Martín Garatuza y Monja, casada, virgen y mártir*, para volverlo con *Calvario y Tabor* a la caída del Imperio de Maximiliano. Payno publica *Los bandidos de Río Frío* y Pedro Castera, músico, soldado y periodista, escribe *Impresiones y recuerdos, Ensueños y aromas* y su famosa novela romántica *Carmen*. No solamente en la literatura surgen nuevos valores, también en la pintura y en la música, como José María Velasco, llamado con justicia el poeta del paisaje, y Juan Cordero, extraordinario en su dibujo y colorido. En el año de 1865 se había fundado la Sociedad Filarmónica que con el tiempo sería lo que hoy es el Conservatorio Nacional.

El nueve de abril de 1878 el gobierno de los Estados Unidos reconoce el golpe de Estado de Porfirio Díaz, y el nuevo presidente de la República reforma la Constitución prohibiendo la reelección, reforma que él mismo no había de respetar, pues su gobierno va de 1880 hasta 1910, con excepción del periodo en que fue presidente el general Manuel González, que gobernó

siguiendo los lineamientos de la anterior administración, desde 1880 a 1884.

De 1890 a 1900 destacan Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufío en *La Revista Azul*. Se agrupan más tarde Justo Sierra, Jesús Urueta, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Rubén M. Campos. A esta generación pertenece Ángel de Campo ("Micrós" o "Tic Tac"), costumbrista como lo fue "Facundo" sólo que en él se encuentran los cuadros un tanto dolorosos de la clase media y la popular. Con "Facundo" se ríe la mayor parte de las veces, con "Micrós" se llora.

Gutiérrez Nájera murió en 1895; termina la publicación de *La Revista Azul* y nace *La Revista Moderna*, a cuyas páginas se acogen Jesús E. Valenzuela, Juan José Tablada, Efrén Rebolledo y Julio Ruelas, dibujante extraordinario. En el Conservatorio surgen Ricardo Castro, Felipe Villanueva, Gustavo Campa y otros.

De Veracruz destaca Rafael Delgado. En sus novelas *La Calandria* y *Los parientes ricos* describe el paisaje y las costumbres de su Estado natal. López Portillo deja *La Parcela*, *Fuertes y débiles*, *Los precursores*, novelas cortas y versos.

Don Emilio Rabasa escribe novelas de sabor político, como *La bola* y *La gran ciencia*, con el pseudónimo de "Sancho Polo". Heriberto Frías escribe *Tomochic*.

Muchos escritores y periodistas surgen para combatir la dictadura que ya se tambaleaba. Entre ellos Gamboa, que —como dice Francisco Monterde— "señalé lacras del régimen, con honradez".³

Las declaraciones del presidente en la entrevista Creelman dan esperanzas al Partido Liberal. En 1910 aparece un libro escrito por don Francisco I. Madero con el título de *La sucesión presidencial en 1910*, en cuyas pá-

ginas, escritas con llaneza, trató con valentía los problemas nacionales. En el Tívoli del Eliseo tuvo lugar la convención de partidos antirreeleccionistas, en la que se eligió como candidato a don Francisco I. Madero. En ese mismo año se celebran las fiestas del Centenario de la Independencia. En el Plan de San Luis se declaran nulas las elecciones, se acusa de usurpador al general Díaz, y Madero señala el 20 de noviembre para que el pueblo se levante en armas en contra de la dictadura.

Aparece por esta época Carlos González Peña, que "representa la transición entre los novelistas de las postrimerías del Porfirismo y los de la Revolución".⁴ Perteneció ya este autor al Ateneo de la Juventud, que se fundó en 1908.

Durante un siglo el país se vio envuelto en guerras sangrientas. A pesar de su dramático desenvolvimiento, pudo desarrollarse una intensa vida cultural y artística. En este ambiente histórico y político nace y se desarrolla la novela mexicana.

¹ JULIO JIMÉNEZ RUEDA.—*Historia de la literatura mexicana*, p. 190.

² *Op. cit.*, p. 247.

³ *Historia de la literatura mexicana*, p. 582.

⁴ MA. DEL CARMEN MILLÁN.—*Literatura mexicana*, p. 217.

II. LA CIUDAD

AL AMANECER se abren las garitas de la Ciudad de México, puertas que permanecieron toda la noche cerradas para protegerla. En la de San Lázaro, junto al Hospital de Incurables, está el despacho aduanal de las canoas: aquí los guardias registran las mercancías de los trajineros y cobran los derechos del municipio. Por el norte, se abre la puerta de Peralvillo a la Calzada de Piedra, o de Los Misterios, que lleva a la Villa de Guadalupe; es entrada de pulque y de las diligencias que vienen de Veracruz y van "tierra adentro". Otras garitas son la de Vallejo, la Candelaria y la de Niño Perdido por donde se van a su tiempo los veraneantes en busca de climas más frescos en San Ángel y Tlalpam.

Cada día gran parte de la población indígena de los alrededores viene a la ciudad en busca de alimento y trabajo o a vender sus productos y manufacturas en mercados como El Volador, construido por Revillagigedo (1790), o en el de Santa Catarina y La Cruz del Factor, escenario de las andanzas del "Periquillo Sarniento" de Fernández de Lizardi. A la Plaza Mayor (162 000 m²) conducen calles como las de Plateros, del Empedradillo, del Reloj y de la Alcaicería, y también canales o acequias que hacen pensar en Venecia. Ahí los viejos palacios levantan las "fachadas amoratadas de tezontle" que

dice Payno. En el medio de la Plaza se alza el Parián o "baratillo grande", en donde están las tiendas de importancia y los cajones de ropa como el del padre de Guillermo Prieto, que llama al feo edificio "bello ideal de las catrinas y currutacas". Don Artemio de Valle-Arizpe explica el nombre del mercado por el de Manila llamado también Parián, ya que en el nuestro se vendían los productos de Oriente traídos por la nao de China.

En *Los bandidos de Río Frío*, Payno hace personaje principal a una tal Cecilia, que traía fruta en su trajinera desde Chalco hasta los almacenes de la calle de la Acequia, que surtían al Volador y a los portales de Mercaderes y de las Flores. Frente al Palacio de Gobierno se alzó un día la horca donde amaneció colgado don Juan Manuel Solórzano, que dio su nombre a la calle Nueva (hoy de Uruguay). Payno recoge la leyenda del celoso don Juan Manuel, quien dudando de su esposa se convirtió en asesino y, según el pueblo, pactó con el diablo y fue castigado por los ángeles. No sólo por la leyenda sino por la "arquitectura severa y triste" de palacios coloniales como el de don Juan Manuel, Payno ve a México en pleno siglo XIX como "una verdadera ciudad de la Edad Media". (*Bandidos*, I, p. 71.)

Como en las ciudades europeas antiguas, los mercaderes y artesanos especializados se congregan en barrios y calles determinadas; de allí los nombres de Plateros, Meleros, Tlapaleros, Tabaqueros, Mecateros, Carretones. . . Al afán costumbrista de Payno se debe el recuerdo de algunos comercios del rumbo de la Acequia, que desde antes de la Conquista fue el lugar más concurrido y alegre de Tenochtitlán, ya que comunicaba a los reinos de Chalco y de Texcoco con la capital del imperio de Moctezuma. En las tocinerías hay mostradores semi-

circulares con tres o cuatro sartenes de hojalata, en ellos pirámides de manteca de cerdo adornadas con pétalos de amapola y de rosa, junto a los chicharrones y carnitas; pero lo más pintoresco es el coronamiento del mostrador, que al igual que los comerciantes de Filipinas llamaban aquí *tapanco*. De él cuelgan la imagen de algún santo, al que se le prenden ceras. Dice Payno: "De los lados de la imagen parte una especie de balaustrada calada y vistosa, formada con panes de jabón blanco adornado con flores rojas, de papel, y banderitas de oro volador, y en la orilla de esta balaustrada cuelgan guirnaldas de longaniza y chorizo alternando con jamones. . ." (*Bandidos*, III, p. 199.) De esa manera se excitaba el apetito de los compradores.

En las pulquerías se juega *rayuela*, *tuta* y *pítima* además de baraja, se cantan canciones procaces y las mujeres bailan el *Dormido* y el *Malcriado* para diversión de la clientela. Payno recuerda los chillones murales de las pulquerías: "Una robusta muchacha pintada en el centro de la pared, con las mejillas coloradas y redondas, su penacho de plumas y vestida de una ropa ligera, salpicada con figuritas de esmalte de colores." (*Bandidos*, *Ibidem.*)

Otro comercio peculiar es la *pajería*, donde se exhiben toda clase de semillas en costales abiertos en las aceras. La leña se vende en *zontles* y el carbón en *mochetes* y costales tejidos de zacate.

Describe luego Payno el palacio de don Diego Melchor y Baltasar de Todos los Santos, caballero Gran Cruz de la Orden de Calatrava, marqués de las Planas y conde de San Diego de Saúz, con lo que nos dejó el retrato de una casa colonial y de su ajuar. Bonitos y amplios patios con una fuente labrada en el centro, grandes

jarrones de mármol o talavera, espaciosos corredores “sostenidos por bóvedas planas”, la “atrevida escalera de tres tramos. . . que llamaba la atención desde que se penetraba al zaguán”. (*Bandidos*, I, p. 72.) Una de las puertas del corredor daba entrada a la “espaciosa biblioteca rodeada de estantes pesados, llenos de libros antiguos”; otra comunicaba con el salón en que se recibía, “magnífico en la extensión de la palabra. Canapés de ébano, incrustados de marfil y concha nácar, con forros de Damasco rojo de China. . . Del techo de maderos de cedro o artesonado, colgaba en el centro una pesada lámpara de plata con treinta y dos arbotantes” (*Ibid.*) En los muebles de las recámaras y en el comedor se ostentan “las armas de la familia artísticamente grabadas”, abundan los adornos caprichosos de oro y el servicio es de plata maciza. La casa de don Diego estuvo en la calle de don Juan Manuel.

Con el correr del siglo, poco a poco los centros de la aristocracia empiezan a desplazarse, primero a la colonia Santa María, luego a las Juárez y Roma, como se puede ver en la novela de López Portillo y Rojas, *Fuertes y débiles* (pp. 54 ss.).

La morada de la clase media vino a ser la de la mayoría de los personajes de la novela mexicana del siglo XIX. Aquí los tibores se convierten en macetas y las alfombras en petates. Se pintan de rojo los pisos de madera. Brillan el orden y la limpieza. En el comedor estaba visible el aguamanil, que permitía a los comensales asearse debidamente. Se exhibía la loza en vitrinas. La artesanía indígena se adueñaba de la cocina: aventadores de diversas figuras, repisas con cazuelas y jarros de barro: “Es cierto que en materia de brasero —dice Cuéllar (*La Noche Buena*, p. 293) — la cocina aquélla, como todas

las de México, estaba a trescientos años de fecha: todavía el aventador se sobreponía a las verdades científicas." En la sala los muebles de madera labrada o torneada fueron sustituidos, en época de Maximiliano, por los austriacos de bejuco. En las recámaras, junto a las camas altas, pueden verse cómodas y baúles de madera que guardan la ropa, y un perchero. Bañarse era un lujo que muy pocos podían darse, por lo que era costumbre acudir a los baños públicos, y los jóvenes a las albercas.

Rabasa describe —en *El cuarto poder* (p. 33)— la casa de estudiantes en donde se hospedó su personaje Juan Quiñones al venir a la capital: "En el patio había una fuentecilla, cuyo surtidor, saliendo de la pared, lloriqueaba mezquinamente. Subida la escalera (con cuidado para no romperse la crisma en los altos y desportillados escalones) se encontraba a la izquierda mi angosto y frío cuartucho amueblado con una cama de fierro, dos sillas y una mesa sin pintar. No era el peor, pues el de los estudiantes que seguía, sobre ser más reducido para dos personas, tenía las tablas del techo comidas por la lluvia que se filtraba, dejando ver por no pocos puntos pedazos de ladrillo que cualquier día podían descalarbrar a uno de los jóvenes." La portera habitaba con su perro "el cuchitril debajo de la escalera, gruñendo siempre, malhumorada y biliosa". (*Ibid.*, p. 34.)

Las gentes miserables habitaban calles apartadas del centro de la ciudad, llenas de hoyos y de piedras, con aguas negras y espumosas de un lado al otro; en los zaguanes se asoman "chicuelos medio desnudos con las greñas enredadas". (*Bandidos*, I, p. 247.) La base de alimentación de estos Miserables de México —como los llamó Altamirano— era el atole de maíz. Payno atestigua

como *gral. el uso del azteca o náhuatl en los barrios.* (147)

como general el uso del azteca o náhuatl en los barrios. (*Ibid.*, p. 147.)

El mes de septiembre, al que González Peña llama "el mes maldito" (*La Chiquilla*, p. 317), suele ser "lluvioso y desapacible, y por ende lodoso y pesado", según Rabasa. (*El cuarto poder*, p. 65.) El agua, que siempre escasea, se convierte ahora en el azote de la ciudad inundada, por el mal estado de los desagües. "—Pero ¿de dónde viene este malísimo olor que invade mi cuarto? —pregunta Juan Quiñones—. Pero, dígame usted, ¿por qué hay esta pestilencia en toda la casa? Y le respondían: —Pues porque llueve." (*Ibid.*, pp. 11 y 12.) Juan se queda estupefacto y piensa "si no llovería en la ciudad de los Palacios agua tan limpia como en todas partes". Se trataba de las atarjeas y las alcantarillas, porque el Valle de México no tendrá desagüe hasta 1900, "cuando los creadores del desierto —dice Alfonso Reyes (*Visión de Anáhuac*, p. 15).— acaban su obra".

Lo mejor viene cuando la lluvia cesa y la gente quiere continuar sus actividades. La calle de Monzón, por ejemplo, se convierte "en un río encauzado por los edificios de una y otra banda, pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía a la vista todos los asquerosos intestinos de la ciudad". (*El cuarto poder*, p. 14.) Tiendas y casas quedaban inundadas. El agua llega a las pantorrillas. Las gentes se asoman a los balcones a celebrar con risas los apuros de los transeúntes. No faltaban los mozos de cordel o cargadores que se ofrecían a llevar en sus espaldas a quienes, cansados de esperar un "simón", los aceptaban como medios de transporte para llegar a lugar seco, sin preocuparse "de la grotesca y ridícula figura" de ir a horcajadas, ni de los silbidos de quienes desde los balcones se divertían a su costa. (*Ibid.*, p.

16.) El agua subía y subía, y no faltaba que un mozo tirara al lodo su "carga" en plena corriente, ni que la "carga" lo abofeteara. Los chicos, con los pantalones arremangados, se dedicaban a salpicar a los peatones. "Micrós" —en *La Rumba* (p. 337) — había hablado ya de estas inundaciones; por él vemos a los tranvías repletos de pasajeros con paraguas abiertos en las plataformas.

Por supuesto no todo eran casas y calles como éstas, sino que existían los paseos, como el famoso de la Alameda. En las mañanas se goza de gran tranquilidad, al medio día es el lugar más fresco de la ciudad y . . . "por las tardes la puesta del sol resulta irresistible". (*Historia moderna de México*, p. 480.) En 1873 se inauguró la iluminación de gas hidrógeno y ya se podía pasear por las noches con más tranquilidad. Cuando la Alameda cobraba mayor animación era los domingos, después de la misa de once y media o de doce en la catedral, cuando se reunían nanas, niños, personas de edad y sobre todo los *pollos* y *pollitas* que no desaprovechaban la ocasión para lucirse y coquetear, a la vez que escuchaban la música de la banda militar. Casi todos los novelistas hacen referencia a la Alameda; pero Carlos González Peña habla de ella con mayor detalle: "La masa de follaje de la Alameda contrastaba con su tono verde oscuro con las fachadas irregulares. Era un amontonamiento de árboles, de flores y de tallos, a través del cual se filtraban estrias de luz blanquecina; un vergel que esparcía en torno oloroso vaho de frescura que hacía presentir la risa perlada del agua, el canturreo monótono de los grillos que embriagaban en amoríos apenas soñados en nidos de hojas." (*La Chiquilla*, pp. 13-14.) De la estancia en este parque dice: "se estaba bien allí, en aquel sitio

perfumado por las flores, hasta donde llegaba el ritmo caricioso de las hojas que caían". (*Ibid.*, p. 258.) Y ahora, una vista nocturna de este mismo lugar según "Micrós": "La Alameda parecía un antro: trémulas lucecillas rojas palpitaban a lo lejos, las negras frondas cuchicheaban y en su negror ardían con luz suave, fosforescentes y fugaces constelaciones de luciérnagas. Grupos mudos yacían en las bancas; clareaban entre el ramaje las faldas claras de pintadas señoras de tapalito; el velador envuelto en su capote recorría las calzadas. . . Reinaba una calma de bosque dormido y veíanse lejos ya trenes a todo vapor que pasaban, y el rumor sordo, lejano, de los últimos coches que rodaban en el asfalto." (*La Rumba*, p. 207.)

Además de la costumbre de ir a la Alameda, los capitalinos también tenían la de ir a Chapultepec a respirar el aire puro del bosque ya fuera caminando o en elegantes landós. Para Lizardi, Chapultepec era el "hermoso bosque extramuros de México, aunque sin cosa más notable que el palacio que fabricó en él el señor don Bernardo de Gálvez, virrey que fue de Nueva España: sin embargo suele servir de paseo". (*Periquillo*, p. 159.) Escena frecuente en este parque era la de la familia provinciana que Rafael Delgado pinta: "se extasiaba mirando un cisne negro. Más allá, al principio de la rampa, dos oficiales de artillería conversaban tranquilamente. Por allá, por el fondo del bosque iba muy despacio un coche de sitio. . ." (*Los parientes ricos*, p. 261.)

Otros de los paseos concurridos eran el de las Cadenas, el de Bucareli y el de San Cosme.

El primero era la ancha acera de la catedral que mira al zócalo, dividida en dos por gruesas cadenas sujetas a postes bajos de piedra. Éste era "el paseo de la aristocracia vergonzante, y en las primeras horas de la

noche, de las traficantes del amor". (*Historia moderna de México*, p. 489.)

Payno cuenta que la gente iba a la misa dominical al altar del Perdón, en la catedral; al salir daba una vuelta por las Cadenas y después llevaba a los chicos al portal a comprarles algún juguete. "Mudo y todo ojos se quedaba el tropel de pilluelos entre tantos y tantos juguetes como allí había y que con gran variedad llenaban alacenas enteras. Con sólo verlos subían a hollar la cumbre de la felicidad." (Valle-Arizpe, *El Canillitas*, p. 75.)

El paseo de Bucareli tomó su nombre de uno de los virreyes que tuvo la Nueva España. Era una ancha avenida que a los lados tenía árboles y remataba en una hermosa fuente de piedra que alguna vez tuvo una estatua de la Victoria. Era aquí donde, casi todas las tardes pero especialmente los domingos y días de fiesta, se podían ver dos largas filas de carruajes llenos de señoras, multitud de caballeros en sus elegantes corceles, soldados que cuidaban el orden y muchos paseantes a pie entre los cuales se mezclaba gente ordinaria y léperos.

Por los años 1840-43, vivió en México la señora Frances Erskine Inglis, conocida como la Marquesa Calderón de la Barca, título que le concediera Alfonso XII años más tarde. La autora de *La Vida en México* se ocupa del paseo de Bucareli y dice: "Ayer, día de fiesta, el paseo estaba lleno de coches, y, por consiguiente más brillante y divertido que de costumbre. La juventud aristocrática todas las tardes va al paseo de Bucareli. Ellas en sus elegantes carruajes y ellos en sus briosos caballos."

También se iba en otras ocasiones al paseo de San Cosme, que tenía un acueducto de arcos coloniales y a

“la calzada de la Reforma, donde hay unas estatuas abominables y unos indios feroces...” (*Los parientes ricos*, p. 124.)

Además de estos paseos en el centro de la ciudad, se organizaban otros con la intención de pasar uno o varios días en un lugar de recreo. Dentro de estos paseos estaban el de ir a Tlálpam, Mixcoac, Tacubaya o a San Ángel. Sobre este último dice Payno que está “situado a cosa de setenta y dos varas de altura sobre el nivel de la Plaza Mayor de México. Es un pueblo tan tranquilo, tan bello, de una dulce temperatura y tan sano, que muchos enfermos aun graves, con sólo el aire que respiraban lograban la salud en menos de dos meses”. (*Bandidos*, IV, p. 24.) También dice que las personas que iban a este lugar organizaban días de campo a Chimalistac, que contaba con el atractivo de su pequeña iglesia de gran valor artístico, a Tizapán y al Cabrío. Las muchachas, con trajes de colores fuertes y vistosos; las señoras iban generalmente en burro y los hombres a pie o a caballo. Detrás de la comitiva iban unos músicos. Al llegar a un lugar del agrado de la concurrencia, se organizaba un baile y así este tipo de paseos resultaba de lo más divertido.

Rafael Delgado refiere en *Los parientes ricos* que a una doña se le iba a conseguir “una casa en un barrio sano y alegre, en Tacubaya o en Coyoacán”, y en *El Diablo en México*, habla de San Ángel como lugar de reposo y tranquilidad para los enfermos del corazón.

Estaban también los paseos de la Viga, Santa Anita e Ixtacalco. El primero se hacía los días de primavera, a caballo o en carretela, pues estaba retirado del centro y se tenía que pasar por barrios de gente maleante. Este

paseo tenía a los lados unos altos ahuehuetes y en el centro un canal que venía de Xochimilco.

El paseo de Santa Anita era frecuentado en la Cuaresma por gente que iba a comer allá antojitos, romeritos y pulque: "Los remeros ofrecen sus canoas gritando: ¡A Santa Anita, dos por medio real! Las canoas pequeñas son de techo bajo de petate y las grandes de techo alto de hojalata, cuajadas de flores y banderitas, incluyen el servicio de una pequeña orquesta." (*Historia moderna de México*, p. 505.) Cuéllar agrega que cuando se organizaba este tipo de paseos, las muchachas eran las encargadas de llevar la comida en bonitas canastas de día de campo, los muchachos cooperaban con las bebidas. (*Ensalada de pollos*, p. 185.)

Ixtacalco es un pueblito pintoresco que Cuéllar pinta claramente: "es uno de los paseos favoritos de los habitantes de la capital y objeto de expresas visitas para los orasteros, conserva inalterable su aspecto desde tiempo inmemorial. . . es el lugar de las citas amorosas y en él se ha celebrado el cumpleaños de las nueve décimas partes de los habitantes de México". (*Ibid.*, p. 189.) Este lugar estaba poblado por familias indígenas que vivían del producto de su cosecha y tenían aquel gran pantano convertido en hortaliza y almácigo de flores. Los que visitaban Ixtacalco tenían el deber de recorrer las chinamizas, de coronarse de flores y de saborear sus frescas zchugas.

Un poco más lejos quedaba Texcoco; a muchas personas les gustaba asistir a su feria de gallos y a su *naroma*, así como al rumbo de Barrientos y, a dos horas a caballo, a Tlalnepantla.

En los terrenos que antes de la Conquista pertenecían a la isla de Taltelolco (isla arenisca) había un

pueblito "desamparado, triste y miserable" que Payno nombra de la Sal y que pertenecía a las parcialidades de San Juan y Santiago.

Rodeando el Valle de México estaban los lagos, de los cuales el más importante era el de Texcoco, de agua salada. Para los indios los lagos eran fuente de alimentación, y además constituían un medio fácil de comunicación con las poblaciones y haciendas vecinas como las de Chapingo y Tepetitlán.

Estos lagos eran quietos en invierno, pero en verano hacían naufragar flotillas enteras de canoas que transportaban grano. Mayer, en su libro *México, lo que fue y lo que es* (p. 367), dice: "Para que os deis cuenta de lo peligroso de la situación de la metrópoli, es menester que tengáis presente la situación y el nivel de los lagos contiguos. Al suroeste se halla el lago de Chalco, al noroeste el de Texcoco, y luego al norte de éste y formando con él una cadena no interrumpida, los lagos de San Cristóbal y Zumpango. . ."

Payno dice que el puerto de los lagos no es la garita, ni el canal de la Viga, sino San Lázaro, un barrio sucio y árido en donde estaba situado el lejano centro de los negocios, ya que llegaban a él toda clase de productos de tierra caliente. Cerca de la Ciudad estaban también Texcoco y Chalco, este último en tiempos de los aztecas era un reino; durante la Colonia se le llamó Provincia y la República le dio el título de Ciudad.

La Viña

Payno dice que después de andar las seis calles del Relo y las calles de Santa Catarina, Santa Ana y Puente de Tezontlale, "se encuentra uno repentinamente en un país

no sólo desierto, sino desolado, tristísimo y asqueroso". (*Bandidos*, I, p. 119.) Este lugar está lleno de casas en ruinas "que el tiempo y las lluvias se encargaron de destruir", y fue escogido para que se tiraran las inmundicias de la ciudad. Aquí llegaban los carretones atestados de basura, arrastrados por mulas que a duras penas podían con el peso de la carga. Esto sucedía de las ocho a las once de la mañana. Los carreteros iban y venían, platicando unos con otros, dando vida a la Viña que en estos momentos presentaba un aspecto alegre en medio de los desperdicios, restos de legumbres, botellas y vasos rotos que el sol se encargaba de colorear y hasta de hacer brillar. También tomaban parte en este regocijo los que formaban la población de la Viña, traperos que esperaban todos los días la llegada de los carretones con la ilusión de encontrar algo que pudieran vender, hurgando entre los montones de basura hasta encontrar: "pedazos de fierro, platos quebrados, trapos, zapatos viejos o cualquier cosa que les pudiera producir alguna utilidad" (*Ibid.*, p. 122.) Si la suerte los favorecía se encontraban objetos de valor, como cucharas de plata y hasta algunas alhajas. Los pordioseros también formaban parte de esta pintoresca población, pero ellos no escarbaban la basura, sino simplemente observaban si algo de lo que recogían los traperos les convenía y podían comprarlo al contado; así muchas veces por el precio de un tlaco o cuartilla tenían "un sombrero, un pantalón o un par de mangas de chaqueta o la pierna de un pantalón". Si nada de esto encontraban, se iban a las puertas de las iglesias o a las esquinas de la ciudad a mortificar a los transeúntes. Por último llegaban los perros que "trepan por los montones y escarbaban la basura con la desesperación que da el hambre..." (*Ibid.*)

El colorido era abigarrado cuando se encontraban reunidos todos estos personajes, ya que la mayoría andaba vestida con harapos y remiendos de colores que alegraban “las cúspides de aquella extraña serranía”. Después del medio día todo ese rumbo quedaba desierto: ni perros, ni traperos, ni pordioseros, nada... solamente los rayos del sol calentando esas montañas de basura y “comenzaban a desprender gases mortíferos y deletéreos”. (*Ibid.*, p. 127.) En la noche estos suburbios eran habitados por los *matureros* y rateros que no tenían hogar. Ninguna persona de la ciudad se atrevía a cruzar por allí; después de las siete de la noche únicamente los perros recorrían aquellos andurriales y dormían en agujeros que cavaban en “lo más intrincado de la basura”.



Suburbios de la ciudad

“La iglesia era una ruina...”, de esta manera “Micrós” introduce al suburbio de La Rumba, lleno de “casucas miserables”, desde el cual se divisaba la gran ciudad perdiéndose en la bruma con sus altas torres y edificios, en contraste con aquel suburbio triste en el que todo parecía ponerse de acuerdo para dar ese aire de abandono y muerte. La fuente, que podría ser motivo de alegría, estaba seca, llena de los desperdicios del vecindario, ollas rotas, zapatos viejos... y “hasta ramos de flores marchitas se hacinaban en aquella fuente”. La iglesia, que podría ser un refugio para los habitantes de ese lugar, “siempre estaba cerrada por falta de culto” y, en vez de inspirar confianza, más bien infundía miedo porque parecía “una momia, oscura, con huellas de lepra, respirando muerte”. (*Ibid.*, p. 185.)

En el centro, la plazuela, alrededor de la cual se

veían: los portales, un tenducho, una maderería, una herrería, la atolería en la que “palmoteaban lanzando soeces carcajadas las tortilleras”, en la esquina la pulquería Los Ensueños de Armando; más allá la Amiga Municipal (escuela), una fábrica y el cuartel. En las oscuras callejuelas que desembocaban a la plaza, se divisaban los perros hambrientos, en los montones de basura, entre la inmundicia calcinada y los gatos muertos achicharrados por el sol.

En La Rumba, por las mañanas reinaba un profundo silencio. Raros eran los transeúntes: el cura que atravesaba de la parroquia a la tienda, algunos soldados que limpiaban a los caballos, uno que otro arriero que se “apeaba” en la pulquería, “alguna mujer enmarañada, encorvada, sucia, sin rebozo, descubierta la camisa grasienta, acarrea grandes cubos de agua para la atolería...” (*Ibid.*, p. 187.)

Participaban de esta vida las hijas que cuidaban a los hermanitos y ayudaban en la casa, con lo que asumían una prematura responsabilidad que las privaba de las alegrías de la infancia; lo cual provocaba muchas veces en ellas una fuerte insatisfacción y deseos de huir; cuando se asomaban a la calle, lanzaban miradas nostálgicas hacia la gran ciudad que se levantaba a lo lejos, prometedora de una vida diferente, de sueños realizables o no, según la capacidad de rebeldía que hubiese en cada una.

En la tarde “el sol bajaba proyectando la sombra enorme de la iglesia”, se atenuaba el calor y volvían los artesanos del trabajo. De la puerta de la escuela salía una turba de muchachos que correteaban dándose empellones, silbando, tirándose pedradas y gritándose apodos. Más tarde llegaba el sereno a anunciar la noche y

a encender el único farol que colgaba en aquel lugar: "la flama fuliginosa describía un círculo sangriento en el negror de tinta de aquella plaza envuelta por la sombra". (*Ibid.*, p. 189.) En las noches lóbregas nadie cruzaba La Rumba ya que "el viento gemía medroso removiendo las basuras, levantando olas de polvo y silbando en las callejuelas". Aumentaba el temor si llovía, porque la inmensa Rumba se convertía en lago "en que flotaban cadáveres de animales, pedazos de sombreros de palma, ollas desportilladas, petates deshechos y hojas de maíz con canastas desfondadas y zapatos boquiabiertos". (*Ibid.*)

Esta lobreguez y este silencio se veían interrumpidos por el paso de hombres "de rostros patibularios, amarillentos, de mirar siniestro" (*Ibid.*, p. 187), cuyas pisadas resonaban en la oscuridad cuando se dirigían hacia la pulquería, que con húmeda atmósfera arrojaba a la acera un hálito viciado y maloliente que para estos hombres resultaba atractivo y acogedor.

Sin embargo la vida se tornaba amable cuando la luz de la luna iluminaba la plazuela y todo parecía renacer en el suburbio. El zapatero rasgueaba su guitarra en la acera, rodeado de cantores; más allá retozaban los chamacos, jugando al *burro* y al *toro*. Los perros, alegres, correteaban también y jugaban entre las piernas de los muchachos, lanzándoles mordiscos a los roídos pantalones. Las niñas jugaban en las escalinatas del templo a las *comiditas* y un envoltorio de trapos les servía para pensar, felices, que arrullaban a sus muñecos mientras sus amigas fingían visitas de cortesía. Los edificios y la plazuela ofrecían un contraste de luz y sombra, con el reflejo proyectado sobre las calles.

Gamboa da en su novela Santa (p. 296) una idea diferente del suburbio; saca de él la parte corrompida y muestra esos barrios clandestinos que siempre han existido a espaldas de la ley en las grandes ciudades. Se vale de Santa, a la que va arrastrando poco a poco hacia el vicio, para enseñar "lo mediano y lo malo que las grandes ciudades encierran en su seno como cutáneo sarpullido, que les produce un visible desasosiego y un continuo prurito, que únicamente la policía sabe rascar"

Para lograr su propósito, introduce al lector a ~~un~~ barrio de la ciudad. Es un "barrio galante y muy poco tolerable por las noches" (*Ibid.*, p. 10), pero de día se trabaja igual que en los demás de la ciudad y se gana lo suficiente para vivir. Cuando Santa llega al lugar, son cerca de las doce: "un sol estival de agosto cae a raudales sobre el adoquinado y los transeúntes. Al sonar el reloj de la catedral, salen los niños de la escuela, los vendedores ambulantes gritan sus mercancías; "muchos vehículos, mucha gente, mucho sol, mucho ruido". (*Ibid.*, p. 20.) Mientras Santa aguarda a que le abran la puerta del prostíbulo en espera de ser admitida, contempla a su alrededor: las pequeñas industrias, el taller de monumentos sepulcrales, la tintorería, una carbonería; en la esquina está La Giralda, carnicería a la moderna suficientemente ventilada, con sus grandes balanzas y una percha de cuyos garfios cuelgan las reses asediadas por "nubes de moscas inquietas, voraces". En la esquina opuesta, "con bárbaras pinturas murales, un haz de banderolas en el mismísimo ángulo de las paredes de entrambas calles y sendas galerías de zinc en cada una de las puertas, divísase La Vuelta de los Reyes Magos, acreditado expendio del famoso Santa Clara y el sin rival San Antonio Ometusco". En la calle se ven "hasta

cinco casas bien encaradas, de tres y cuatro pisos, balcones calados y cornisas de yeso". (*Ibid.*, p. 11.) Después el jardín de fuente circular, en donde llenan sus chochocoles los aguadores y el vecindario. Frente a este jardín está la escuela municipal y tras él se ocultan las casas de trato. Éste es el lugar que el destino le ha escogido a Santa para vivir en la metrópoli, más allá del Chapitel de Montserrate y San Jerónimo. Al estar ya instalada en su cuarto, oye el rumor confuso y lejano de la calle. Desde las ventanas se puede ver "un irregular panorama de techos y azoteas; una inmensidad fantástica de chimeneas, tinacos, tiestos de flores y ropas tendidas, de escaleras y puertas inesperadas, de torres de templos, astas de banderas y rótulos de monstruosos caracteres". (*Ibid.*, p. 23.) La noche está aparentemente más tranquila, llueve y Santa ve los charcos "bullidores y sombríos del adoquinado" a los que dan mayor luminosidad los rayos.

Transportes

A pesar de las muchas investigaciones hechas, nunca se ha llegado a saber quién fue el primero que anduvo en carruaje en México, ni tampoco en qué año llegó por primera vez uno de estos vehículos a la ciudad. Sólo se ha podido averiguar que fue en el siglo XVI, ya que Bernardo de Balbuena, en su *Grandeza mexicana* (pp. 69-70), que publicó en 1604, habla de que en la centuria decimoséptima había muchos coches:

*fiesta y comedias nuevas cada día,
de varios entremeses y primores,
gusto, entretenimiento y alegría;*

*usos nuevos, antojos de señores,
de mujeres tocados y quimeras,
de maridos carcomas y dolores;*

*volantes, carzahanes, primaveras,
y para autoridad y señorío
COCHES, CARROZAS, SILLAS Y LITERAS.*

Respecto a los coches de alquiler, se sabe que fue el coronel don Manuel Antonio Valdés Murguía y Saldaña quien propuso en 1793 al Segundo Conde de Revillagigedo que se estableciera una casa de coches que se alquilaran por horas. Esto fue aceptado por el virrey, por lo que el 15 de agosto del mismo año se estrenaron ocho coches que fueron situados respectivamente: "dos en la calle del Portal de Mercaderes, cerca de la esquina donde se ponía el cartel del teatro; dos en la plazuela de Santo Domingo; otros dos en la calle del Palacio Arzobispal o de la Moneda, y los dos últimos frente al despacho o administración de dichos coches, que estuvo situado en la casa número 12 de la calle de Zuleta", según noticia de don Luis González Obregón, (*México viejo*, p. 550.)

Esos primeros de sitio se llamaron Coches Providencia, y tenían un medallón en la parte de atrás con un número, y en la parte de enfrente un farolito que se encendía después de la oración de la noche. En su interior traían un reloj para medir el tiempo de uso. Estos coches eran arrastrados por mulas; el cochero montaba en una de ellas. Se cobraban cuatro reales por hora o por treinta minutos, y por un cuarto de hora sólo dos reales. El cupo de estos vehículos era de cuatro personas y no se podía llevar una más. Este "artefacto hueco" iba "suspendido de una armazón con tallados de colores chillo-

nes" que descansaba en "unas ruedas colosales"; no sólo esto dice Brantz Mayer en su libro *México, lo que fue y lo que es* (p. 370), sino que afirma que "toda la máquina parece una mosca descomunal colgada de una telaraña".

A estos coches de sitio se les llamó en general *simones*, y casi todos los novelistas del siglo pasado se sirven de ellos para mover a sus personajes por la ciudad, al cementerio, a un día de campo, a algún paseo, al teatro, etcétera.

Que el mal estado de estos coches era general, los novelistas lo confirman: "los simones crujientes de vejez y de polilla deslizábanse perezosos" (*La Chiquilla*, p. 127), ya que los animales que los arrastraban eran casi siempre unos "flacuchos pencos"

El novelista que más datos da sobre este tipo de simones es Federico Gamboa en *Santa*, y lo hace con claridad a la vez que muestra las diferentes categorías de los mismos. En relación con las banderas que traían colgadas dice: "un carruaje de *bandera azul*, blandos muelles y auriga experto que evitaría los tumbos" (p. 265); como se puede ver éstos eran los de primera clase. Después, un cochero dice: "Soy del sitio de San Juan de Letrán, número 317, y *bandera colorada*..." (p. 10); se refiere a los de segunda clase. Pero todavía había otros simones de *bandera amarilla*, a los que el público había apodado *calandrias* (p. 91) y que eran los peores. El mismo autor dice que cuando se pidió una para servicio "resultó desvencijada, mugrienta, y con un par de sardinas, que ni para el redondel servían".

En 1828 había ya 895 coches de alquiler, y en 1829, 996, pero en 1891 ya sólo había 300, porque desde el establecimiento de los trenes urbanos disminuyeron. (*México viejo*, p. 552.) Las diligencias se usaban para viajes

fuera de la ciudad y eran asaltadas frecuentemente por ladrones de camino. Y como si esto fuera poco, los pasajeros sufrían en tiempos de aguas molestias sin cuento por el mal estado de los caminos.

La casa de las diligencias estaba situada en el callejón de Dolores. Dos de esos carruajes con sus tiros completos de mulas, sus covachas llenas de equipajes y los cocheros y sotacocheros ya listos en sus pescantes, esperaban que sonaran en la catedral las cuatro de la mañana para salir. Una de ellas se dirigía al interior, y la otra a Veracruz; esta última caminaba por la calle del Coliseo Viejo para salir de la ciudad por la garita de San Lázaro; la del interior daba vuelta por la calle del Coliseo (hoy Bolívar), para tomar, por el norte, la Garita de Peralvillo.

Respecto a los coches de la época, especialmente de los particulares, se habla muy poco de ellos en las novelas. Se sabe que los había de diferentes tipos, según la posición económica del dueño. Delgado habla de "un elegante cupé que, tirado por un soberbio tronco, avanzaba rápido y majestuoso, y en cuya caja charolada centelleaba el sol". (*Los parientes*, p. 265.) En la misma novela menciona un landó y una berlina; el primero era convertible y la segunda, coche cerrado de dos asientos.

Al pasar algunos años, por 1912 en que se desarrolla la novela de López Portillo y Rojas *Fuertes y débiles*, los coches han cambiado; coexisten ya los primeros automóviles con los viejos simones: "Era el tiempo en el que la construcción de los automóviles no había llegado a la perfección" por lo que a su paso iban dejando "una como estela de parda nube pestilente producida por la bencina inflamada de los motores" (*Ibid.*, p. 142), y en la calle estaban estacionados "desde lujosos limousines, hasta pobres simones, pasando por los Troisquarts, Rock-

aways y Victorias, o bien por las máquinas Fiat, Protos y Cadillac". (*Ibid.*, p. 179.)

La alegría de las calles de entonces la constituía el paso de los trenes que "con el cascabeleo de los collares y de sus mulas a galope y el ronco clamor de las cornetas de sus cocheros, deslizábanse con estridente ruido, apagado, muy brillantes, muy pintados de amarillo o de verde según su clase" (los amarillos eran de primera, los verdes de carga). (*Santa*, p. 12.)

Otro tipo de transportes que hubo al principio del pasado siglo fue, en los canales, el de las canoas de carga y las trajineras grandes con camarotes para pasajeros.

UN DÍA EN LA CIUDAD VISTO A TRAVÉS DE SONIDO Y COLOR

En las novelas de Cuéllar, Delgado y González Peña, las descripciones de la ciudad están hechas a base de sonido y color. Al elaborar esta parte se han escogido indistintamente citas de estos autores para presentar así, desde el amanecer hasta el anochecer, un día en la ciudad.

El amanecer

"Bañóse el oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas con fulgor tenue." (*La Chiquilla*, p. 208.)

"Aquí y allí descubriánse pedazos de azul desvanecido, que reían con la risa suave del amanecer de invierno. Sobre la inmensidad de techados grises, con sus

jardinillos de plantas marchitas; con sus tragaluces cuyos cristales brillaban; con sus altas paredes divisorias cuajadas de trozos de vidrio multicolores." (*Ibid.*, p. 106.)

Las primeras horas de la mañana

"En los relojes públicos sonaban las siete; el cielo, veteado de blanco, adquiría un tinte sonrosado; los rayos del sol, rasgando la neblina vaporosa, fulguraban en el espacio, quebrábanse en las cúpulas, matizaban los ramajes secos de las copas de los árboles cercanos. Bandas de pájaros, avanzando en el cielo como manchas de tinta, se deslizaban con vuelo lento." (*Ibid.*, p. 305.)

"... a misa llamaban las cien iglesias de la populosa ciudad, que, despierta ya, dejaba oír, desperezándose, sus mil ruidos y voces matinales: paso de coches, clamor de tranvías, el rodar pesado y torpe de las carretas trajinantes, silbidos de locomotoras". (*Los parientes ricos*, p. 434.)

Al medio día

se oían... "los mil ruidos y las mil voces de las calles... , vocear de fruterías que pregonaban sus mercancías, silbar de aurigas, pitazos de tranvía, clamores de granujas". (*Ibid.*, p. 353.)

Al declinar el día

'sonreía la tarde, con la sonrisa de los rayos errantes, y el resplandor del sol, próximo a extinguirse, prodigaba sus halagos a las cimas, a las torres, a las cúpulas, a los altos ramajes, a los techos lejanos". (*La Chiquilla*, pp. 3-4.)

“La ciudad todavía se encontraba en plena actividad y movimiento por lo que al ir por las calles céntricas se escuchaban voces de vendedores, avisos de tranvías, gritos de granujas que pregonaban periódicos, coches que iban y venían. La calle interminable: muchos transeúntes en las aceras; casas en cuyos salones iluminados se veían cortinajes magníficos; tiendas resplandecientes; tenduchos miserables; carnicerías iluminadas y lujosas; boticas somnolientas, que hacían alarde nocturno de sus aguas de colores; un templo sombrío; un jardín tenebroso, bajo cuyas arboledas se perdían los paseantes; una avenida majestuosa; la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes a cual más hermosos, apenas cabían; tiendas magníficas, fondas aristocráticas; dulcerías soberbias que en sus aparadores ostentaban mil y mil prodigios de azúcar de colores; joyerías en que la riqueza competía con el aparato deslumbrador, y, por fin, una calle silenciosa y triste, oscura y desierta.” (*Ibid.*, p. 180.)

“El sol declinaba y por la región del norte persistía aún leve claridad violácea. Resonaban a lo lejos silbatos de trenes y de máquinas, bocinas de tranvías, y de cuando en cuando, a los rumores de la ciudad cansada venían a juntarse los ecos de no distante banda militar.” (*Ibid.*, p. 268.)

“Los paseantes se codeaban en la acera. Los obreros enardecidos por el pulque, despidiendo un tufillo de pipa mal lavada, iban cogidos del brazo, disputando, llevábanse las manos a los bolsillos y hacían sonar con argentino tintineo los restos del jornal, mirando de reojo al gendarme, que, estacionado en la esquina, se cruzaba de brazos con aires de guardián celoso. Las criadas, mugrientas, se escurrían, casi rozando el muro, con los ces-

tos en la mano, riendo airadas o dichosas cuando alguien les cerraba el paso brutalmente." (*La Chiquilla*, p. 13.) "Allá por el sud, en las cumbres del Ajusco, inmensa y negra nubé corría a lo largo de las cimas, desgarrando su capuz en los picachos, más allá de los cuales culebrea el rayo, anunciando distante y fuerte tempestad." (*Los parientes*, p. 211.) "En el ocaso parpadeaba aún el crepúsculo. Lamos de rosa, jirones de lila, discurrían por el cielo, fugaces, medrosos ante la noche que asomaba a adusta faz en el orto. . . Lentamente los resplandores rojizos fueron apagándose; las gasas desparramadas en el dilatado piélagó se desvanecieron. . . Desapareció el cuadro luminoso que pausadamente iba acercándose al cielorraso; colóse la sombra con lentitud. Los tonos del gris se sucedían uno a uno del gris claro transparente, al gris plomizo, casi negro." (*La Chiquilla*, pp. 7 y 8.)

Y cayó la noche

"La ausencia de la luna hacía más intenso el brillar de los pequeños astros, que desparramaban en la inmensidad del espacio fino polvillo de luz. . . Abajo en el monción de techumbres y de muros agrietados, aparecían a intervalos lucecillas misteriosas que semejaban ojos de fuego. . . Los campanarios distantes surgían cual hoscósentinelas, recortando el firmamento con sus moles achacadas. Regueros de luz blanca rasgaban aquí y allá la oscuridad uniforme, ensanchándose hasta las lontananzas sombrías." (*Ibid.*, pp. 157-158.)

"La noche había cerrado. Languidecían los ruidos de la ciudad, y el vientecillo traía el misterioso rumor de las cercanas arboledas." (*Los parientes ricos*, p. 321.)

"El resplandor de los foquillos caía sobre las telas

artísticamente plegadas; sobre los sombreros de moda; iluminaba los anchos encajes y hacía despedir vivos destellos a las joyas. En las tiendas de ultramarinos, pirámides de latas y de frascos atraían. En las perfumerías, las cajas de raso se alineaban, luciendo el primor de su confección. . . las miniaturas de la dulcería francesa agrupadas con exquisito gusto, las cuales ya formaban castillos de hadas, conos multicolores donde el azúcar resplandecía como polvo de piedras preciosas, o bien se mostraban en platos de cristal finísimo, o llenando lujosas canastillas.” (*La Chiquilla*, pp. 15-16.)

En el “portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo”. (*Ensalada*, p. 128.)

“La ciudad se había hundido ya en la sombra, y pavimento y edificios presentaban una gran masa negra de donde se destacaban en hileras luces amarillas, como las lentejuelas de oro en un manto de terciopelo negro” (*Baile y cochino*, p. 285.)

III. LA SOCIEDAD

LA SOCIEDAD entrará en este capítulo a través de lo que los novelistas cuentan de ella, tomando cuando sea necesario datos de los cronistas de la época, para ampliar un poco y a la vez tener una visión más completa del ambiente y la situación social del siglo XIX.

A principios de siglo

En *Los bandidos de Río Frío* desfilan desde la pintoresca Jipila con su ignorancia, su forma de hablar y sus ideas primitivas, hasta el Conde Saúz y el Marqués de Valle Alegre, caballeros que aún muestran los últimos restos de la nobleza de la Nueva España. Según Payno, ellos no fueron educados para la ciencia, para las artes ni para la literatura, pero sí para el ejercicio de las armas, la hidalguía y la corrección de sus maneras. Entre estos personajes que representan los extremos de la sociedad se encuentran: artesanos, mozos, bandidos, criollos, fruterías, nuevos ricos y profesionistas; todos ellos complementan, con su forma de actuar y pensar, el cuadro social de la época que Lamparilla retrata en sus pensamientos cuando se pregunta: "¿Qué es la sociedad? Las gentes con las que tenemos negocios, el gobierno o la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectiva-

mente, y ésta nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos." (*Bandidos*, II, p. 229.) El autor califica de absurda a esa sociedad para la que es ordinaria la comida con chile, las tortillas, las quesadilla y que sin embargo se obliga a comer "un pedazo de toro duro porque tiene nombre inglés" (*Ibid.*) El mismo Lamparilla a través de sus pensamientos da a conocer la opinión que predominaba acerca del matrimonio: "La sociedad quiere que los matrimonios sean iguales. ¿Igual en qué?: Iguales en nacimiento, educación, títulos nobiliarios. Si alguien se quiere casar con una persona [en el caso, Lamparilla con Cecilia la frutera] que no sea su igual, entonces perderá para siempre su prestigio ante la sociedad y por consiguiente sus relaciones con los amigos, su carrera y su fortuna." (*Ibid.*, p. 230.) Pero, como siempre, hay una manera de arreglar las cosas y no puede descuidarse la importancia del dinero. Siendo rica saliendo sobrando el origen de la persona, ya que "el rico es siempre considerado y agasajado" por la sociedad en general y en particular por algunos pobres que esperan que un día u otro el rico los saque de algún apuro, por lo que Lamparilla ha llegado a la conclusión de que necesita tener bastante dinero "para tapar la enorme boca de la sociedad entera". (*Ibid.*)

Años más tarde

A mediados de siglo (1856) Juan Díaz Covarrubias escribe: "México es un país eminentemente republicano por su forma de gobierno, y sin embargo tal vez ni en la monarquía más absurda de Europa está establecida de una manera tan notable la distinción de las clases",

continúa: "Tres son las que predominan: la aristocracia, la clase media y el pueblo." Cada una con sus costumbres y su fisonomía propias por lo que nunca se mezclan, y exagerando afirma que "ni la amistad, ni el matrimonio, ni el pensamiento, las han podido unir jamás". Y nuevamente la importancia del dinero aparece al mencionar a la aristocracia: "en México sólo el dinero puede formar esa aristocracia, puesto que no hay pureza de sangre siendo mixta nuestra raza, ni premio de servicios porque no hay gobierno estable". (*El Diablo en México*, pp. 40-41.)

Al terminar el siglo

Por 1912, a pesar de haber transcurrido cien años, no ha cambiado mucho la situación y en especial la de la aristocracia. López Portillo y Rojas escribe en su novela *fuertes y débiles* (p. 272): "así andan en México las cosas, cada cual arregla su ascendencia como le place, y la gente que se paga de títulos y oropeles se adjudica liberalmente los dictados que mejor le placen". Abundaban condes y marqueses, sólo faltaban duques, arquiduques y príncipes para completar una brillante corte para esta "aristocracia improvisada" que podía ostentar título nobiliario con la categoría que quisiera, siempre y cuando la pagara, ya que "¿Quién se toma la pena de contradecir al linajudo? ¿Quién le pide cuentas de su retención?"

El factor económico tenía en la sociedad una influencia definitiva y existía una aspiración constante de las clases bajas por llegar a una posición superior, pero "no a costa del trabajo ni por medio de los recursos legales". (*Ensalada*, p. 105.) En la clase media sucedía algo

semillante y se debía a “la irrupción del lujo [que iba oscureciendo el fondo inmaculado de las virtudes domésticas, y convirtiendo la modestia y la humildad en esa sed insaciable de atavíos costosos para engañar a la sociedad con un patrimonio y bienestar que no existían” (*Baile y cochino*, p. 325.) A esto hay que agregar la influencia extranjera, sobre todo la francesa, encargada de imponer costumbres y modas a la clase más elevada a la más rica, a la que puede llamársele “dirigente no sólo porque posee más potencia y autoridad material política y económica, sino porque sus maneras de pensar se imitan y en ellas se inspiran las clases menos elevadas”. (*Las clases sociales*, p. 67.) Esta influencia se puede ver directamente en las novelas; Payno la hace notar en Relumbrón, que es el tipo de persona que manda traer muebles “muy exquisitos y muy caros” de París y además dar comidas en su casa “entre siete y ocho de la noche al estilo París”; de donde también llegaban telas de algodón, lino, seda y surtidos especiales de mercadería que desembarcaban en Veracruz.

En *Los parientes ricos*, Rafael Delgado aprovecha la ocasión para hacer burla de la influencia extranjera, e especial de las personas que habiendo ido una vez a París no pueden olvidarse de lo que allá se usa ni tampoco pueden acoplarse nuevamente a la vida que México lleva, tanto intelectual como socialmente. Critica ese afán de comparación entre “la vetusta ciudad virreinal” (p. 44) y “la deslumbrante Lutecia” (p. 359). Para doña Carmen “¡Nada como París, nada! ¡Qué paseos! ¡Qué teatros! ¡Qué tiendas y qué establecimientos! ¡Qué comida!” (p. 44.) Jóvenes como Juan opinaban que: entre México y París... hay gran diferencia” (p. 343), pero lo que siempre andaba en busca de algún motivo que die

ra oportunidad para opacar lo que tenía a la vista y exaltar las cosas y las gentes europeas, lo cual también hacía Don Juan: "No hay que darle vueltas, para cosas de gusto, los franceses." (p. 63.) Esta influencia parisina marca su dominio en la forma de vestir, de peinarse y muchas veces hasta de hablar, como se verá más adelante.

Para complementar la idea general de la sociedad que vivía en el México de un siglo atrás es necesario acercarse a la juventud.

Los jóvenes atraen la atención de todos los novelistas románticos. Pero mientras Cuéllar se ocupa de la clase media baja, Díaz Covarrubias y López Portillo enfocan su atención en la clase aristócrata para criticar procedimientos educativos y poner en evidencia las limitaciones del medio, el descuido de los padres y las consecuencias de esta situación.

En *El Diablo en México*, describe ese ambiente de frivolidad propicio para las alianzas fáciles, cuyo punto de partida puede ser la misa de doce en el altar del Perdón en catedral. Elena, de unos dieciocho años, de cuello blanquísimo y mirada vaga y húmeda, bella y aristócrata, va elegantemente vestida con "aire de gracia y distinción". Él, de veintitrés años, pálido, distinguido y varonil, no es muy rico pero ya terminó la carrera de abogado; se llama Enrique y está enfermo del corazón. Estos dos muchachos se ven en misa y se enamoran. Allí está también Miguel, que los observa; pertenece a la clase media, estudia medicina y es *realista*; le gustan las costureritas, el café, el champagne y los bailecitos de piso bajo. Elena, al salir de misa, se dirige a uno "de esos palacios que forman la suntuosa calle de Cadena" (p. 23), en donde vive en compañía de su madre aristó-

crata y "muy déspota". Al cerrarse la puerta, Enrique la pierde de vista, pero la vuelve a encontrar, días más tarde, en el teatro Iturbide, sencillamente vestida con un traje blanco, en compañía de su madre y un tío. Mientras la observa y admira piensa que el mundo no es para este tipo de mujeres tan sensibles, ya que generalmente son "burladas por hombres indignos que abusan de su espiritualismo", o bien "son entregadas por sus padres a magnates que las hacen sus esposas" (p. 35) y acaban por convertir su espiritualismo en vulgaridad. El autor piensa que este tipo de mujeres serían felices con un joven sensible, pero "su posición social es un abismo que las separa de ese hombre" (p. 36). Elena pertenecía a la aristocracia intransigente. Su madre consideraba que quien no era "enormemente rico", pertenecía al pueblo o a la "genticilla". Elena se había educado en un convento, lejos de la elegante sociedad que se reunía en el salón de su casa. A pesar de ello, la joven profesaba a su madre una obediencia mezclada de temor y estaba acostumbrada a ejecutar sin decir palabra lo que ella le ordenara, aunque fuera una cosa contraria a sus gustos e inclinaciones naturales.

Elena y Enrique son románticos. Es suficiente con que sus dedos se toquen para que ella se ruborice y él se ponga pálido "como si el exceso de la emoción amenazase reventarle dentro del pecho". El interés del romance se acrecienta con la oposición de la madre de Elena al noviazgo entre los dos muchachos. Todo transcurre entre suspiros, besos y sollozos, juramentos y promesas. A veces, acontecimientos imprevistos los mantienen mayor tiempo unidos, como una tormenta que los sorprende y los obliga a refugiarse en el pabellón de Elena hasta las tres de la mañana. Mientras tanto, la madre de Ele-

na cree que un tal Guillermo tiene fortuna, por lo que cuenta con todas sus simpatías, y lo quiere para su hija. Guillermo lo sabe, ya que escribe a un amigo: "La mamá me quiere tanto, y desde que ha conocido mi inclinación me hace magnífico juego." (pp. 80-81.)

Al final de la novela termina Elena casándose con Guillermo sin tenerle cariño. El autor trata de "probar que son muy malas las madres déspotas que por ambición tiranizan a sus hijas cuando están enamoradas". (p. 55.)

Al conocer la vida y la familia de Guillermo, se descubre otro aspecto social interesante en la novela: la forma de pensar y de vivir de los nuevos ricos. El padre de este muchacho había llegado de un pueblecito de Jalisco hacía unos 30 años con una carta de recomendación y sin más recursos que diez pesos. Era tonto pero tenía "el germen de la ambición y los ambiciosos generalmente prosperan". (p. 37.) Después se casó con su prima, que era vanidosa y que soñaba con los elegantes salones de la aristocracia, a los que no había asistido por ser de la clase media. Al morir el padre de ella, heredaron además de dinero, una magnífica casa y la tienda.

De este matrimonio nacieron cuatro hijos, dos de los cuales son Guillermo y Conchita. Esta última era todo el orgullo de su madre, la cual con su vanidad pensaba conseguir para su hija lo que ella no había podido lograr, es decir, introducirla en la aristocracia o cuando menos atraparle un marido que perteneciera a una familia distinguida. Su plan era casar a su hija con Enrique, que si no era muy rico, cuando menos estaba relacionado con la gente más distinguida de la sociedad mexicana y su padre al morir le había dejado algunos bienes.

Concha creció en un ambiente de ambición y de falsos valores (a Enrique le parecía vulgar, prosaica y procuraba eludirla); vestía y se adornaba con exageración para hacer contraste con la sencillez de Elena. En el teatro "llevaba aretes de brillantes, y en los diez dedos de las manos ocho anillos encima de los guantes; rodeaban sus bonitos brazos unas pulseras de oro con broches de diamantes, y su garganta un collar no menos valioso" (p. 28.) Su madre no se quedaba atrás en el atuendo y parecía "una matrona ridícula" que desentonaba al estar fuera de su esfera social. Su conversación en el teatro se enderezaba en contra de la aristocracia con la que estaba resentida, por lo que entre otras cosas le dice a su hija: "ninguna de esas señoras encopetadas, que se llaman de la aristocracia, que tiene coche y caballos frisones, trae esta noche las alhajas que tú [y] todo lo que tú traes está pagado y no se ha adquirido a fuerza de drogas como todo lo de esa gente". (pp. 29-30.)

Guillermo es un muchacho despilfarrador, muy aficionado al juego y con delirio de grandeza, por lo que piensa casarse con una mujer rica. Al terminar la novela él y su hermana son los victoriosos, ya que Concha se casa con Enrique y Guillermo con Elena. Los dos han subido de categoría; se encuentran casados sin amor pero con dinero; en un ambiente que no les pertenece, por lo que Díaz Covarrubias opina que al educar a los jóvenes se ha equivocado el camino y a ello se debe la inestabilidad y falta de madurez de los muchachos, que sólo buscan la facilidad y la conveniencia económica. Este fenómeno se observa con mayor frecuencia en las clases altas: "He dicho que el amor maternal existe casi siempre, porque algunas veces, o por mejor decir en

ciertas clases sociales, y a cierta edad, no se le encuentra." (p. 103.)

Y por último una opinión del novelista respecto al amor en boca de Miguel: "si es que el amor existe, no será más que en el pueblo y en la clase media" (p. 23) y afirma que el amor juvenil "es la satisfacción del orgullo, es una venganza o un despecho; son las exigencias de la materia o el deseo de pasar el tiempo en 'algo'."

López Portillo y Rojas, en su novela *Fuertes y débiles*, hace burla de la nueva aristocracia citadina y de los "jóvenes a la moda" que han recibido gran influencia de costumbres extranjeras, sobre todo de Francia, Estados Unidos e Inglaterra; influencias más marcadas en las modas, en el comer y en la forma de hablar. Clara Montalvo pertenecía a este tipo de juventud, y tanto ella como sus amigos empleaban constantemente palabras y expresiones extranjeras. Raúl Duval era uno de los "mozalbetes muy bien peinados, empomados y relamidos" que junto con Tomás Robert frecuentaban el círculo de Clarita. El primero fue educado en Francia, por lo que acostumbraba firmar Raoul Du Val y lo hacía para dar a su nombre "carácter francamente noble y galicano". El segundo se firmaba Thomas Robert para que se creyera que era anglosajón. Raúl decía que su patria era "*un pays tout à fait sauvage*" y Tomás afirmaba que todo el mundo era "*very common people*" (pp. 188-189). Completaban el círculo de amistades: Netty, Lilly, Mary, Jack (Juanito), Dick (Ricardito), Ellick (Alejandrito), Lulú (Luisita), Patty (Martita) y Hall (Enriquito). "Todos mexicanos y algunos hasta indígenas; pero que habiendo cruzado por los Estados Unidos o Inglaterra como aves de paso, habían adop-

tado aquellos extravagantes y absurdos diminutivos para dárselas de extranjeros, o al menos de pasados por agua, como los huevos, a fin de tener más consideración y prestigio a los ojos de la gente de arriba, frívola, sin seso e idólatra de lo forastero y exótico (p. 296). Todos ellos se juntaban para ir al Jockey Club, a los teatros, a jugar a la corte ("por sonsonete de *court*, lugar donde se juega pelota") y a las fiestas y tertulias organizadas por las familias de la mejor sociedad. Entre ellos también está Cheno Bolaños, que se aprovecha de su posición y su situación elevada para ser déspota y malo con los servidores que tiene en su rancho.

En este ambiente de gente de dinero se mueven *Los parientes ricos* de Rafael Delgado, que cuentan con una posición económica desahogada y tienen una vida llena de comodidades, diversiones y viajes. De esta familia ha salido Juan, el prototipo de muchacho con dinero, calavera y sin sentido de responsabilidad. Recibió durante su vida diferentes tipos de educación. La primera fue la de la familia, que lo consintió en forma exagerada; de allí pasó a un colegio de Suiza, en el que estuvo durante cuatro años; y el resto la adquirió en el ambiente parisino, en el cual vivió parte de su juventud. Según el autor, a los veinte años ya no le quedaba nada bueno, todo le había sido "arrancado de cuajo por el vientecillo pestilente de los *boulevares* de París, y por los huracanes mansos de Monte Carlo" (p. 362).

La vida en México, de él y su familia, transcurría entre teatros, banquetes, fiestas y reuniones, pero esto no era suficiente para borrar la nostalgia que les quedaba de sus viajes por Europa y en especial de París que les había robado el alma. A consecuencia de esto, constantemente se expresaban a favor de las cosas, costum-

bres, comidas, telas, espectáculos y modistas de Francia.

El principal pensamiento que Juan tenía en la cabeza era el de que: "No necesitaba de nadie, sí, de nadie, porque era rico", y por lo mismo se creía con el derecho de llevar una vida sin escrúpulos e ir causando la deshonra de muchas jóvenes, entre ellas la de su prima Lena, que ingenuamente creyó en las falsas promesas de un hombre lleno de suficiencia y caprichos.

Así, faltos de responsabilidad y sin consistencia, pinta Rafael Delgado a los muchachos ricos de su época, y dice en su prólogo: "He querido que *Los parientes ricos* fuesen así, copia exacta de la vida mexicana" (p. 8) aunque, como dice Joaquina Navarro: "Como buen escritor realista y burgués, Delgado describe la clase a la que pertenece para censurar unas faltas que las virtudes no logran encubrir." (*La novela realista*, p. 142.)

La clase media y su forma de actuar están claramente expuestas en especímenes de la juventud en las novelas de Cuéllar. En todas las épocas y en todas las partes del mundo, la juventud ha sido motivo de preocupación y crítica. Cuéllar, que entre los novelistas del siglo pasado se interesa más que nadie por los jóvenes, dice: "Aunque el joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el *pollo* es esencialmente del siglo XIX y, con más especialidad, de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital." (*Ensalada*, p. 31.)

Se les da este nombre a los muchachos entre los doce y los dieciocho años, inmorales y de malas costumbres.

Los divide según su linaje, costumbres, edad y clase social, en cuatro grupos.

1. *Pollo fino*: es el hijo de una señora (*gallina*) mocha

y de dinero, y un señor (*gallo*) ocioso, inútil y de pelea, corrompido por la riqueza.

En *Ensalada de pollos*, Arturo pertenece a esta clase. Es de buena familia, "bonito, espigado, nervioso, de cuerpo pequeño . . . , promete llegar a tener una buena barba". Se viste y calza bien y es simpático. Encuentra la muerte a manos de "Pío Blanco" en un duelo de honor. Es sepultado en el panteón de San Fernando, pues para la familia hubiera sido una verdadera calamidad sepultarlo en Santa Paula, panteón plebeyo y poco elegante.

2. *Pollo callejero*. Es de familia pobre o hijo bastardo de héroes reformistas descreídos. El ejemplo es "Pío Prieto", feo, hijo de un hojalatero que un día le compra una levita, gracias a la cual tiene oportunidad de trabar amistad con *pollos* ricos. Después se avergüenza de su linaje, niega a su familia y oculta el lugar en donde vive.

3. *Pollo ronco*. Es de la raza del callejero, pero se dedica al robo. Aquí entra Pedrito, que desempeña su papel en el mundo elegante, se ha constituido en un ser inútil y ocioso, cuyo porvenir está ligado al prorratio. Se da aires de civilizado y se burla de las fiestas de vecindad. Se vende y no le importa que el precio sea la honra de su hermana.

4. *Pollo tempranero*. Es el que con menos edad "tiene más vicios y el corazón más gastado", como Pío Blanco, que, con quince años, es por naturaleza disipado, bebe, fuma y blasfema. Se considera dispensado de tener creencias y se avergüenza de haber oído misa alguna vez. Alardea de cínico y desvergonzado. En un lance de honor mata a su adversario. Va a la cárcel de Belén y se convierte en héroe de calabozo con fama de valiente. Como es *pollo* fino tiene concesiones; recibe visitas

de *pollos* que le traen vinos, pasteles, puros y hasta llega a ser envidiado por los muchachos.

El novelista se pregunta a qué se debe el descarrío de la juventud, ¿cuáles son los males sociales que producen estas consecuencias? Contesta:

1º La mala educación que los padres imparten a los hijos, ya que en esta época han desaparecido la "disciplina y los golpes como método racional de la enseñanza"; muchos padres han caído en el extremo opuesto convirtiendo a sus hijos en niños mal educados que hacen lo que se les antoja: "Temblad ante los niños, especialmente de los riquitos." (p. 34.)

2º El mal ejemplo de otros países: "El torrente invasor de la prostitución parisiense."

3º "La época de transición que atravesamos."

La solución que propone el autor es señalar a la juventud con el dedo y ponerla en ridículo ante el mundo con todos sus defectos. Pero alejémonos un poco de causas y motivos, para ver más de cerca a los muchachos.

Aspecto físico del pollo

Son generalmente enclenques, pequeños y algunos se dejan crecer la barba; la mayor parte son gimnastas, pero esto parece que no les da muy buenos resultados, ya que "hay cien *pollos* cloróticos en cada calle". (p. 95.)

Aunque su físico no les ayude, ahí están en el Zócalo los domingos, en "paseo de exploraciones", viendo pasar a las muchachas que, acompañadas de señoras, dan vueltas alrededor del jardín, entre dos filas de *pollos* y barbilindos que a su vez llevan la intención de escoger o formarse una idea acerca de ellas. A eso se le llama "ha-

cer el oso a la mexicana". Un diálogo común ilustra de manera pintoresca la situación: "—A qué altura se encuentra usted de sus amores? —Soy simplemente oso. . . pero tengo fundadas esperanzas de que esta situación cambiará favorablemente el domingo próximo." (*Baile y cochino*, p. 314.)

Carácter e ideas

Todos los *pollos* se creen "muy hombres". Fuman con tesón y "colean" un cigarro tras otro. Son generalmente agresivos. Les ha llegado de los Estados Unidos "un adminículo indispensable": el revólver. Ya no se concibe uno de ellos sin reloj y sin pistola, especialmente cuando andan "calavereando".

Este tipo de muchachos mata, estupra y se embriaga con una naturalidad asombrosa. De cualquier discusión hacen lance de honor, citan en algún lugar, llevan padrinos y pistolas, cuentan veinte pasos y disparan.

Tienen dos preocupaciones principales: encontrar destino y sastré; esto último es de gran importancia, pues el traje forma parte de su personalidad, por eso muchas veces "aceptan el papel de parias sociales, a cambio de poderse vestir con las plumas del pavo" (*Ensalada*, p. 95.)

Las jóvenes de entonces tenían un álbum en el que reunían versos de sus admiradores. Se rodeaban de jóvenes que las adulaban constantemente, haciéndoles creer que eran las más hermosas y discretas de la sociedad. Tanto los *pollos* como las *leonas* cuidaban mucho de su arreglo personal. El prototipo de ellas era: un joven del-

gado, flexible, pálido, de largos bigotes tiesos y retorcidos, y melena rizada.

Niceto de Zamacois los ridiculizaba describiéndolos:

“Las cadenas de los relojes se usan largas y gordas como las promesas, pero falsas como las últimas. Las levitas y las dádivas se usan cortás. Las mangas de las levitas y las conciencias anchas. Los guantes y los recursos, estrechos. Los cuellos y la fe, postizos. . . Las camisas y las amistades se usan ligeras, pero bien almidonadas, para ocultar lo mal tejido de la tela. Los tirantes y los principios religiosos se estilan elásticos. Los puños de la camisa y la vergüenza se usan sobrepuestos.” (*Historia moderna de México*, p. 467.)

Hablan contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas, contra las tiranías, y no obstante muchos de ellos son esclavos de algún patrón déspota. Creen comprender la libertad y el amor a la independencia; profesan principios liberales y sin embargo son incapaces de emanciparse; no aspiran a mandar ni a hacerse obedecer. Su dicha es la fatuidad. Todos tienen este tipo de ideas arregladas conforme a su posición social, cualidades, aptitudes e inclinaciones diferentes.

Su lugar de reunión es *Fulchieri* y ahí cambian impresiones, ideas y proyectos sobre sus aventuras amorosas. “Las cenas de *Fulchieri* son generalmente cenas de calaverones, de *pollos* y de amantes desvelados. . . a media noche y muy suculentas.” (*Ensalada*, p. 130.)

Por lo que se refiere a las *pollas*: Las hay de alto copete y de baja estofa.

Alto copete

Son de esta clase Sara y Ernestina. Las dos están cloró-

ticas y pertenecen a una generación enclenque de constitución anémica. Son pálidas y sus "cabellos caen como el pasto sin riego" (p. 178). Este tipo de problemas los tienen también todas las demás, por lo que recurren a trucos y afeites que las hacen aparecer ante los otros como muchachas sanas y bonitas. Usan crepé (pelo postizo), con que alguna de sus antecesoras las benefició al morir; se pintan la cara con coloretos extra finos; aumentan su estatura con tacones; se arreglan "el cuerpo con cojines y la sangre con fierro" (p. 179).

Educación y costumbres

Como son ricas, tienen profesor de piano y canto en casa. Por cuestión de salud y también por divertirse se bañan en la alberca Pane, que está de moda y además se ve muy concurrida los domingos, pues a más del espectáculo deportivo se goza de música desde la mañana. Esta alberca estaba en uno de los ángulos que forman los paseos de Bucareli y de Reforma, por lo que se llegaba con facilidad. Unas personas van a los baños hidroterápicos, otras al estanque en donde se les enseña a nadar, otras a los baños particulares para familias, y otras a la alberca mayor que está rodeada de graderías para los espectadores. Las *pollas* asistían con la esperanza de recobrar su belleza y su salud, ya que esas aguas tenían propiedades "sulfuroferruginosas", que sirven para la conservación del cutis y el crecimiento del cabello. (Cf. *Historia moderna de México*, pp. 460-61.)

Además de lo anterior, estas muchachas por lo general van a misa de doce a la catedral y son caritativas; tienen muchas amigas, hacen visitas y asisten a funciones gratuitas, a las comedias de aficionados y a los bailes.

leen novelas de Ponson du Terrail, folletinista francés, autor de las famosas aventuras de Rocambole, y se saben hasta de memoria las confesiones de Marion Delorme de Víctor Hugo.

Su mayor ambición es casarse, por lo que Cuéllar dice que están "amenazando a la sociedad" con convertirse de un día a otro en madres de familia.

Las *pollas de baja estofa* siguen los pasos de las de *alto copete*, pero sin tener las comodidades ni el dinero necesario para llevar su tren de vida. Este tipo de muchachas "suelen flotar entre dos aguas hasta que se ahogan en el fango" y "el diablo del lujo es por lo general el que se encarga de la zambullida desastrosa". (*Baile y ochino*, p. 277.)

Una de ellas es Enriqueta, hija de padre rico y madre pobre de la "peor ralea". Ha estado en buenos colegios y tiene amigas de dinero. A Enriqueta se le van los ojos tras los coches de lujo con lacayos de librea, tras las plumas de algún sombrero que lleva una joven rica, tras las manos enguantadas, tras los *gentlemen*, en fin tras todo lo que desearía tener y no tiene. Carecen de oportunidades para estudiar y su tabla de salvación es la costura, pero no todas tienen la aptitud necesaria. Piden una limosna a la sociedad opulenta" y usan el balcón como intermediario entre ellas y el lujo; acaban por ponerse al nivel de las mujeres públicas, cuando no tienen con qué comprarse cosas nuevas. Las madres por lo general no lo evitan, sino que lo aprueban y lo aceptan, y más de una madre conocemos que vive bajo el mismo techo de la hija, cuya posición social es el concubinato". (*Ibid.*, p. 307.) El lujo, el interés y la necesidad acaban con la virtud de las muchachas. Enriqueta tuvo "protección" que le dejaba mucho tiempo libre del que podía

disponer como quisiera. Aprovechaba la ocasión para salir con un estudiante, calavera muy simpático y muy entretenido. "La mamá lo había comprendido todo, y aceptaba aquel golpe de fortuna, pensaba que la suerte de Enriqueta no podía ser otra." (*Ibid.*, p. 288.)

Otro ejemplo de estas muchachas salidas de la pobreza son las *Machucas*, que después tienen vestidos de seda y alhajas, sin pensar en la deshonra de su familia. Les gustan las emociones fuertes, saben jugar albuques y acostumbran embriagarse al parejo que los hombres son muy populares, y se complacen en ser solicitadas sin pensar en las consecuencias. Entran en un mundo que no es suyo y están obligadas constantemente a esconder en guantes las manos encallecidas, a disimular su falta de distinción callando, y a aparentar hermosura huyendo de la mucha luz.

Cuéllar achaca el que haya muchas jóvenes como ellas a la desmoralización de la sociedad y a la depravación de las costumbres.

Otro grupo interesante lo forman las jóvenes quedadas y solteronas. Una de ellas es Venturita, que se fue quedando... quedando... y tiene ratos muy amargos. Ella desea casarse, encontrar novio y ha emprendido una lucha tenaz para lograrlo, mientras los días pasan... Ella es amable, risueña, se asoma al balcón, se aprieta el corsé, se viste de colores fuertes, calza bien... asiste a los bailes buscando por todas partes la oportunidad que desea. Por ella no ha de quedar.

Cuéllar destaca de esta juventud a dos tipos que caen más bajo que los demás y llegan a la depravación y al vicio: "Concha la sacristana" y "Chucho el Ninfo".

Concha nació en una vecindad. Cuenta, como único tesoro, con su pureza. Su peor consejero es la vanidad.

Se hace amiga de unas *pollas* ricas, que la ayudan dándole ropa. A través de ellas se familiariza con otro ambiente y conoce a *pollos* finos. Se enamora de uno de ellos, estando cierta de que no se casará con ella. Lucha, pero está indecisa; aspira al lujo y sabe que su caída será segura. Un día Arturo se la lleva y le pone una casa lujosa, con un aya francesa (madame Luisa), que le enseña a comportarse en sociedad. Pero Concha comete error tras error y su actitud es siempre torpe y postiza. Al morir Arturo en un lance de honor, Concha se siente sola y abandonada. Empeña sus alhajas y después recurre a explotar su belleza. Pronto un general le promete apoyo y compañía. Ella trata de resistir, sin buen éxito; se disculpa diciendo: "Privada me robaron... yo no pude oponer resistencia... después se metió el general a mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo yo de todo esto? Es mi mala suerte" (*Ensalada*, p. 191), y así haciendo culpable al destino descarga toda su responsabilidad. Después se da al vino como antídoto a su vergüenza. Se mete con un *pollo*, con un señor de Veracruz y con González, que es casado. Más tarde contrae deudas, siente el terror del aislamiento y mendiga amor a precio de humillaciones. Así va cayendo cada vez más bajo. Cuéllar explica esa evolución diciendo que "en ella no había maldad sino ignorancia"

La madre de Chucho no ha sabido educarlo. Lo consiente demasiado por ese inmoderado deseo de complacerlo. Como era bien parecido, un día lo vistió de china poblana: "traje de hembra... se aficionaba a esta transformación que alababa su vanidad de niño bonito y mimado". (*Chucho*, p. 9.)

El apoyo de Chucho era su madre; más tarde lo fue un tío rico que se lo llevó a Tabasco. Regresa a la capi-

tal entre los 14 y los 17 años. Ha estudiado el modo de hablar y lo hace muy despacio. Revela en sus ademanes el amaneramiento que es parte de la personalidad afeeminada con la que va a actuar en la vida. En esta época Chucho figura ya en la categoría de *pollo*. Su educación y sus costumbres han sido malas y viciadas, ha vivido en la ociosidad opulenta. El dinero de su tío lo eleva a grado de aristócrata y le permite exhibirse en Bucarel en un coche elegante o montado en magníficos caballos. Tiene un solo culto, su persona, a la cual dedica horas enteras. Se enchina las pestañas, se pinta los labios con carmín, conserva una hermosa dentadura y una "tez virginal". Tiene un camarista que lo ayuda a vestirse y mientras se arregla anda en pantuflas de raso verde bordadas con cuentas de vidrio. Es egocentrista. "Yo no soy borracho, yo no soy jugador, yo no soy ladrón." Para él no tienen importancia las altas cuestiones de honor, la felicidad doméstica, el respeto a las leyes, la abnegación ni la nobleza. Hace del amor su profesión: "me gustan las hembras y nada más, y como todas me hacen formal, me dedico al ramo" (p. 228). Enamora a mujeres casadas por el solo hecho de buscar el escándalo y no la correspondencia. Lo que quiere es que sus amores sean públicos, el resultado práctico le importa poco. Mancha la honra de muchas mujeres honestas y jura que jamás se casará, ya que para él el tipo más despreciable de la sociedad es el marido. Es cínico y desvergonzado, con una filosofía disolvente e inmoral. Cuéllalo compara con "esa pequeña víbora de tierra caliente que se llama coralillo, vestida con hermosos colores, pero cuya picadura es mortal" (p. 239). Es hipócrita. Todos los días toma agua bendita en alguna iglesia y reza una salve. Va a misa y los días primeros de cada mes reza e

Trisagio; además da limosnas con el fin de que Dios lo perdone. Cuéllar moraliza: "por desgracia, en esta época y en esta sociedad abundan estos adeptos del escándalo y de la inmoralidad". (*Ibid.*)

En la novela de *Chucho el Ninfo*, el amor es móvil de todos los acontecimientos. Como Cuéllar mismo dice: Concha necesitaba amor como alimento nutritivo y como solución favorable. González lo tomaba en grandes dosis como la "zarparrilla Bristol". Mercedes lo aceptaba como veneno. Carlos lo veía alejarse como una ilusión y Chucho el Ninfo lo usaba como sus levitas, y alimentaba con él su vanidad.

El amor se extiende también a los *pollos* de las otras novelas de Cuéllar. Cuando el *pollo* es fino, de buena familia, y no ha perdido la pureza del alma, entonces nada más ama, nada más espera: "en la música del amor no hay cosa más elocuente que los compases de la espera". (*Ensalada*, p. 27.) Cuando el *pollo* es *tempranero*, está echado a perder por el libertinaje y tiene la cabeza llena de "humos parisienses"; entonces en vez de amar, corrompe; en vez de esperar, apresura; en vez de contemplar, se precipita y "de un amor puro, hace un crimen".

Todos esos *pollos* tenían varias formas de comunicarse con sus conquistas. Una de ellas era mediante el primitivo "teléfono" hecho con dos botes unidos por un alambre; otra era el recado que se encargaba de llevar el aguador o el sirviente de la casa; una tercera era el mensaje amoroso de las flores del ojal, ya que cada una tenía un sentido propio de acuerdo con el color, el nombre o el tamaño. A estos mensajes las mujeres tenían que responder haciendo uso de su ingenio, ya que casi nunca estaban solas sino por regla general acompañadas de su madre, parientes o personas de edad. Las mucha-

chas de buena posición transmitían mensajes con el abanico, al acomodarse el sombrero o al arreglarse algún broche; todos esos movimientos que parecían insignificantes siempre querían decir algo. Veamos el ejemplo de un *bouquet* que enviaron unas *pollas* a un *pollo*:

“—¿Qué es lo que dice ese *bouquet*? —Dice: pensamos en tu amor, joven modesto.”

El *bouquet* se componía de pensamientos (*pensamos*), un heliotropo morado y blanco (*en tu amor*), un botón de clavel rojo (*joven*) y unas violetas (*modesto*). Así las *pollas* enviaban mensajes a sus enamorados y ellos a la vez sabían interpretarlos. (*Ibid.*, p. 171.)

La forma de hablar de los *pollos* entre sí tenía su originalidad y Cuéllar dice que la historia conserva el lenguaje expresivo de ellos, que no es para libros (*Ibid.*, p. 168), y que tiene verbos que no se traducen (p. 234).

MECO: en el caló de los *pollos* pobre.

CHORCHA: reunión, pandilla o círculo de amigos.

PÓLLO FRITO: es un *pollo* reo de muerte. Usan la expresión: “estoy quemado, estoy tostado, estoy frito”. (p. 167.)

PICO LARGO: cuando un *pollo* ya es calavera, cínico, y conserva esa impasibilidad hasta para engañar a los maridos. (*Chucho el Ninfo*, p. 269.)

COMO LA CHICA

SEPA JALAR:

que la muchacha no se oponga y esté de acuerdo, sea accesible a los deseos de su compañero. (*Baile*, p. 315.)

| | |
|------------------|--|
| MEDIA BOLINA: ,, | éste es un término que se aplica a la borrachera. "El alcohol es un excelente auxiliar de los enamorados. Esperan el sí cuando la dama de sus pensamientos está a «media bolina»." (<i>Ibid.</i> , p. 315.) |
| TENGO BODORRIO: | tener boda o matrimonio. |
| BOUQUET: | sería muy prosaico decir "ramo". |

Para Cuéllar este tipo de juventud representa un problema social grave y la estudia con fin moralizante, por lo que representa a los muchachos en circunstancias especiales, en momentos críticos, y además los saca a todos ellos de su ambiente y los pone a actuar en otro superior haciéndolos proceder ridículamente. El único que no reacciona de esta manera es Chucho, que a pesar de haber vivido desde un principio en la pobreza de una vecindad, cuando tiene oportunidad de actuar en una clase más elevada, por el dinero de su tío, lo hace con naturalidad, como si hubiera nacido en ella.

Otra de las cosas que hace el autor con sus personajes es buscarles defectos y exagerarlos. En el prólogo a *Ensalada de pollos* dice: "Creyendo encontrarme con algo bueno, he dado por desgracia con lo que mi aparato [*La Linterna Mágica*] hace más perceptible: los vicios y los defectos de esas figuritas. . . pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y la virtud."

Aconseja a la juventud de la clase media que se dedique al taller y no a las leyes, a la mecánica y no a la medicina, y que los jóvenes no abandonen los talleres

atraídos por la falsa posición de quienes trabajan en oficinas sin importarles el poco sueldo que en ellas reciben.

Describe los estragos que estos jóvenes cometen cuando se unen para andar de vagos perpetrando toda clase de abusos. Además critica el afán de exhibicionismo que estos muchachos tienen, y el empeño en seducir a muchachas de pocos recursos, que caen atraídas por las falsas promesas de comodidad y lujo. Y habla a propósito de esto último diciendo que “la creciente invasión del lujo en la clase media . . . determina cada día nuevos derrumbamientos” (*Baile*, p. 307) en las jóvenes. “Mientras en México las mujeres públicas fueron *descalcitas* . . . los bailes de máscaras se componen de esas señoras y del sexo feo, el cual aprovecha la ocasión anual para darles gusto.” (*Ibid.*, p. 273.) Como ejemplo de estos casos pone a las *Machucas* y a Concha, que no vacilan en confesar que coser es morir de hambre, y después de esto . . . “¡qué horrible castigo es la hermosura!” (*Ensalada*, p. 214.) A Concha la predestina el autor para demostrar que “las contravenciones del orden moral basado en la moral de las costumbres traen irremisiblemente sobre el infractor el condigno castigo” (*Chucho*, p. 265.) Culpa en primer lugar del caos de la juventud y de la disolución de la familia a las madres, porque “pecan de consentidoras”. Elena hizo de su hijo Chucho un afeminado, a base de consentirlo y no saberlo educar. La madre de Enriqueta (*Ensalada*, p. 283) ve que su hija se pierde y no lo evita. Concha (*Ibid.*, p. 64) ve en su madre el mal ejemplo. A la vez Cuéllar añora la educación antigua de las madres “manilargas”, “la letra con sangre entra” no había perdido todo su prestigio (*Chucho*, p. 81). En cambio los *pollos* protestan a nom-

bre del progreso contra la tutela materna, y las madres tiemblan ante el adelanto de sus hijos, como si éstos se arrojaran "al agua del progreso" dejándolas en tierra. . . y sin saber nadar. (*Ensalada*, p. 14.)

Entre la juventud de la época existen algunos que no deberían llevar el nombre de *pollos* ya que son alumnos aprovechados, fieles a la moral y al deber, a la vez que honrados y de buenas costumbres.

Otro tipo de jóvenes hay en las casas de vecindad, en donde se ven casos diferentes de muchachos y muchachas que luchan con la penuria. El ejemplo de joven abnegada es Antoñita, hermana de *La Chiquilla*; vive en una vivienda de vecindad y se sacrifica cosiendo ajeno hasta las altas horas de la noche para ganar un poco más; sin embargo no tiene ninguna recompensa ni apoyo moral que le ayude a sobrellevar ese tipo de vida. Con la paga que recibe tiene que sostener a su familia, que poco o nada agradece. Ella es la modistilla bondadosa, amable, trabajadora pero sin suerte ni afectos. Eugenio, el amor de su vida, pisotea sus ilusiones, y su hermana Lena, a la que adora, le paga con ingratitud. Sobre ella pesa toda la casa, ya que los demás de la familia no ayudan en nada. La madre, por el contrario, da todo lo que puede a la Iglesia; el hermano es un flojo y derrochador y la Chiquilla (Lena) es egoísta, frívola y no se le ocurre pensar que su hermana pierde poco a poco la salud, frente a la máquina. Por el contrario, le parece lo más natural que así sea. Como es la menor, no tiene por qué preocuparse y pasa las horas recostada en el sofá o arreglándose frente a un espejo, para parecer bonita y sensual.

También vive en esa vecindad Clara Ruiz, con "un furioso deseo de reconquistar lo perdido, de subir, de

subir muy alto". (*La Chiquilla*, p. 69.) Insistía en que "era necesario vivir otra vida, escapar del antro de miseria en el cual languidecía, como flor mustia. Odiaba la casuca, tan fea, tan estrecha" (*Ibid.*, p. 62.) Prefería "la deshonra, sí, pero con el boato, con la molicie, con el lujo". (*Ibid.*, p. 179.) Más adelante fracasa en el teatro y se va con un hombre "que nunca podría ofrecerle honra porque era casado, ni juventud porque frisaba en los sesenta y tantos, así le diera dinero, el metal soñado". (*Ibid.*, p. 224.)

Entre la juventud que vive en esta vecindad también hay obreros, artesanos y estudiantes de provincia que tranquilamente explotan a sus padres.

Estos contrastes de vida son frecuentes en las vecindades, en donde se enfrentan criterios diferentes y educaciones distintas. En estos lugares se rebelan las envidias y los celos en forma más primitiva. Esto unido a los problemas económicos, las intrigas y los chismes de la vecindad, hacen de esas vidas un imposible para las personas débiles y sensibles. En cambio a otras llenas de malicia, las hace abusivas e indiferentes.

Un producto del suburbio:

Remedios, "La Rumba", surge de esa plazuela miserable con su juventud vigorosa, llena de rebeldía y ambición. La vida transcurría monótona y triste. Las gentes trabajaban desde pequeñas sin más aliciente que los juegos callejeros en un principio y el refugio de la cantina después.

Remedios nace en la herrería del suburbio y desde pequeña ayuda a su padre, un alcohólico, en los trabajos del oficio, en medio de reproches y regaños. Vive

en un cuarto "maloliente y estrecho" y su carácter se forja al calor del fuelle y con la fuerza del yunque, por lo que se vuelve "hosca, feroz, intratable" (*Rumba*, p. 194.) No le interesan los juegos; lo único que le llama la atención es el tranvía con su cargamento de personas, y si entre ellas van mujeres bien vestidas, su interés es mayor. Ese tipo de vida le ahoga; odia la enorme plazuela y tiene fuertes deseos de huir de esa existencia de "bestia de carga". Siente una inmensa rabia de ser una cualquiera, por lo que en su interior bulle una fuerte rebeldía; sólo espera una oportunidad para salir de ese ambiente que la asfixia.

La oportunidad no tarda en presentarse y Remedios acepta ir a trabajar a un taller de modas al centro de la ciudad. Su inconformidad se acentúa, hace comparaciones constantes entre el centro de la ciudad y ese suburbio. Aprende de una mala amiga *muchas cosas* y conoce a Cornichón, que le promete felicidad a cambio de su amor. Las costumbres citadinas y la ciudad en sí la envuelven, la absorben, la llaman. Al regresar de su trabajo por las calles concurridas, vuelve a su mente el anhelo de riqueza. Ve los escaparates llenos, en sus oídos zumba "el ruido persistente del público andariego" y de pronto se encuentra en la Rumba, en esos momentos "negra, sola, oliendo a muladar" (*Ibid.*, p. 195), llena de perros hambrientos que aúllan y de casas miserables que duermen. Quiere decidir su destino y se plantea estas preguntas: "¿Qué podía esperar de aquella herrería? ¿Qué de la casa de modas? ¿Qué de Cornichón?" Viene a su mente "el padre ebrio, la madre colérica, los hermanos sucios, imbéciles, incapaces." (*Ibid.*, p. 202.) Piensa en el porvenir que le espera en el suburbio: la casarían con el tendero, que le era antipático y le tenía asco por sus

dientes verdes y su aliento de borracho. Además odiaba la tienda con sus quesos y vinagres. Se decide por Cornichón tras una lucha interna, pues piensa que "su padre era tierno cuando no estaba ebrio", y ¿quién haría la cena en su casa? Se resiste, huye a la Alameda, pero cuando Cornichón la alcanza, escucha desfallecida las promesas de amor y ese día no regresa a la Rumba. Al poco tiempo el cambio en ella es notable, ya que sus ilusiones se vienen por los suelos y su rebeldía se convierte en arrepentimiento. Ya no es aquella muchacha llena de sueños; ahora sufre el desengaño de las falsas promesas y de la dureza de la realidad en medio de los celos y el hambre. Su frustración es grande: "No había saciado sus caprichos, no había figurado en otra esfera, no se levantó del pantanoso nivel de los rumbeños, no; había descendido. . . , sí, era descender, morir, enlodarse, aquello de estar a merced de un ebrio miserable a quien pedía de rodillas una reparación y respondía. . . ¡No me he de casar sino con muchos pesos!" (*Ibid.*, p. 226.) Remedios siente inmensos deseos de volver a la Rumba, su arrepentimiento es grande y le dice a su amiga: "No creas, no hay como la casa de uno." (*Ibid.*, p. 228.) Los disgustos y los celos desembocan en una pelea en la que Cornichón encuentra la muerte y Remedios va a la cárcel, de la que sale absuelta poco después del juicio, habiéndose comprobado su inocencia. Regresa al suburbio y de su boca salen estas palabras: "Nunca, nunca he de querer ya parecerme a las rotas." (*Ibid.*, p. 341.)

El autor pone su pensamiento en boca del cura y dice que a las muchachas les suceden esas cosas "porque no se conforman con lo que son, y quieren estar más altas sin hacer méritos para conseguirlo. Se avergüenzan de su posición y quieren remediar una falta con otra mayor".

(*Ibid.*, p. 234.) Hacen responsable de la desorganización moral que existe a la educación que recibe la mujer afirma que: "la educación actual mata en ella a la madre, a la esposa y a la hija" por lo que abandona su misión "en pos de anhelos funestos" (*Ibid.*, p. 327.)

Degradación

Jamboa describe en su novela *Santa* otro aspecto de la degradación de las costumbres y su influjo sobre las mujeres ingenuas del pueblo.

Santa sufre un engaño amoroso en Chimalistac; ante la incomprensión de su familia, viene a México para ceptar el *trabajo* que un día de feria en San Ángel le frecieran. Una vez dentro de la casa de citas, la interrogan y dice: "Vengo... porque me han echado mi madre y mis hermanos; porque no sé trabajar, y sobre todo, porque... porque juré que pararía en esto y no lo creyeron." (p. 17.)

Su caída es inminente y de aquí en adelante descenderá más y más. Al cabo de algún tiempo su transformación es notable, ya no es la muchacha ingenua del pueblo, sino que ha adquirido modales y palabras de mujer lanzada" que sabe lo que trae entre manos. Físicamente ha cambiado, "ni trazas de lugareña le restaban" Usa colorete del fino, tiene ricas alhajas y fuma con elegancia. Sabe componer un menú y pedir vino extra seco, regañar con los mozos y reñir en cualquier parte". Gracias a su belleza y juventud, es la más codiciada, por lo que un hombre se la lleva y le pone casa. Aquí conoce el lujo, pero no es feliz. Cuando empieza su decadencia, ella misma le dice a Hipólito: "—Si parece que me empujan y me obligan a hacer todo lo que hago,

como si yo fuese una piedra y alguien más fuerte que yo me hubiera lanzado con el pie desde lo alto de una barranca. ¡Ni quien me detenga!, aquí reboto, allá me parto, y sólo Dios sabe cómo llegaré al fondo del precipicio, si es que llego." (*Ibid.*, p. 134.) Al poco tiempo, se la llevan a la comisaría, después enferma y va al hospital. Sigue "descendiendo a trompicones con dramático paso, cayendo y levantando, enferma, alcohólica, lamentable" (p. 275); recorre la escala peldaño por peldaño hasta que va a dar "con su cuerpo enfermo en un fermentado burdel de a cincuenta centavos; nido de víboras. trono del hampa, albergue de delincuentes" (p. 296).

En relación con la clase de gente que habita este suburbio "todos son un estuche de honorabilidades": soldados desertores que allí mismo venden sus uniformes, rateros prófugos que en ese lugar se ocultan, buhoneros "infieles administradores de pulquerías, sin empleo, perc con odios, con reales y con revólver al cinto" (p. 299). Algún reo homicida que se fuga de Belén y llega a este barrio, en procura de disfraces y seguridad; también en busca de seguridad llegan las rameras que como Santa han perdido belleza, éxito, se han vuelto viciosas y están enfermas. "Un mundo especial que aflige e interesa; sin sentido moral y con rasgos morales que deslumbran; la hez trocándose a veces con abnegación; los pocos contra los muchos; como cavernas las conciencias, como hábito el crimen, como lenguaje el caló; lo que sobrenada, la resaca de las grandes charcas humanas que se dicen ciudades, los antisociales, en fin." (p. 300.)

Santa se sentía derrotada, triste y enferma en ese espantoso arrabal, su único consuelo era "meterse en un afamado figón de la plazuela de Regina, denominado El Sesteo de las Fatigas, que se cerraba a media noche

orrida, y en el que se guarecía y embriagaba un conjunto multicolor y multiforme de gente de pelea sin oficio ni beneficio" (*Ibid*). Poco a poco el cáncer la va invadiendo hasta que llega un momento en el que cae posada en la cama, y ya el alcohol no mitiga sus dolores. En estos momentos angustiosos Santa manda traer a su amigo el ciego Hipólito, el único que puede prestarle ayuda. El ciego la saca de ese lugar, hace lo imposible por curarla, llama a un médico que le aconseja una operación, pero Santa no la resiste y muere. Es enterrada en Chimalistac.

En esta época la prostitución ya era considerada como un mal necesario y las mujeres públicas toleradas bajo ciertas condiciones de salud y de confinamiento, pero ellas no cumplían generalmente esas condiciones y se paseaban hasta en el atrio de la catedral, provocando las quejas frecuentes de la sociedad en la prensa capitalina.

VIDA FAMILIAR

Desde el principio del siglo XIX, existió la idea de que era mejor educar a las hijas dentro de la casa. Lizardi opinaba que no era bueno dejar a una niña en la Amiga escuela] por mucho tiempo, porque adquiriría malas costumbres a la vez que perdería su inocencia y candor (*Quijotita*, p. 119). La sociedad en general tenía la idea de que las muchachas debían aprender todas las cosas necesarias para ser buenas esposas y hacer la felicidad de su familia, por lo que se les enseñaba a leer y escribir; muchas de ellas recibían en su casa clases particulares de piano, dibujo, costura, francés, canto, guitarra. . .

En la casa, las señoras vigilaban las tareas domésticas y una vez concluidas se dedicaban a hacer bordados

y costuras variadas para adornar sus hogares. En esta forma fueron educadas la mayoría de las muchachas que aparecen en las novelas.

Carmen, la novela sentimental de Castera, además de ser un buen ejemplo de este género en su época, tiene muchos elementos importantes para conocer la vida familiar del México de la segunda mitad del siglo XIX.

La casa de familia acomodada está ubicada en Tacubaya, tiene un pequeño oratorio junto al comedor, una sala amplia con un buen piano, un estudio además de las piezas indispensables, y un hermoso jardín.

Se dice que a los cinco años Carmen ya sabía leer y rezar. La había enseñado su madre adoptiva en casa, pues nunca había querido que fuera al colegio, por lo que más adelante también recibió lecciones de religión, gramática, geografía e historia. Esto por lo que respecta a la mente, pero para que la educación fuera más completa, una maestra le enseñaba canto y piano. De su madre aprendía "costura, bordado, tejido, y esas labores que tanto agradan a las mujeres" (p. 28). Años más tarde, cuando ya se había perfeccionado en los trabajos manuales, le pusieron una profesora de idiomas que a la vez le enseñaba dibujo. A los doce años se daba por terminada su educación, pero la madre "se esmeraba en ella cada vez más y cada cierto tiempo me explicaba [a Castera] lo que nuevamente había estudiado y con notable facilidad había aprendido" (p. 31).

La vida familiar era sencilla y monótona. Las mujeres aprovechaban los intervalos entre las horas de comida para coser o hacer una labor doméstica y el padre trabajaba en su estudio o arreglaba algún negocio fuera de casa. En la tarde paseaban por el jardín mientras la señora rezaba un poco en el oratorio; al regresar Car-

ten tocaba el piano o cortaba algunos géneros junto con su madre mientras escuchaban a su padre, que leía a voz alta algunas novelas escogidas (p. 117). Otras veces "Carmen trabajaba en su máquina de coser, inmediata a una de las ventanas, y mi madre tejía de ganojo, meciéndose en un sillón de bejuco" (p. 120). A eso de las diez de la noche se retiraban a sus habitaciones para seguir al día siguiente una reproducción exacta y el de todo lo anterior" (p. 83). Esto era entre semana, pero los domingos cambiaba un poco la actividad: en la mañana iban a misa y en la tarde al teatro. A veces salían a dar un paseo y a tomar nieve a Fulchieri.

Cuando llegaban a salir por algún motivo, Carmen extrañaba el "hogar tranquilo, silencioso, perfumado", decía: "Toda mi dicha está en mi casa. ¿Para qué salía a buscarla?" (p. 115.)

La vida que llevaban en la capital casi no cambiando pasaron a Cuernavaca en busca de un clima más saludable que ayudara a Carmen a recuperar la salud. Al usar el calor se habían acostumbrado a sestar en una hamaca. Por lo demás Castera mismo dice cómo transcurría la vida: "con ella y con mi madre al desayuno matutino y frugal; acompañarlas mientras cosían sus lutos, leyendo y a ratos conversando, hasta que llegaba el medio día para volver a la mesa, e irnos a la sala para que yo tomase mi café y ella tocara el piano", después: "...ver en el jardín la caída de la tarde, las magníficas vistas del sol" (p. 82).

Las pláticas caseras eran muy importantes, ya que "de todo se habla, de nuestras relaciones, de nuestro pasado y de nuestros proyectos" (p. 59). Pasaban la mayor parte de las tardes en esas pláticas "en las que el espíritu parece rejuvenecerse, porque con la memoria re-

corre su pasado"; muchas veces se comentaban "simples que para nosotros estaban llenas de encanto" (p. 78)

A pesar de que la vida parece que se desenvuelve muy lentamente, Castera mismo dice: "Podrá parecer monótona aquella existencia, y no lo era. El amor la volvía febril y la llenaba de relámpagos . . . todos los días eran diversos y variados en accidentes pequeños, en leves enojos." (p. 117.)

POLITICA

Para dar a conocer un poco el ambiente de la política e la época, se han escogido dos novelistas que tratan más de cerca el tema: Rabasa y López Portillo y Rojas. En primero, como dice Antonio Acevedo Escobedo en prólogo a *La bola*, revela en sus novelas "la podredumbre moral de su tiempo en la esfera política", y *el segund habla* del régimen que gobernaba al país alrededor de 1912 y da idea de los problemas agrarios del tiempo.

Rabasa desarrolla a través de cuatro novelas (*La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*) el ambiente corrompido de la política desde un pueblo sin mayor importancia, después en la capital del Estado por último en el ambiente metropolitano, en donde reina la hipocresía y la traición. Esos libros dan a conocer ciclo de episodios por los que pasaba un mexicano de la época hasta llegar a adquirir posición reconocida en el gobierno de la nación. El político de pueblo inicia carrera en *La bola*, pasa por las vicisitudes de la política y la prensa, y regresa derrotado al pueblo de donde salió. Para dar en forma más completa el ambiente, Rabasa utiliza a Juan, prototipo del medio que quiere enseñar. Estos dos personajes son opuestos en carácter, e

personalidad y en ideas. Mateo Cabezudo es un hombre sin escrúpulos que se une a una persona sólo por el provecho que ella puede reportarle, pero también cuando le conviene la traiciona. Juan Quiñones es un joven que, aunque tiene sus defectos, es recto en sus ideas y en su actitud. Los dos se lanzan a la bola; el primero lo hace por ambicioso y el segundo porque carece de medios económicos y por amor a Remedios, sobrina de Cabezudo, al que quiere congraciar metiéndose a la revolución.

En *La gran ciencia* Juan sirve de amanuense al secretario particular del gobernador, por lo que se encuentra en el centro de las intrigas políticas y de la burocracia de la capital. Después de muchos tropiezos conoce el novimiento oficial y entonces pierde su ingenuidad y se vuelve astuto.

En *El cuarto poder* Quiñones ha llegado a la Ciudad de México y vive como estudiante en una casa de huéspedes. Trabaja en un periódico del gobierno, pero después se pasa a la prensa de oposición con el fin de volverse popular y así atacar a Cabezudo. Esto no resulta y se da cuenta de lo inútil de su trabajo y de sus esfuerzos, ya que Remedios no corresponde a su amor y la popularidad de su tío, va en aumento.

En *Moneda falsa* se descubre que el periódico de oposición está directamente pagado por el gobierno y no es independiente; con esto se vienen abajo las últimas esperanzas y creencias de Juan. Mientras tanto Cabezudo pierde popularidad y Remedios enferma gravemente. Al final, todos regresan al pueblo de San Martín de la Piedra, de donde habían salido, y viven tolerándose por cariño a Remedios.

Mientras la acción se desarrolla, Rabasa muestra varias atmósferas sociales. Empieza por los individuos ig-

norantes que habitan pueblos pequeños, en donde reina un tipo de caciquismo que se vale del falso amor a la patria para dirigir la opinión de la gente y levantarla en armas. Después pasa a la clase obrera y muestra su forma de actuar ante el gobierno y su unión en la "Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales", que se convierte en verdadero club demagógico, en el cual ya no se habla sino de "la tiranía del gobierno y de su rapacidad, de su torpeza". (*La gran ciencia*, p. 306.) En las otras dos pintas claramente a los periodistas y la falta de escrúpulos que hay en la sociedad corrompida por la política y en el ambiente de las grandes ciudades.

López Portillo y Rojas lleva en *Fuertes y débiles* la política al ambiente aristocrático de la época, y describe las discusiones suscitadas en las casas particulares de familias de renombre. El tema principal de esos debates es el presidente imperante, al que unos llaman "intruso" y le reprochan su "oscuro origen", además de asegurar que fue espiritista y que ha estado en un manicomio; mientras los otros aseguran que son falsos rumores puestos en circulación "por gente maleante y sin escrúpulos... con el perverso fin de desprestigiar al primer mandatario". Todos estos comentarios y discusiones acarrearán una revolución. Al presidente "se le había obligado a renunciar el cargo, y después de eso había sido muerto a balazos, de misteriosa manera, en compañía del vicepresidente".¹ Al desaparecer ese primer mandatario se había levantado en su lugar un militar astuto y marrullero, que a todos había engañado y se había burlado de todos".²

Otro de los puntos que dan fisonomía a la época es el problema agrario, ya que la condición del campesino a fines del siglo XIX y principios del XX era desastrosa

o que trajo por consecuencia la revolución agraria. López Portillo y Rojas habla de ella; de que se levantó por el sur de la República⁸ y de los movimientos revolucionarios que fueron causa de que “hubiera inusitada aglomeración de soldados en la ciudad”, de que al no haber suficientes cuarteles para alojarlos fueran instalados provisionalmente “en calles, plazuelas y jardines, como en paraderos o en caravanserais orientales” por lo que poco tiempo después “comenzó a desarrollarse en la metrópoli la fiebre llamada de los hospitales y de los cuarteles, y se infestaron todos los barrios de México, desde los más céntricos hasta los más apartados, y cundió por todas partes el pánico, y morían las gentes a porrillo, pobres y ricos, viejos y jóvenes”. (*Fuertes y débiles*, p. 452.)

Para mostrar los problemas suscitados entre los hacendados y sus trabajadores, el autor pone a San Víctor (la hacienda de Cheno Bolaños) en el sur, por lo que se ve afectada por los movimientos revolucionarios que surgen como consecuencia la rebelión de muchos de sus trabajadores, y entre ellos Policarpio. Éste es el insurrecto principal y trata de convencer a su sobrino Chema (que representa al trabajador humillado) de que se una con ellos: “Contando con todos los muchachos que quedan dispersos son ya más de doscientos bien armados con muchos cartuchos *pa’ hacer juego*. Todo a *juerza* e sorpresas a los destacamentos de algunas fincas de campo. Aquí *onde* me miras, ya tengo el grado de coronel.” (p. 403.) Por último, Cheno Bolaños cae en manos

de los revolucionarios que, después de atacar su hacienda, lo llevan a Isota, le juzga un tribunal improvisado y se le condena a muerte.

¹ En esta época está en el poder Francisco I. Madero, y como vicepresidente Pino Suárez. A ellos se refiere el autor (6 de noviembre 1911 a 19 de febrero 1913).

² Hace referencia a Victoriano Huerta, que asumió el poder después de Madero (19 de febrero de 1913).

³ Movimiento Revolucionario Zapatista en el sur.

IV. TIPOS CITADINOS

PARA HABLAR de los tipos citadinos que con mayor frecuencia se encuentran en las novelas que estudiamos, hay que hacer una división para determinar las características de los principales. Esta división podría ser la siguiente:

1. Los permanentes, que han existido en casi todas las épocas.
2. Los que subsisten pero con nombres diferentes y ciertos cambios dentro de sus actividades.
3. Los que son típicos de la época y hoy han desaparecido o están a punto de extinguirse.

1. LOS PERMANENTES

En esta clasificación entran la mayor parte de los personajes de las novelas actuando directa o indirectamente, por lo que en algunos casos tienen una gran importancia y en otros pasan inadvertidos. Con objeto de seguir cierto orden se estudiará en primer término a los que practican alguna profesión.

El maestro

Lizardi, tan preocupado por la educación, presenta tres tipos de maestros, los que le tocaron en suerte a "Pe-

riquillo”: El primero carecía totalmente de disposiciones y de carácter, era maestro por necesidad, no por vocación (“sólo la maldita pobreza me pudo haber metido a escuelero”); por lo que ejercía a disgusto y tenía muy mal concepto de su profesión. Era muy indulgente con sus alumnos y en sus clases reinaban la indisciplina y el desorden. La opinión del autor es que tanto los padres como los maestros no deben ser tiranos, pero tampoco consentir a sus hijos o tutelados.

El segundo maestro, “demasiado eficaz y escrupuloso”, educaba por medio del terror; a lo que añadía que tenía como infalible el “vulgar axioma de la letra con sangre entra”; según ese criterio, empleaba toda clase de instrumentos de castigo para enseñar y corregir a sus alumnos. Lizardi se rebela contra este antiguo axioma y en *La Quijotita* y su prima (p. 35) denuncia por boca del coronel aquellos “desatinos garrafales”, ya que “nada entra con sangre a los racionales”.

El tercer maestro era afable y dulce; inspiraba confianza y respeto a los alumnos. No los amenazaba con castigos ni tampoco usaba la palmeta, porque en su opinión “el azote se inventó para castigar afrentando al racional, y para avivar la pereza del bruto que carece de razón; pero no para el niño decente y de vergüenza, que sabe lo que importa hacer y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuasión de la doctrina y el convencimiento de su propio interés” (*Periquillo*, 25). Y refuerza la idea en *La Quijotita* (p. 36): “Por la razón debes convencerte que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran.”

Censura Lizardi los sistemas educativos personifica-

dos por los dos primeros maestros, y en el tercero propone una solución en que haya equilibrio entre edad, capacidad e interés verdaderos en la enseñanza. Los requisitos necesarios del buen maestro son: "ciencia, prudencia, virtud y disposición" (*Periquillo*, p. 21).

El médico

Este personaje aparece en varias de las novelas escogidas para este estudio. Lizardi lo presenta como practicante en *Don Catrín de la Fachenda*; después lo hace actuar como el Doctor Purgante, con el que "Periquillo" aprende medicina; es decir a curar por casualidad si no es que a "matar sin título". Payno le deja una gran responsabilidad en *Los bandidos de Río Frio* con el problema de doña Pascuala y su largo embarazo. En Cuéllar, aparece indirectamente dando consejos y reconstituyentes a la juventud, especialmente a las *pollas* anémicas. Díaz Covarrubias, en *El Diablo en México*, lo acerca a Enrique para que le ayude a sobrellevar su enfermedad del corazón, y en Castera hace lo imposible por salvar a Carmen de la muerte. A medida que avanza el siglo aparecen los médicos más conscientes de su responsabilidad social.

El licenciado, el cura y el juez

Estos tres personajes gozan de gran popularidad e influyen muchas veces con sus ideas y forma de pensar en los demás personajes y en sus familias.

El licenciado más notable de la novela mexicana del siglo XIX es probablemente *Lamparilla*, que como dice Mariano Azuela "es un perfecto pobre diablo, intrigan-

te y audaz".¹ Este hombre actúa en *Los bandidos de Río Frío* y tiene en sus manos asuntos de personas de todas clases sociales, desde Doña Pascuala, del rancho de Santa María de la Ladrillera, hasta el primer ministro, pasando por Evaristo (que desempeña diferentes oficios en la novela hasta que se vuelve ladrón y asesino), Cecilia la frutera y otros personajes no menos importantes.

Los curas son consejeros más o menos oportunos. El tío de Don Catrín es buen ejemplo; en son de queja dice: "a título de mi tío y de que me quería mucho, era mi constante pedagogo, mi fiscal vigilante y mi perpetuo regañón". (*Don Catrín*, p. 12.) Cuéllar habla de varios mercedarios que dan consejos a los padres de familia sobre cómo educar a *pollos y pollas*. En *La Rumba* (p. 265), "Micrós" presenta a un padre que advierte que Remedios, aunque va a la mitad del camino, "podría volver al puerto de la enmienda, como la oveja que retorna al redil".

— El juez juega un papel importante en *Los bandidos de Río Frío* haciendo justicias e injusticias según que se trate de las gentes acomodadas o de las del pueblo.

En *Santa* y *La Rumba*, Gamboa y "Micrós" describen los pasos a seguir en un juicio. *Santa* es llevada a declarar como testigo del crimen ocurrido en la casa de Pepa, y Remedios es acusada del asesinato de su amante. Los dos autores describen el proceso y a la vez dan su opinión sobre la justicia. "Micrós" dice: "El jurado es la escuela del crimen, y si en él se aprende la severidad de la justicia, se aprende también la manera de engañarla." (*Rumba*, p. 323.) Gamboa opina: "Tanto

peor para el que crea en la justicia y en la justicia espere —los candores no son de este mundo—, que en el palacio que le han consagrado, la diosa de la espada y de las balanzas rara ocasión da la cara, por lo general ocúltala y se encoge de hombros.” (*Santa*, p. 249.) Y por último la importancia que tiene el dinero, tanto para un cura como para un juez, según Lizardi, que pone en boca de “Periquillo” que el cura “era muy enérgico en el púlpito, puntual en su ministerio, dulce en su conversación, afable en su trato, obsequioso en su casa, modesto en la calle, y hubiera sido un párroco excelente, si no se hubiera conocido la moneda en el mundo; más ésa era la piedra de toque que descubría el falso oro de sus virtudes morales y políticas” (p. 290). Y lo mismo con el juez: “Lo peor era que en teniendo los reos plata o faldas que los protegieran, aunque hubiera parte agraviada que pidiera, salían libres y sin más costas que las que tenían adelantadas, a pesar de sus enemigos: pero si era pobre o tenía una mujer muy honrada en su familia, ya se podía componer.” (*Ibid.*)

Hay otros personajes que no tienen gran preparación ni cultura, pero que desempeñan diferentes actividades en la ciudad: Los comerciantes, los tenderos (llegan muchos a ser muy ricos), los porteros, las fruterías, las cocineras, los criados y criadas, los voceadores, los tipos de vecindad, los aprendices. Además los padres y demás parientes de los personajes principales. Las “madamas tituladas”, como llama “Periquillo” a las ramerías, no faltan en estas obras. En Payno, aparecen las brujas con sus supersticiones y remedios hechos a base de hierbas.

2. TIPOS QUE SUBSISTEN CON NOMBRES DIFERENTES Y CIERTOS CAMBIOS EN SUS ACTIVIDADES

El barbero

En general, era un hombre alegre, parlanchín y semiilustrado, "estuche de chismes, almacén de crónicas, inagotable arsenal de episodios".² También se sabe que los barberos, además de arreglar el pelo y la barba, desempeñan otros oficios, como pegar ventosas, curar cáusticos, aplicar sanguijuelas, y algunas veces desempeñar hasta el papel de verdugos de Santa Apolonia. Con el cambio de costumbres y debido a que ya casi nadie "se hace la barba", al barbero se le llama más bien peluquero y al lugar en donde desempeña su oficio, peluquería.

El cochero

Otro personaje que ha pasado a la historia, pero que aparece en todas estas novelas, es el cochero. Generalmente los que llegaban a ser cocheros, desde chicos habían tenido cierta afición por los coches y su misma curiosidad los hacía jugar entre las patas de las mulas y entre las ruedas de algún coche arrumbado. Después aprendían a enganchar las mulas, a abrir y cerrar las portezuelas, y a ser ayudantes de cochero; cuando subían al pescante se iniciaba su profesión. Mientras tanto tenían a su cargo la limpieza de la cochera y del carruaje.

La indumentaria de estos hombres constaba de un sombrero de alas anchas forrado de hule, botas de cuero, chaqueta de lienzo en verano y de paño azul en invierno. Tenían sus días de fiesta: Corpus, funciones de

toros y fiestas nacionales. Al final de su vida solían padecer una úlcera en la pierna ocasionada por el continuo roce de la lanza. Por lo general no sabían leer ni escribir, pero no desperdiciaban ocasión de ganar algún dinero sin importarles ejercer a veces oficios de alcahuete, raptor, etcétera. Cuéllar habla de "la busca", como llaman los cocheros al servicio de 10 a 12 de la noche. (*Ensalada*, p. 66.)

Los rotos

Así llamaba la gente del pueblo a los hombres y mujeres bien vestidos; es una forma despectiva, ya que siempre la clase baja ha tenido cierto rencor a la clase alta. En *Los bandidos de Río Frio* se advierte esta actitud: "Evaristo echó una mirada mortal al de levita. —Le he de beber la sangre a ese roto —dijo entre dientes." Y otra vez en boca de Evaristo: "Todavía me quedan en la bolsa cuatro para *pechar* a usted y a los *rotos* sus compañeros que andan por la calle de Plateros." (*Bandidos*, I, p. 179.)

3. TIPOS DE LA ÉPOCA QUE HAN DESAPARECIDO O ESTÁN A PUNTO DE EXTINGUIRSE TOTALMENTE

Los aguadores

Ante todo servían de correvedile; cuenta Payno en *Los bandidos de Río Frio* (III, p. 240) "que familias enteras ocupaban los balcones y mandaban preguntar a los aguadores de la fuente el motivo de tanto alboroto". Debido a la escasez de agua, el aguador era uno de los tipos más necesarios y considerados. Tenía entrada libre en

las casas, era gran amigo de las cocineras y en general sabía los chismes y secretos del rumbo. Además de surtir de agua las casas, tenía otros oficios: buscaba cocinera, recamarera y otros sirvientes; servía de correo entre los enamorados y otras veces transportaba los trastos de la tamalera o la chiera de sus viviendas a sus puestos.

Según González Obregón (*La vida en México en 1810*), el ajuar de este personaje era una gorra de piel dura, correas de cuero gruesas cruzadas sobre el pecho, el chochocol y otro cántaro que colgaba de gruesas correas. Acarreaban el agua desde las fuentes a las casas y empezaban su trabajo al despertar el día. Estos hombres adornaban el día de la Santa Cruz su fuente favorita, echaban cohetes y alquilaban música. También celebraban el Sábado de Gloria.

El sereno

Payno (*Bandidos*, V, p. 121) refiere una escena como ésta: “—¡Sereno! ¡Sereno! ¡Ladrones! El sereno de la esquina tocaba el pito, venían corriendo con sus farolitos en la mano, cuatro, cinco o seis serenos aplicaban la escalera al balcón, entraban a la casa con el chuzo en la mano.” (III, p. 215.) Pero otras veces “no había uno a quinientas varas de distancia” o, si los había, “estaban sin duda abrigados y dormidos en casa de sus amigos los tenderos”. O “hasta las once de la noche, el sereno, acurrucado en la puerta de una panadería y envuelto en un capotón azul dormía profundamente” (*Ibid.*, p. 123), por lo que llega a decirse de ellos que duermen en su casa todo el día y en la calle toda la noche.

Otro oficio del sereno era el encender las luces de los faroles que alumbraban las calles de la ciudad. Según

Payno "el sereno, habiendo acabado su trabajo de encandilar los faroles, colocaba su escalera contra la pared de la esquina" (*Ibid.*, p. 113). Y González Obregón: "¡Qué tiempos! La ciudad en la noche presentaba un aspecto silencioso y lúgubre. No había alumbrado, y los vecinos, que no querían exponerse a los peligros de las tinieblas, se retiraban a sus casas al toque de queda." (*México viejo*, p. 503.) Ya en el siglo XVIII se pensó seriamente en poner alumbrado: entonces apareció por primera vez el tipo popular llamado sucesivamente guarda, sereno, gendarme, que lanzaba su grito monótono y melancólico: "—¡Las nueve y sereno! o ¡Las once y nublado!" Tenían obligación de pasar la voz de unos a otros diciendo la hora y el tiempo que hacía. Estaban provistos de "chuzo, pito, linterna, escalera, alcuza y paños" (*Ibid.*, p. 508).

Otros de sus oficios eran el matar perros callejeros (en esa época abundaban, se les daba un real por cada perro que mataban) y ayudar a subir a los enamorados a los balcones de sus amadas.

El sereno era un tipo sufrido que aguantaba el calor, el frío y las lluvias, lo mismo que los gritos de algún vecino asustadizo y las impertinencias de los borrachos.

Los pregoneros

Son vendedores ambulantes, comerciantes en pequeño, cuyo capital es la mercancía que anuncian y ofrecen con voz fuerte con cierta tonadilla por las calles. En esa forma se vendían: patos, chichicuilotitos, carne, manteca, dulces (muéganos, palanquetas de nuez, charamuscas, rompadas, merengues). También cuadros de santos, y otros artículos. Payno dice (*Bandidos*, III, p. 227) que

venían de Santa Anita unas mujeres a vender nabos, cebollas y rábanos, y que una de ellas “surtía en la casa de Cecilia una canasta, la cargaba en la cabeza y se echaba a andar por la ciudad entrando en los patios de las casas y pregonando con esa especie de cadencia chillona, que es la delicia de los muchachos, todas las diferentes frutas”.

En *La Chiquilla* (p. 215) los vendedores de legumbres se detienen a mitad del patio, con el cesto rebosante de coles, lechugas y tomates al hombro: “¿Mercarán calabacitas? ¿Mercarán ejotes? ¡Las calabacitas, niña! ¡Los ejotes!”

Rabasa habla de los vendedores del famoso Paseo de las Cadenas: “Hormigueaban por aquella parte los vendedores de dulces y pastelillos, los voceadores de periódicos y los impertinentes vendedores de bastones, peines y baratijas, que todo se lo meten a uno por la cara. Los gritos de todos ellos, los que daban otros de mayor categoría que tenían sus puestos junto a las Cadenas de la catedral, voceando de hilo el inventario de sus mercancías, el ruido de los coches y el chillido de los pitos de hule que cien muchachos desarrapados vendían formaban el gran rumor de la plaza central de la ciudad llenándola y difundiéndose por las calles adyacentes.” (*El cuarto poder*, p. 73.)

Los garbanzos

Por este mote se conocían, con maliciosa intención, las criadas jóvenes relamidas y menos desaseadas que la generalidad del gremio, y que se vestían con “las con-sabidas enaguas de percal tocando el suelo, un saco holgado de la misma tela y el nacional rebozo” (*Baile y co-*

ino, p. 349). Este nombre de *garbanzos* tenía su raíz en la Conquista: las familias de los conquistadores preferían tener a su servicio indios que conocieran un poco de castellano; con el tiempo estos indios recibían diferentes influencias de sus amos. Ya no comían a base de maíz y chile, sino que saboreaban los alimentos españoles, entre ellos los garbanzos de la madre patria y del famoso puchero. Los demás indios veían mal la actitud de sus compatriotas, que además de hablar el idioma extranjero comían garbanzos, por lo que a los que esto hacían se les llamó en forma despectiva y en señal de desprecio: *garbanceros*. Al transcurrir el tiempo recibieron el nombre de *garbanzos* las criadas jóvenes del tipo de Francisca, personaje de *Baile y cochino*.

Los cargadores

Entre de los tipos ya desaparecidos, entran también los cargadores o mozos de cordel, que desempeñaban el oficio de *cargar* gente en sus robustas espaldas en época de lluvias, cuando las calles se inundaban por el mal estado del drenaje.

También existieron tipos de bastante colorido y que a fecha han desaparecido como los vendedores ambulantes de carnes y su clásico grito de: "tripas gordas de tierra, mollejas", las pajareras y vendedores de tierra para las macetas, los melcocheros que cambiaban pedas de melcocha por trastes y ropas usadas, así como los azucarilleros que a cambio de un centavo daban un loncito de azúcar y cantaban alguna tonadilla poniendo nombre del comprador.

Los mendigos

Además la Corte de los Milagros ha visto a mi parecer

(dice Vignaux)³ tipos tan vigorosamente marcados, más severos, que algunos mendigos en México, medio desnutridos y harapientos." Es tan evidente la existencia de esa clase de hombres que hacen en México de la mendicidad una profesión, que Lizardi se vale de dos de sus personajes, "Periquillo" y "Catrín", para ridiculizar tal oficio. El primero topa con un andrajoso que lo invita a practicar la mendicidad como negocio; le presenta a los compañeros de trabajo, le habla de los trucos y ardiditos de que se valen para causar lástima y sacar dinero, después de lo cual "Periquillo" queda encantado y dice: "¿Y quién no envidiará mi fortuna al verme admitido en la honradísima clase de los señores mendigos, en cuya respetable corporación se come y se bebe tan bien sin trabajar?" (p. 284.) Para ganar dinero en esa forma hace pasar por ciego, y así afirma que: "Algún tiempo me mantuve a expensas de la piedad de los fieles, llamados hermanos y compañeros." (*Ibid.*) El segundo o sea "Catrín", aprovecha que le han tenido que cortar una pierna para así provocar compasión y pedir caridad: "Gran vida me pasaba con mi oficio. Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino" (*Don Catrín*, p. 93), y más adelante añade: "¡Oh ejercicio ligero socorrido! ¡Cuántos te siguieran si conocieran tus ventajas!" (*Ibid.*)

La existencia de estos tipos en las calles del siglo pasado la confirma Brantz Mayer en su libro *México, que fue y lo que es* cuando escribe: "Vayáis donde vayáis en esta ciudad, os veréis acosados de mendigos. La mendicidad es una profesión." (p. 81.) Entre los ejemplos que da, hay dos que muestran claramente que la mendicidad era tomada como una forma de trabajo: uno es ciego y es atendido por dos sirvientes, y otro mendi-

ene un “cargador robusto que lo lleva en sus espaldas sentado en una silla” (p. 82). Más adelante establece la siguiente división: “Existen en primer lugar los mendigos viejos y robustos, que rugen sus palabras rituales; luego los novicios modestos; y hay también el viejo que nunca profiere una palabra inteligible, sino que se vuelca en el suelo y aúlla como si fuese presa de dolores, y entretanto, echa miradas de reojo a uno y otro lado, para ver el efecto que produce.” (*Ibíd.*, p. 82.) También habla de esto la Marquesa Calderón de la Barca: “¡Qué de lamentos! ¡Qué de andrajos!” Menciona varios tipos de mendigos: una paralítica montada a la espalda de un hombre, uno de pie deforme, etc. (*Historia de una gran ciudad*, p. 583.)

Una extraordinaria gama de mendigos se extendía como epidemia por todos los rumbos de la capital. “Los había de todos los tipos: baldados, paralíticos, ciegos, cojos, leprosos, auténticos unos, simulados los más; hambrientos, huérfanos, niños, hombres, mujeres, claros y brizos, de levita o con andrajos. La mendicidad de múltiple rostro, tenía, sin embargo, una sola voz: ¡Por el amor de Dios!” (*Historia moderna de México*, p. 372.)

Muchas veces, para pedir una limosna, se asociaban los mendigos que repasaban en voz alta los misterios de la religión a base de preguntas y respuestas, como en el ejemplo siguiente: “—Decidme, hermano, ¿quién es la santísima Trinidad? —Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.” Con esto lograban que los transeúntes quitaran el sombrero y les dieran algunas monedas. En las que muchas veces no se conformaban y hacían mala cara; unos llegaban a tal grado que decían: “Llévese su cochino real y busque otro pobre que le convenga a usted y que le convenga a él el socorro. Nosotros nos

prestamos voluntariamente para que ustedes los ricos practiquen la caridad, y con esto no crean que nos auxilián, están muy equivocados, sino al revés, ustedes son los que se benefician, pues les ayudamos a conseguir premio en la otra vida." (*El canillitas*, p. 89.)

Había mendigos en los caminos y se ponían en los lugares en donde se detenían las diligencias para asaltar a los viajeros implorando caridad. Todo esto causaba muy mala impresión en los extranjeros que visitaban el país.

Los macehuales

Los presenta Payno cuando dice: "No deja de ser curioso cómo vive en las orillas de la gran capital esta pobre y degradada población. Ella se compone absolutamente de los que se llaman *macehuales* desde el tiempo de la Conquista, es decir de los que labran la tierra" (*Bandidos*, I, p. 30.)

Las indias en sus chalupas

También Payno es el que cuenta que "las indias aseadas con su liso cabello negro, sus blancos dientes que enseñan con franca y sencilla risa, vestidas con huipiles enaguas de telas de lana o de algodón de colores fuertes, y conduciendo hábilmente sus ligeras chalupas llenas de legumbres o de flores, presentan un aspecto pitoresco y un tipo agradable que no se puede encontrar en ninguna parte de Europa" (*Bandidos*, I, p. 407.)

Hombre de a caballo

"Relumbrón era hombre de a caballo, es decir, de es

elegantes que la echan de rancheros y de concedores de los buenos caballos, que montan vistosamente ataviados con su calzonera de paño fino pegado a la pierna y cerrada en los costados con una serie de botones de plata, su chaqueta larga de color oscuro, su ligero sombrero jarrano, blanco, con toquillas negras en forma de culebra enroscada, con la cabeza de oro, los ojos de brillantes y la cola de plata, la reata en los tientos, la espada con una fina cubierta de cuero labrado, bien colocada entre el ación y debajo de la pierna izquierda. Nada iguala a este tipo singular de caballeros, exclusivamente mexicanos." (*Bandidos*, IV, p. 227.)

Traje de china

Payno hablando de Cecilia: "vistiendo el traje de china y mujer del pueblo era la admiración de cuantos miraban su pie desnudo, terso y rebasando un trozo fino de su empeine sobre el calzado fino de seda". (*Bandidos*, II, p. 342.)

4. TIPOS POPULARES DE LIZARDI

Al hablar de los tipos del pueblo, Lizardi, los estudia al detalle y presenta realmente a los hombres de la más baja esfera social, enmarcados en su medio y usando su propio lenguaje. Los sitúa generalmente jugando albuces en los *truquitos*, comiendo en las fondas o *almuercerías*, durmiendo en la inmundicia de los *arrastraderitos* o en la cárcel a donde van a parar muy a menudo.

Lizardi les da vida en su novela, haciendo personaje principal a uno de ellos, "Periquillo", al que rodea de

léperos, pelados y pícaros. Algunas veces los designa con nombres diferentes, distinguiendo a unos de otros por matices casi imperceptibles. Esto lo aclara Fernández Ledesma cuando dice en su libro *La gracia de los retratos antiguos* (pp. 40-42) que en el siglo pasado: "Se esmalta el lenguaje con vocablos de significación casi exótica en nuestros días: . . . al raterillo astroso, desvergonzado y atrevido se le llama *lépero*. Al picaruelo vividor y astuto, ladino mordaz, temible por su listeza, se le apellida *pécora*. Al impenitente sardónico, que se burla del pinto de la paloma, que usa invectivas y provocaciones, a menudo ingeniosas y que se deslizan hasta la grésca, se le titula con otro esdrújulo: *cócora*."

Estos hombres vivían del juego, y cuando tenían suerte o se las ingeniaban iban al baratillo a surtirse de lo necesario para aparentar lo que no eran y así embaucar a los ingenuos. Esto les duraba poco, ya que como todo lo derrochaban, se veían obligados a empeñar, rematar y vender toda su ropa y volver a su vida anterior en medio de la miseria y la ignorancia. Entre todos estos vagabundos se encontraban tahúres, pillos, léperos, pícaros, cócoras y pelados.

Dice Agustín Yáñez en el prólogo a *El Pensador Mexicano* (p. xxvi) que "si estableciéramos una gradación descendente, colocaríamos al *pelado* antes del *pícaro*, y a éste antes del *lépero*, que linda ya con el rufián" Acerca de la existencia de estos tipos dice que los encontramos: "sobre todo en las ciudades y en los pueblos grandes, a medida que establecen contacto con la civilización; pero también hallamos en abundancia, sobre todo en los campos y en las aldeas, al *pelado* sin contaminación. . . que guarda el culto de la vergüenza, y la soberbia de su pobreza, de su desnudez"

Son tipos muy peculiares de las ciudades mexicanas y cuando no roban, toman parte en los acontecimientos sociales: "recogen los bolos que se reparten en los bautismos, asisten como música y acompañamiento a entierros, casamientos, revista de tropa, desfiles, etc." (*Historia moderna de México*, p. 371.)

Castas

Junto con los tipos populares, Lizardi presenta² vestigios de la casta miserable que, con los indios, formaba el grupo inferior y oprimido en la división étnica de la Nueva España. Las razas blanca, negra e india se consideraban puras, y negros e indios llegaron a estimarse en más que los mestizos, casi tanto como los blancos, y los individuos que tuvieron origen en la mixtura de las tres razas formaron un grupo étnico muy variado, al que se dio diversos y sugerentes nombres. El *mulato* viene de la mezcla de español con negra; mulato con español dio *morisco*; morisco con española, dio *salta atrás*; salta atrás con india mulata dio *lobo*; lobo con mulata sería *gibaro*.

Para dar a conocer un poco más este medio, el autor se vale de "Januario", que lleva a "Periquillo" a dormir a los *arrastraderitos* cuando ya el dinero se les ha terminado. Así presenta a la concurrencia: "como catorce o dieciséis personas había allí, y entre todas no se veía una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuerados, que jugaban sus medios con una tarajita que sólo ellos conocían, según estaba de mugrienta" (*Periquillo*, p. 139.) Así es como "Periquillo" se inicia en esa forma de vida, progresando cada vez más en las enseñanzas de "Januario", hasta que va a dar a la cárcel y allí se encuentra con que: "no había otro blan-

co más que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas" (*Ibid.*, p. 162), y el que se encargaba de llamar a los presos era un *meco* o *mulato* o "demonio de gritón". Esta gente pasaba la vida entre el juego, el robo y la cárcel. "Januario" tiene en su pandilla a "un mulatillo muy vivo al que le dicen «Culás el Pípilo»"

A estos individuos la Iglesia les negaba las sagradas órdenes, así como el ejército los grados, y en general se les negaba también hasta los empleos más ínfimos. Ahí nace la rivalidad que más tarde llegó a convertirse en el odio y rencor de los subyugados por los blancos. En un pasaje "Periquillo" dice no haber dado "motivo suficiente para ser en la realidad, como fui, el blanco de sus pesadas burlas". (*Ibid.*, p. 162.)

5. TIPOS EXTRAVAGANTES

Se incluye entre los tipos extravagantes a los elegantes de la clase acomodada y a sus imitadores de la baja. Los primeros seguían la moda e iban a sastrerías de renombre; los segundos aparentaban lo que no tenían y eran clientes de los sastres de barrio, para quienes el lujo consistía en trajes de color llamativo con chaleco de terciopelo. Tanto unos como otros usaban camisas muy almidonadas con tablitas sobre las que destacaba una corbata a la moda. El pelo lo llevaban largo a la romántica o rizado, según la época.

Fernández de Lizardi hizo burla de los *catrines*. Desde 1808, cuando Lizardi comenzó su carrera literaria, se interesó por el tema y escribió "unos versos festivos y burlescos en que ridiculizaba los abusos y malas costumbres de ciertos tipos, depravados o extravagantes, que

pululaban entonces en la capital de la Nueva España". (Rea Spell, prólogo a *Don Catrín*.)

Don Catrín de la Fachenda "es ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras y opulento por sus riquezas" Este tipo de hombre correspondía al del *currutaco* español y Lizardi lo presenta para censurar vicios y defectos como el de no aprender ningún oficio, porque "eso sería envilecerse", ni tampoco trabajar en nada, "pues eso de trabajar queda para la gente ordinaria". Don Catrín, después de haber derrochado el dinero, "a título de bien nacido, quiso aparentar decencia y proporciones que no tenía ni pudo jamás lograr, porque era acérrimo enemigo del trabajo". (*Don Catrín*, p. 108.) La solución que da a su vida es la del juego, y así pasa la vida en cafés, vinaterías, garitos, billares, con lo que llega a ser, además de vago, ladrón y limosnero. El mismo Lizardi dice que "el catrín es una paradoja indefinible, porque es caballero sin honor, rico sin renta, pobre sin hambre, enamorado sin dama, valiente sin enemigo, sabio sin libros, cristiano sin religión y tuno a toda prueba" (*Ibid.*, p. 66.)

Forma de vestir

Generalmente se surten de ropa en el Parián tanto Catrín como sus amigos. Su vestuario consiste en "un fraquillo, un sombrero redondo, un par de botas remontadas, un reloj de a veinte reales, una cadena de la última moda . . . , una cañita y un pañuelo". Don Catrín tenía "un par de camisas, dos pantalones, dos chalecos y dos pañuelos blancos". (*Ibid.*, p. 47.) Alguna vez adquiere un antejo y unos guantes, "pues todo esto hace gran falta en los caballeros de mi clase". (*Ibid.*, p. 58.)

Los petimetres

El petimetre (de *petit maître*: señorito) es muy afecto a componerse y a seguir las modas. Luis González Obregón, en su libro *México en 1810* (p. 57), al hablar de la miseria de los léperos, de la ostentación de los nobles y de la sencilla indumentaria de los indios, presenta también a los petimetres afrancesados que se lucían en calles, plazas y templos. Dice que las *madamas* que vestían a la *dernière* eran conocidas como “petimetas, currutacas y pirraquitas”, y que su correspondencia en los hombres era: “petimetres, currutacos y manojitos”. “Tales señoritos más asemejaban monas que monos; de hembra parecían sus cuerpos, y era difícil distinguirlos de las hembras, por el mujeril peinado.” Llega a decir que usaban zarcillos o aretes.

Las currutacas

Ellas mismas confesaban que no habían nacido ni para esposas ni para madres de familia; su ambición era agradar y su preocupación los afeites y las modas, sin importarles que fueran deshonestas, ridículas, incómodas o caprichosas. Usaban peinados monumentales, faldas de vuelo y corpiños ajustados con el fin de lograr el objeto de sus afanes. En los folletos populares se divulgaba el retrato en verso del currutaco:

*Se recoge a media noche,
a las once se levanta,
juega, bebe, baila y canta,
enamora y rueda en coche.*

*Habla y anda a troche y moche,
a la gorra llena el saco,
al café va, luce el taco,
no tiene reales ni honor.
¿Quién será aqueste señor?
—¡Toma!, cualquier currutaco.*

(*Narraciones del Enano Bellorito*, III, p. 19.)

Los pisaverdes

Son sujetos muy presumidos y afeminados, amigos de arreglarse, perfumarse y andar en galanteos. Como ejemplo de estos tipos, Lizardi pone a "Precioso", amigo de Catrín, y Cuéllar a "Chucho el Ninfo". Ambos se pintan y acicalan, para dar en tierra con el honor de las doncellas y el crédito de las casadas.

Los lagartijos

Un ejemplo de lagartijo es Juan, personaje de *Los parientes ricos* (p. 345). Elegante y correcto en el vestir, "pantalón y americana de franela inglesa, de color alegre y apacible; cinturón de cuero amarillo oscuro; camisa mahón, con cuello y puños níveos; corbata ligera, larga, suelta, flotante, de suavísimo tinte plumizo, borceguies de piel de Rusia aceitunados, sombrerillo marineresco, y guantes suecos: traje de exquisito gusto, muy en armonía con la palidez y demacración del mozo, deladoras de su vida estragada".

MODAS EN GENERAL

"Las damas deslizan su dignidad por salones y paseos. Arrastran, con sobria elegancia, los moarés y los gros

sus miriñaques o de sus crinolinas [a la vez que] se abanicaban rítmicamente, con suave y lento vaivén." (*Gracia de los retratos antiguos*, p. 53.)

Luis González Obregón dice: "qué de formas y de cortes, colores y matices, de calzados y sombreros presentaban todos aquellos tipos el año de 1810. Era aquello un guardarropa de vetustos trajes del pasado con flamantes vestidos del presente. Las modas anteriores a la Revolución francesa se daban la mano con las últimas modas de principio de siglo". (*México en 1810*, p. 45.)

"Por 1835 se llevó en México un estilo de vestido llamado *Primavera* inspirado en la moda francesa del Directorio. De 1840 a 1850 se acentúa en las mujeres el carácter romántico y se refleja en la moda: se derrocha tela en las faldas, que lucen gracias a las crinolinas y a los miriñaques. En los años siguientes va creciendo el diámetro de estas faldas hasta llegar a la exageración. Del año '60 en adelante la falda empieza a insinuar la curva de la cadera. Por el '69 el traje va estrechándose y se inventa el polisón, que hace su entrada en el '70 y decae por el año '93; 1912 marca la imposición de la falda trabada y del talle alto, que tan bien sentaban a las mujeres de hermoso cuerpo." (*Fuertes y débiles*, p. 113.)

Los almacenes en donde se vendía esta variedad de vestidos recibían el nombre de *cajones de ropa*; allí también se encontraba toda clase de telas de nombres "inconcebibles" puestos por las *leonas*: "corazón de petimetre, vientre de pulga, enfado de galápago, lágrimas indiscretas, lodo de París, rata melancólica y suspiro sofocado" (*Gracia de los retratos*, p. 82.)

José Tomás de Cuéllar, con su sarcasmo, veía las modas así: "París se encarga de la corrección de las líneas, de abultar, de ahuecar y de perfilar a la mujer

para alejarla cada día más del tipo de nuestra primera madre." (*Baile y cochino*, p. 262.)

Sobre el uso del polisón: Ostentan "una curva saiente en la región del coxis, ni más ni menos que si se ratara de un absceso, de un fibroide imposible o de una iba de dromedario" (*Ibid.*) Del uso del corsé: Se usa para doblegar las costillas falsas y trazar así líneas "forzosamente oblicuas y graciosamente curvas [que acaban] en una cintura casi inverosímil" (*Ibid.*, p. 294.) Acerca de los hombros: Se usan puntiagudos y angulosos no redondeados como son; se trata de probar que "la línea de la belleza no es la curva", y se colocan en los hombros unas prominencias "que recuerdan una uña que los murciélagos tienen en la segunda articulación de las alas" (*Ibid.*, p. 263.) Las *pollas* usan zapatos "de punta de áviz".

Los pies femeninos ejercían influjo erótico, así como los zapatos. Ellas, conscientes de la importancia de sus botines blancos o de raso de color, no perdían oportunidad de lucirlos siempre al caminar, al sentarse o al subir a algún carruaje.

Los peinados eran una gran atracción; a los peluqueros, que solían ir a domicilio, se les había ocurrido inventar un enorme y complicado estilo al que pusieron por nombre *Castaña*, para cuya elaboración se necesitaban una gran cantidad de postizos.

Modas deportivas

López Portillo y Rojas cuenta cómo era la indumentaria de las muchachas que practicaban el *tennis* a fines de siglo. "Cortas eran las faldas de las jóvenes, de suerte que dejaban al descubierto las piernas hasta más arriba

de los tobillos, y en plena exhibición los aplanados pies que parecían grandes, anchos y sin pizca de gracia dentro del holgadísimo calzado. Los recios cinturones, las flotantes corbatas, las blusas de alto cuello masculino vuelto hacia abajo y las amplias mangas abotonadas en torno a las muñecas, que llevaban, dábanles aspecto medio hombruno. Cubrían las cabezas algunas de ellas con ligeros sombrerillos de gasa y tul de anchas alas, arreglados sobre armazones de fino e invisible alambre; en tanto que los de otras eran de suave lona y leve faldita doblada hacia la copa y desdoblada sólo en la parte de lantera, por gracia y gentileza."

En cuanto a los hombres: "Parecía que se habían puesto simplemente en paños menores. Su camisa, blanda de volteado cuello y sus amplios pantalones recordaba la camisa y los calzones de la plebe; y contribuían a producir aquel efecto óptico, las vastas alpargatas o babuchas de blanca lona enlucida con polvo de tiza, en que traían metidos los nada pequeños ni graciosos pies. (*Fuertes y débiles*, pp. 298-99.)

Moda masculina

Los caballeros acudían a sastres de renombre para la confección de sus trajes y en especial de sus chalecos que, como la moda lo mandaba, eran de seda o de piqué bordados a mano; se complementaban con sombreros de color claro, de preferencia gris rata, *durazno* o *romero*. El *pollo callejero* llamaba al sombrero alto *sorbete* o *cubeta*, y lo rehusaba porque era el distintivo de los caballeros. A este tipo de muchachos les gustaban los pantalones de tela a cuadros; un saco gabán y una corbat

amarilla. Si se ponían elegantes, usaban guantes y corbata de moño.

¹ MARIANO AZUELA.—*Cien años de la novela mexicana*, p. 81.

² JOSÉ MA. RIVERA.—*Los mexicanos pintados por sí mismos*, p. 22.

³ LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.—*La vida en México en 1810*.

V. DIVERSIONES

EL GRADO de civilización de cada país y de cada época determinando la cultura de sus formas de diversión. En el momento en que se dejan las guerras, los pueblos consiguen salvar un poco del tiempo ocupado por el trabajo para distraerse. Sin embargo, puede decirse que siempre hubo aquí tertulias y bailes caseros, y que el pueblo luchó porque se respetaran sus celebraciones cívicas y religiosas, su teatro, su *maroma*, y sus ferias y seos.

Tertulias

Existían dos clases de tertulias, según cuenta Payno en *Los bandidos de Río Frío*: la familiar y la de juego. La familiar se llevaba a cabo en un salón grande de la casa, donde había un piano, canapés, sillas y sillones distribuidos contra la pared en líneas rectas y simétricas. Estaba decorado por una lámpara y unas pantallas colocadas en las paredes con velas de esperma. El ama de casa recibía a los invitados. El comedor estaba a la disposición de las visitas, y una de las recámaras se convertía en sala de tresillo, en la cual se ponían dos o tres mesas con las barajas para las personas formales y de edad.

Otra recámara se reservaba para las visitas que no querían o no podían asistir al salón, pero que sin embargo gozaban de la tertulia sin ser vistas.

Los jóvenes se paseaban en la sala y se agrupaban en los balcones para tomar el fresco; desde allí hacían señas a las muchachas que se encontraban en las sillas de adentro. Las señoras de edad se entregaban a la plática, mientras los criados pasaban charolas de plata con buenos vinos, rebanadas de queso, *rodeos* y *puchas*. También se acostumbraba tomar chocolate. Alguien tocaba el piano y las muchachas cantaban piezas de moda a solas o a dúo. Se organizaban, a petición de los jóvenes, las cuadrillas y alguna vez el vals. A veces asistían a este tipo de tertulias algunos clérigos.

Tertulias de juego

Éstas se llevaban a cabo en la Cruz Verde, por el parque del Conde, en el Puente de Solano, por andurriales y casas misteriosas conocidas por los calaveras. Allí bailaban, jugaban, enamoraban y gastaban con las alegrías contertulianas.

Bailes caseros

En el siglo XIX, se organizaban bailes caseros, según atestiguan novelistas como Lizardi y Cuéllar, con el pretexto de santos o cumpleaños, aunque el "Periquillo" hace uno con motivo de haberse quitado el luto que llevaba por la muerte de su padre: "el olor de guajolote y del pulque de piña acarreó ese día a mi casa una petición de amigos míos, parientes y conocidos de mi madre" (p. 98).

Cuéllar dice que no es lo mismo *dar* un baile, que *acer* un baile. *Hace* un baile el que reúne "música, refrescos, luces y gente para bailar, comer, refrescarse". (*Baile*, p. 230.) La concurrencia en este caso era lo de menos. *Da* un baile el que busca "estrechar los vínculos de amistad y los lazos sociales" Aquí lo que cuenta es la concurrencia, que después demostrará su agradecimiento haciendo una visita al anfitrión.

La costumbre entre la clase media era *hacer* bailes. Se alquilaban trastos, sillas, cubiertos y demás objetos, se ponían velas en los candiles y candelabros. A las ocho de la noche se encendían las luces de la sala y llevaba la orquesta. Media hora más tarde empezaban a llegar los invitados. Éstos eran de lo más heterogéneo, ya que un invitado invitaba a cien, como dice Cuéllar (*Chucho*, p. 59), y así resultaba que se reunían los conocidos, los amigos y muchas otras personas, que eran conocidos de los amigos o amigos de los conocidos, por lo que los bailes caseros siempre reservaban sorpresas tanto por el éxito que podían tener como por las personas que asistían.

Había un encargado de hacer las invitaciones; el mejor ejemplo es Saldaña, en *Baile y cochino*, que además ayudaba en la fiesta. El tal encargado era generalmente de toda la confianza de la familia y a la vez gozaba de gran popularidad entre la concurrencia. Saldaña desempeñaba varios cargos: En la cocina, mayordomo; en el comedor, repostero; en la recámara, guardacapas; en la sala, bastonero. Era imposible hacer un baile casero sin su ayuda.

Al llegar los invitados, venían los saludos, aunque como es natural muchos no se conocían. Las señoras y las muchachas tenían la costumbre de hacer "un movi-

miento que consistía en inclinar la cabeza hacia el lado izquierdo y tocar el hombro derecho de la interlocutor con la uña del anular derecho". (*Chucho*, p. 76.) Las muchachas solían dar un par de besos a sus amigas íntimas.

La sala generalmente era amplia, y a su alrededor se colocaban las sillas. A un lado quedaba la orquesta. Las jóvenes tomaban asiento al lado de las señoras. Todas ellas muy elegantes con sus vestidos de gros, crepón, tartarán o seda de color pastel; guantes blancos y zapatos de raso al color del vestido; muchas traían un frasquito de perfume destapado en el seno y coqueteaban con los ojos mientras las señoras cuchicheaban al compás de sus abanicos.

Los muchachos vestían frac o levita negra, chaleco blanco de piqué o seda y pantalones negros o de color. Llevaban la cabellera perfectamente rizada. Poniendo como pretexto el platicar, buscaban un sitio estratégico, con el fin de observar a las muchachas que, sentadas, esperaban a ser invitadas para bailar.

Los abrigos, paletós, paraguas y capas de los invitados se iban poniendo encima de una cama a medida que la gente llegaba. A la salida, el amontonamiento de prendas provocaba generalmente una terrible confusión, muchas veces se perdían los abrigos, ya que había quienes sólo asistían a estos bailes para sacar provecho de ellos... y a río revuelto, ganancia de pescadores.

Las piezas de moda preferidas las tenía la orquesta en su repertorio: la polca, que pocas personas sabían bailar por complicada. La contradanza, muy divertida. La danza, que todos bailaban porque no requería gran destreza. Las cuadrillas las formaba un bastonero, que daba las señales correspondientes a los cambios: uno.

dos... tres... cuatro... media cadena... cola de gato... etc. Las cuadrillas hicieron una verdadera revolución en los salones de México. Llegaron en 1830, traídas por el mundano y elegante diplomático Don Juan Gamboa.

Había también algunos bailes típicos del país, como el jarabe, el palomo, la zopimpa y la malagueña. A veces se tocaban tagarotas y boleras, estas últimas ejecutadas con castañuelas.

Hacia 1912 todas estas piezas resultaban ya pasadas de moda. (*Fuertes y débiles*, p. 131.)

Del '68 al '80, se danzan piezas de Offenbach además de cuadrillas, y gusta mucho la opereta de Lecoq *La fille de Madame Anglot*. Por los '70 llega el can-cán y con él se hicieron célebres versos como éstos:

—*Madre, tengo hambre:*

¡*Tlaco pa' pan!*

—*Hija, no tengo:*

¡*Baila el can-cán!*

(*La gracia de los retratos antiguos*, p. 109.)

Las damas de sociedad lo repudian y no llega a bailarse en los salones, pero lo ejecutan en los teatros bailarinas profesionales.

Lo más importante de este repertorio era el vals. Cuéllar decía que "bailar ya es algo, pero girar ya es mucho". Otros, como Díaz Covarrubias, lo consideraban un baile pecaminoso e irrespetuoso para la mujer; él llegó a afirmar que el vals no podía menos de ser diabólica invención, y que los que valsaban con una mujer la profanaban con la imaginación. Por tales motivos algunas muchachas no lo bailaban.

Los asistentes eran obsequiados con vinos dulces; copitas de anís, licores de canela, rosa, garús, "perfecto amor"; vinos húngaros y *sauterne*, que circulaban en charolas por la sala a la vez que se pasaban platonos con bizcochos, *gruyère*, *puchas*, soletas, rodeos, polvorones y queso fresco. Se reservaba para el último el champagne de La Viuda o Imperial. Todo esto variaba según los invitados y la ocasión. Entre pieza y pieza había descansos que los asistentes empleaban en brindar y comer algo.

La concurrencia bailaba y se divertía a la vez que aprovechaba la ocasión para el galanteo. No tenía mucha importancia la clase social a la que se pertenecía ni la diferencia de educación y costumbres, por lo que no era de extrañar ver *pollos* aristócratas y señoritas de sociedad al lado de muchachas de conducta nada recomendable.

En estas fiestas la juventud tenía oportunidad de demostrar lo que había aprendido en las academias de baile, que, aunque eran pocas, existían en la capital, pues el baile era considerado como "un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta". (*Baile y cochino* p. 354.)

Los muchachos acostumbraban beber más de la cuenta, discutían y decían palabras obscenas, lo cual acarreaba muchas veces peleas callejeras.

Si el baile transcurría normalmente y la gente estaba contenta, solía terminar a las seis de la mañana, aunque los más prudentes se iban a eso de las tres. Los de la casa acababan rendidos, y la servidumbre, que en estos casos trabajaba exageradamente (aunque a veces se alquilaban *fregatrices*), renegaban de los *rotos* invitados.

Lizardi, Cuéllar y Díaz Covarrubias hablan de los bailes caseros y a ninguno le parecen muy recomendables, sino que más bien los critican, así como a los jóvenes asistentes.

Lizardi opina que se gasta dinero, hay incomodidades y se pierden algunas cosas, no hay agradecimiento y siempre se queda mal, es por lo tanto "una necedad tener una diversión pública". Pero ofrece cuatro consejos para los bailes caseros:

1. Invitar a mujeres honestas y de buena vida, hijas de familia con sus padres o señoras casadas con su marido, nunca mujeres libres.
2. No invitar a jóvenes de los llamados "útiles" (grandes bailadores), ya que llevan a los bailes dos objetos: el de divertirse "chungueando" y el de pervertir a las doncellas y a las casadas.
3. Que no haya licores espirituosos, ni vinos, aguardientes y ponches: "*Sine Cerere et Baccho friget Venus*", que traduce por:

*"Poco manjar y ninguna
espirituosa bebida:
si la lujuria no apagan
a lo menos la mitigan."*

(Periquillo, p. 100)

4. El baile debe terminar a las doce de la noche, "después es vicio, incomodidad y tontería"

Por último dice que "bailar no es malo, lo malo es el modo como se baila y el objeto por el que se baila"

Para los personajes de Cuéllar, "baile y cochino el del vecino" Muy distintos eran los bailes de escote, o de cooperación; las Valcuernas de Rabasa (*El cuarto*

poder, p. 135) solían hacer de este tipo de bailes con “españoles dependientes de tendajón, empleados de quinta clase, algunos oficialetes y tal cual estudiante reprobado en los últimos exámenes”. A uno asiste Juan Quiñones: “Era aquél un pedazo de mundo que hasta entonces no conocía, y hallaba en mi ser rincones que ignoraba yo, y saboreaba placeres que jamás había imaginado. La cabeza mareada, la lengua atrevida, desenfrenada la audacia, al sentirme en nuevo mundo, nuevo también o transformado me sentí yo.” (*Ibid.*, p. 136.)

Fin de año

Diciembre está lleno de festividades, primero Nuestra Señora de la Concepción, después el gran día de la Virgen de Guadalupe, luego las Posadas, la Nochebuena y el Año Nuevo. En estos días viene mercancía de todos los Estados de la República, para el consumo de esta ciudad.

“El mes de diciembre es el más hermoso y alegre del año en la Ciudad de México.” (*Fuertes y débiles*, p. 1.) Es el mes de las Posadas, de las fiestas, de las temporadas de ópera, de las cenas íntimas y de la diversión para todo el mundo. Pobres y ricos procuran alegrarse en la medida de sus posibilidades, por lo que hay fiestas particulares y fiestas “a escote de gastos”, que se comparan al igual que las molestias que toda fiesta ocasiona.

Posadas en una vecindad

Cuéllar cuenta que en las casas de vecindad se organizaban tandas de Posadas y que entre todos los vecinos se repartían las nueve celebraciones; así no salían caras ni

gravosas para nadie. Cuando estas fechas se acercaban, todos se ponían de acuerdo y adornaban los patios con farolitos de papel, tiras de colores y heno.

A las ocho de la noche llegaba el arpa a una de las viviendas y al poco tiempo todos los vecinos se encontraban ya reunidos con sus mejores vestidos, dispuestos a divertirse con el pretexto de la Posada. Primero se rezaban unas oraciones, después se repartían las velitas y empezaba la procesión con la letanía y el diálogo, que terminaba con aquello de "entren santos peregrinos. . ." La vecina a quien tocaba recibir la Posada, obsequiaba a la concurrencia con confites, cacahuates, tejocotes y colación, mientras que "los muchachos tocaban pitos de caña que nada tenían de melodiosos". (*Chucho el Ninfo*, p. 131.) Después de esto la tertulia se volvía profana y empezaba el baile. En muchas de estas fiestas está íntimamente ligado a lo religioso lo profano. Así, a medida que pasaban los días, "el rezo y las oraciones perdían fervor y escrupulosidad", a los asistentes les iba gustando menos la procesión, y "el baile iba siendo el objeto principal de las reuniones". (*Ibid.*, p. 134.)

Nochebuena

El día de Nochebuena se celebraba en la vecindad con baile y cena. A las doce en punto se suspende la fiesta y se invita a la concurrencia a presenciar "la acostada del Niño" en el pesebre. Después se pasa al comedor. Primero se sirve la ensalada de Nochebuena; había ocho clases de pescados y el mexicanísimo revoltijo "con penca tiernas de nopal desmenuzadas" (*Chucho el Ninfo*, p. 165.) Una vez satisfechos, continúa el baile en el que toman parte todos: los *pollos* de más categoría, los pres-

tamistas, el cobrador de la casa, el dueño de la pulquería, unas vecinas "relamidas y ordinarias que iban vestidas de prestado"; oficiales, etcétera. En la sala quedaban las tías viejas y las mamás. Todo se acaba a eso de las cinco de la mañana: cuando ya es Navidad.

La alta esfera celebra a su modo la Nochebuena, López Portillo describe la fiesta (*Fuertes y débiles*). Clara Montalvo, ha invitado a sus amistades; desde temprano habían comenzado a llegar numerosos carruajes con damas elegantes, "envueltas en abrigos claros y lujosos", y caballeros vestidos de frac. La casa se iluminaba ricamente y en los salones resplandecían lámparas de cristal que duplicaban sus luces en finísimos espejos. Las mujeres adornaban sus escotes con joyas que realzaban su belleza. Los hombres, impecables, les hacían juego a ellas, dentro de su sobriedad.

Esa familia sabía recibir "con aire señorial y con maneras cordiales y grandiosas". La orquesta tocaba las piezas de principios de siglo (entre ellas el *Two step*), y las jóvenes apuntaban en su *carpet* los nombres de quienes bailarían con ellas cada pieza. A las doce se obsequia a los asistentes con un exquisito *buffet*, y se brinda con el más fino champagne. También a eso de las seis de la mañana salen los invitados.

Con el mismo motivo, la señora Téllez, tía de Clara, celebra una reunión; pero ésta fue diferente, ya que "amaba la tradición y se aferraba a ella con la desesperación de una náufraga", al contrario de la familia Montalvo, que se jactaba de ser novedosa en todo y reformadora de costumbres. (*Ibid.*, p. 144.) La diferencia la marca principalmente el rezo, al que siguió "la peregrinación por los corredores con velas encendidas, cantos coreados, y carreras, gritos y alegres risas de la gente menu-

da". Luego llegó la hora del concierto, en donde lucieron sus habilidades varias de las jóvenes invitadas. A las once y media, terminada la cena, se pasa al oratorio a la misa de gallo, en donde hay "canto, música de orquesta, coro de pastores y jubiloso resonar de flautas de hoja de lata (en forma de pequeñas cafeteras llenas de agua, llamadas *huijolas* en el país)". (*Ibid.*, p. 173.) Después del oficio, termina la fiesta.

Año nuevo

Se despedía el año con la familia, los amigos o con los vecinos. En la vivienda de "La Chiquilla" se organiza una cena para todos los de la vecindad. "El patio se adorna alegremente con papel de colores y en la puerta se pone una guirnalda de musgo, de la cual surgían flores silvestres" (p. 94). Los invitados van llegando y las señoras y las muchachas ocupan las sillas alineadas en la pared, ya que los hombres se iban a los rincones de la sala a cuchichear. Un poco más tarde "con grande algazara, los convidados asaltaron la mesa" (p. 95), las manos de los jóvenes "encontrábanse al manejar los tenedores y cuchillos" y se oían sus alegres risotadas. Se comió y se bebió a reventar y a eso de las doce la algarabía fue mayor, ya que un ruido atronador se dejó escuchar: "En la catedral, cuyas torres cuadradas se dibujaban en el cristal del cielo, sonaron las primeras campanadas, graves, cadenciosas, los campanarios de los templos, que se erguían sobre el mar de techumbres, respondieron luego con alegre repiqueteo, que se ahogó al fin en el clamor de los silbatos de las fábricas, que saludaban al siglo nuevo con chorros de vapor, y el chillido agudo de las locomotoras, las cuales, antes de lanzarse

por llanuras y ribazos, daban la bienvenida a la naciente centuria. Rasgando el espacio con su luminosa cauda, un cohete estalló, desgranándose en multicolor lluvia de estrellas, las cuales descendieron lentamente, balanceadas por el céfiro." (p. 100.) Un año más llegaba a sus vidas lleno de esperanzas y promesas.

FIESTAS CIVICAS

El programa de este tipo de fiestas no variaba gran cosa: En la mañana se enarbolaban las banderas en los edificios públicos, después, en algún sitio escogido para la ocasión, se decían discursos, alguna poesía cívica y había música militar. En la noche los fuegos artificiales eran la diversión predilecta del público, que se extasiaba cuando veía cómo "luminosas cascadas de oro pálido, de verde, de rojo, de lila, descendían lentamente, balanceándose. Manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces las lucecillas convertían en cbelleras inmensas, desmadejadas, que surcaban el firmamento retorciéndose, hasta confundirse y caer transformadas en lluvia de chispas". (*Ibid.*, p. 269.)

Lena había visto los preparativos para esta fiesta nacional: "Los escudos y banderas de vivos colores alineados en postes a lo largo de Plateros; los hilillos de focos multicolores tendidos de esquina a esquina; las iluminaciones del Palacio Nacional y la Catedral; todo el lujo desplegado con anticipación, a fin de celebrar el aniversario de la Independencia." "Trepaban las luces por los cornisamentos; seguían los arquitectónicos detalles, cubriendo los muros negruzcos con un encaje de mil colores." (*Ibid.*, p. 284.)

Gamboa y Carlos González Peña hacen sentir a tra-

Después de sus novelas la fiesta nacional y trasladan al lector al Zócalo, en donde tiene lugar el momento culminante de la celebración. En el trayecto se ven las calles iluminadas, las fachadas del comercio llenas de luces que contrastan con los farolitos de vidrio o de papel que adornan las tiendas de los mercaderes y algunas casas particulares. Todo esto da "a la metrópoli mágico aspecto de epopeya teatral" La Avenida Juárez, San Francisco y Plateros están rebosantes de luz. Se ve una multitud que avanza hacia la Plaza de Armas y se oyen: "coloquios, silbidos, exclamaciones, gritos y risas". (*Santa*, p. 92.)

Todos van con la idea de escuchar a las bandas militares de guarnición, que tocan para el pueblo de nueve a once de la noche, y después ¡al Grito!: "Bajo el resplandor intenso, tornábase misterioso el bullir de las masas. La gente se apretaba, sudorosa, fatigada." (*La Chiquila*, p. 279.) De entre aquella multitud surgían "acrescentos de muchedumbre, resinosos aromas de fogatas y una brisa tibia, que purificaba el aire, agitaba banderas, voladuras y faroles". (*Santa*, p. 93.)

"Por dondequiera, vendimias, lumbraradas, chirriar de fritos, desmayado olor de frutas, ecos de canciones, fragmentos de discursos, arpegios de guitarra, lloro de criaturas, vagar de carcajadas, siniestro aleteo de juramentos y venablos, el hedor de la muchedumbre más pronunciado; principio de riñas y final de reconciliaciones; ni un solo hueco, una amenazante quietud; el rebaño humano apiñado, magullándose, pateando en un mismo sitio, ansioso de que llegue el instante en que vitoree la Independencia." (*Ibid.*, p. 98.) Después todos cantan. . . sale el presidente, suena la campana de Dolores, invita al pueblo a que con él exalte una vez más la Independencia Nacional.

En la catedral las campanas repican a vuelo, “atrue-
nan los aires millares de cohetes, las bandas ejecutar
nuestro himno, el canto Nacional; en la lejana Ciudade-
la, disparan la salva de honor. . . Y de todos los labios
y de todas las almas brota un grito estentóreo, solemne
que es promesa y es amenaza, que es rugido, que es ha-
lago, que es arrullo, que es epinicio: —¡¡¡Viva Méxi-
co!!!” (*Ibid.*, p. 99.)

“Cuando cesó el tumulto, las multitudes empezaron
a desfilar, atropellándose. Corrían desbandadas a lo
largo de la calle de Plateros, empuñando botellas y ban-
deras, vociferando, aullando, semejantes a turbas de ener-
gúmenos. Cubiertas de harapos, allá iban, enardecida
por la fiebre patriótica, las mujeres con los chiquillos en
brazos, los hombres envueltos en rojos jorongos, la gra-
njería con las ropas desgarradas. Por la plaza abando-
nada discurrían los paseantes, deteniéndose ante lo
puestos de golosinas, alumbrados por primitivos me-
cheros que humeaban. Las vendedoras grasientas, co-
los cabellos pegados a la frente por el sudor, despa-
chaban frituras y guisos del país con gran contenta-
miento de los glotones. Las horchateras, luciendo e-
blanco delantal, remangadas hasta los codos, hundía
los rollizos brazos en el agua de las ollas de oloroso ba-
rro.” (*La Chiquilla*, p. 286.)

“Persistente rumor alzabase de la ciudad, huyend
en alas del airecillo fresco y húmedo. Eran gritos cor-
fusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de
organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbre
invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor
de la fiesta nacional.” (*Ibid.*, p. 269.)

FIESTAS RELIGIOSAS

Después del Carnaval venía la Cuaresma y en ella se festejaba a la Virgen de los Dolores.

Payno dice en *Los bandidos de Río Frío* que entonces el comercio de flores parecía increíble. Los canales estaban llenos de embarcaciones, las indias muy aseadas y vestidas con enaguas y huipiles, conducían sus chalupas llenas de flores. Ese día del año el canal de la Viga se transformaba y presentaba un "delicioso aspecto". Las más lindas muchachas de la aristocracia se vestían con ricos trajes de seda negra y se ponían unas preciosas mantillas de punto francés o de Barcelona, se adornaban con peinados con diamantes y rubíes. Llegaban en carruajes a la calle de la Acequia, y paseaban por los muelles y orillas del canal admirando la multitud de chalupas que parecían un jardín flotante con sus olorosas flores. El vecindario del barrio correspondía con galantería a esta visita anual. Barrían las calles y las regaban con hojas de rosa; había grandes arcos de tule con flores de cempasúchil, y adornaban las puertas de las ccesorias.

El altar de Dolores

Cuéllar nos lleva a una casa de vecindad precisamente el día de la Virgen de los Dolores. Ahí hay un altar adornado con trigo nacido, macetitas sembradas de lenteja, garbanzo y cebada. La chía se encarga de adornar unas figuritas de barro; en doce comales se muestran los clavos, el martillo, la escalera, los dados, la única y otros atributos de la pasión de Cristo. El toque brillante lo dan banderas de papel y vasos de agua

de colores, que reflejan las llamas de las veladoras que complementan el conjunto.

Se invita a los vecinos a eso de las ocho de la noche, se toca guitarra y se reparten aguas frescas. Los chicos pasean por la casa con unos incensarios que arrojan nubes de humo blanco y perfuman el ambiente. Es una bonita costumbre que ya se ha perdido casi por completo en la Ciudad de México.

Nuestra Señora de la Merced

Septiembre de 1840. . . En las calles de la Merced se ve gran número de faroles en balcones y puertas. Ha comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, gran acontecimiento para sus fieles. Hay gran animación, alegría y un largo programa de diversiones, ya que los nueve días transcurren entre repiques, cohetes, música, vendimias, maitines, función y procesión de la Virgen. En las noches, para diversión de chicos y grandes, se prenden los "toritos" y los "castillos" que adornan el firmamento con sus luces de colores. Llega el veinticuatro, día de la fiesta y se cierran oficinas y comercios. El convento está completamente adornado, en la calle hay de acera a acera unos cordeles con mascadas y en las esquinas se ven arcos de tule adornados con cempasúchil. Ese día se reúnen dos mil habitantes de la capital y otros más de los pueblos vecinos se conmueven con la procesión, en la que se ven archicofradías con estandartes y faroles con "penachos de cristal en hilos" niñas coronadas de flores y niños vestidos de ángeles de indios cautivos o de feroces guerreros. Hay también carros alegóricos, los tres Reyes Magos que van precedidos de moros caballeros, un carro con la Virgen, San Mi

uel y el Diablo, todo acompañado de batallón y música militar. Al pasar la procesión, los panaderos arrojaban desde las azoteas tortas de pan al pueblo, amontonado en las calles. (*Chucho el Niño*, p. 10.)

Nuestra Señora de Guadalupe

El día 12 de diciembre es el más solemne de todos los días del año. Es el día de la Virgen de Guadalupe, patrona de Anáhuac." (*Bandidos*, I, p. 57.) El gobierno entero solía asistir a la fiesta: el presidente de la República, los ministros de Estado y el Ayuntamiento formaban parte de la comitiva que salía desde la Plaza Mayor en coches nuevos y vistosos, precedidos de los *marros*; tras ellos iban los coches de alquiler pintados de colores chillantes y por todos lados la gente a pie o a caballo. Esta comitiva seguía por las calles de Santo Domingo, Santa Catarina y Santa Ana hasta llegar a la garita en donde unos tomaban la calzada de tierra y otros, los que tenían que cumplir alguna manda, se iban por la de piedra hasta llegar al santuario "en donde están medio muertos" Payno habla también de la grandeza y adorno del templo, de la ceremonia de la misa y del banquete que se servía al presidente y comitiva en un salón destinado a la *Haceduría* que en ocasiones como ésta se habilitaba de comedor. A las tres de la tarde la concurrencia regresaba de la Villa por las calles del Reloj. "Los indios y el pueblo quedaban dueños del templo en la Villa y comenzaban realmente sus fiestas sus banquetes." (*Ibid.*, p. 63.) Bailaban danzas y rezaban en voz alta oraciones en azteca y español, dormían al aire libre y a las seis de la tarde regresaban por las dos calzadas, la mayoría con "un cantarito lleno de

agua sulfurosa del Pocito, una rama de álamo, un pañuelo lleno de tortillas y una pierna de *chito*". Todo ello era regalo para los compadres y conocidos o "la torna fiesta para el día siguiente". (*Ibid.*) Payno asegura que "en la época que pasan los acontecimientos que referimos, no había familia, pobre ni rica, que dejase de ir el día 12 a la Villa". (*Ibid.*, p. 58.)

DIVERSIONES POPULARES

Los artesanos consideraban el lunes como sagrado: "glorioso, magnífico, espléndido... , no tienen durante la semana otra idea, otro pensamiento, otra ilusión". (*Bardidos*, I, p. 243.) Trabajaban con el único fin de tirar el dinero el lunes en las pulquerías de los barrios. La mujer, la casa, los hijos... , eso no importaba. Ese día era para divertirse, nadie pensaba en trabajar ni en porvenir. Payno relata un San Lunes en la afamada pulquería de Los Pelos, en donde se vendían los mejores pulques, en especial uno llamado "sangre de conejo" compuesto con azúcar y tuna colorada. A la vez comían tacos, carnitas, quesadillas y chalupas que allí mismo hacían las *almuerceras*; los artesanos se reunían a jugar rayuela, o no perdían de vista a las bailadoras del Jarabe, que zapateaban al compás del bandolón y del gutarrón tocados por músicos ciegos. Así transcurría San Lunes, hasta que ya borrachos todos, o casi todos surgían peleas o discusiones de las que salían muchos heridos, quedaban sin un centavo en la bolsa, o iban a pasar la noche a la diputación.

He aquí la semana del artesano: "Por lo general comenzaba a trabajar el jueves de cada semana, el viernes era un modelo de actividad, el sábado velaba y echaba los pulmones por la boca, el domingo recibía el produc

de su trabajo y se vestía de limpio, el lunes se emborrachaba y lo gastaba todo, el martes dormía la mona, el miércoles volvía a buscar trabajo y el jueves empezaba a rabajar." Cuéllar dice ser éste el modelo de vida de miles de artesanos de la Ciudad de México. (*Chucho el Jinfo*, p. 17.) Vivían invariablemente sujetos a ese programa, salvo una que otra semana que mudaban de temperamento en la cárcel.

Para las clases populares el domingo era todo un contecimiento ya que aprovechaban para ir a misa a la atedral; al salir del templo daban una vuelta por el Paseo de las Cadenas y después se iban al portal de Meraderes, que todos los domingos y días festivos ofrecían, en las tienditas de madera de los arcos, una especie de exposición en la que se podía comprar toda clase de objetos: juguetillos de vidrio, muñecos de trapo, alhajas de plata y oro, objetos de hueso y madera, incluso arcuculos de París, soldados de plomo y barro, y objetos religiosos como santitos y altares hechos en pequeño para los niños.

Casi siempre los padres de familia llevaban después de sus niños a la *maroma*, espectáculo barato semejante a las carpas de la actualidad. Cuatro de las *maromas* famosas que había eran: la del Reloj, la del Puente de la Santísima, la de la Pradera y la de la Retama. Las *maromas* eran corralones acondicionados con graderías de madera de paja y techos de tejamanil. Las funciones empezaban por la tarde y las calles de los alrededores se llenaban de puestos que ofrecían golosinas a los que iban al espectáculo. Al empezar la función desfilaba toda la "compañía", con un payaso a la cabeza encargado de recitar, decir chistes, comentar los vicios sociales y hablar de

política. Había también atracción de gimnastas de argolla y trapecio. Después empezaba la comedia, con actores reales o con títeres. Muchas veces era tan divertido el programa, que hasta los aristócratas iban a verlo. En ocasiones, después de la función, el corralón se convertía en salón de baile. Payno menciona la *maroma* de la calle de Arsinas y a los títeres de la calle de Alconedo.

Existían también los circos y las plazas de toros las que se podía asistir, además de las ferias que hacían en los pueblos en honor del santo patrono del lugar.

Entre las diversiones de principios del siglo XIX existía una muy particular, que consistía en asistir a la procesión del reo de muerte desde la salida de la cárcel hasta la horca pública. Payno dice: "el día que había ahorcado era festividad nacional". En la iglesia de Santa Veracruz existía una cofradía llamada del Señor del Petate, que se dedicaba a obsequiar a los reos con muerte con misa y auxilios espirituales. También les daban "comidas abundantes y bien sazonadas" durante tres días. Llevaban al reo con toda pompa y solemnidad al lugar del suplicio; con tal motivo, los balcones, puertas y calles por donde iba a pasar el "ahorcado", se llenaban de curiosos. "Abría la marcha un piquete de infantería al mando de un oficial, seguía inmediatamente el Señor del Petate y cosa de cuarenta trinitarios vestidos con una túnica de paño rojo, y gruesos hachones de cera en la mano, que alternativamente rezaban oraciones en latín y exhortaban al delincuente a que se arrepintiera de todo corazón de sus crímenes." (*Bandidos*, V, 354.) Después seguía la multitud.

Artemio de Valle-Arizpe dice algo parecido acerca de esta costumbre: si había ahorcado en la Plaza M

yor, era "ocasión de holgorio y de gran regocijo" (*El Canillitas*, p. 76), por lo que nadie perdía detalle y se iba a ver al reo desde la cárcel: generalmente salía montado en mula vieja a la que se contaban todos los huesos, "trasudando y demudado de muerte", atado de pies y manos, rodeado de alguaciles, ministros de la ley, un fraile que le iba exhortando al arrepentimiento y "un músico de culpas" que iba diciendo lo que había hecho, para escarmiento de los demás. Después la multitud lo seguía hasta la Plaza, en donde se encontraba ya lista la "ene de palo". De esta costumbre se derivaba otra que tenía lugar en las escuelas, principalmente en las de los padres betlemitas: consistía en referir a los alumnos las fechorías del criminal ahorcado ese día, y después impartirles una buena tunda a todos como lección ejemplar. (*El Canillitas*, pp. 76-81.)

LOS TEATROS

En la ciudad de México había ocho teatros de diversa categoría. El Gran Teatro Nacional inaugurado en 1844 por Santa Anna, era el más importante; cambió de nombre varias veces (cuando Maximiliano se llamó Imperial). El más antiguo de todos era el Principal, que primero perteneció al Hospital Real y más tarde al Colegio de San Gregorio; después pasó a ser propiedad particular. De menor categoría era el Iturbide.

Estos teatros se convertían en salones de baile con frecuencia en época de Carnaval. Santa va al Arbeu "de suyo feo y acabado de afear por su transmutación en salón de baile". (*Santa*, p. 220.)

Una salida típica de los teatros era como ésta: "¡Afuera! Ni los unos ni los otros se deben un céntimo."

“Sale la gente con cierta prisa, antes de que apaguen y cierren; los coches se arremolinan cabe las aceras; piafan los animales; gritan los «automedontes», silban los golfos. Los gendarmes a pie, mohínos, más ordenan con las manos y los bastones que con la voz, que en el tumulto naufraga, y aquí sujetan un freno, allá reconviene a un auriga o reclaman el auxilio de sus colegas de a caballo —apostados por dobles parejas en cada esquina—, quienes atajan al rebelde o deshacen la aglomeración. Carruajes y pedestres, después de calmado el momentáneo y jocundo alboroto, distribúyense por las calles, camino de cafés y domicilios. Con el rumor, resucitan los barrios adormecidos; a poco, la masa se disgrega, cada *quisque* a donde tiene que ir, y el silencio nocturno recupera su imperio, las fachadas de los coliseos, que semejan ascuas y brasas por sus multiplicados focos eléctricos, yacen en las tinieblas.” (*Santa*, p. 106.) Después del teatro se va al café. A los *pollos* de Cuéllar los vemos ir con frecuencia al de Fulchieri, que fue uno de los que más renombre alcanzaron. (*Ensalada*, p. 125.) También Castera lleva a sus personajes a Fulchieri a tomar helados. (*Carmen*, p. 114.) Otro de los cafés frecuentados por los *pollos* era La Concordia, “En un principio el Fulchieri se encontraba en la calle del Coliseo Viejo, después cambió de lugar dos veces más. Las paredes de sus salones estaban cubiertas con un papel tapiz que era un verdadero derroche de lujo; sus mesas eran, por supuesto, de mármol; pero los asientos resultaban por alguna razón acogedores y los muchos espejos producían efectos verdaderamente mágicos.” (*Historia moderna de México*, p. 491.) En las tardes de los domingos había música en el jardín y en el segundo piso había un salón de baile.

VI. RECAPITULACIÓN

AL HABLAR del arte en general, se dice que no es posible considerarlo como un fenómeno aislado, sino como la resultante de diferentes factores, tanto del individuo como de la época en la cual se desarrolla. En *El gusto literario* dice Levin L. Schücking: "Quien comprende el lenguaje de las formas, sobre todo de las artes plásticas, sabrá leer en él mejor que en ninguna otra parte, el pensamiento de la época... [ya que el arte] es la expresión más refinada de los sentimientos de un periodo." (p. 15.)

Trátase de señalar ahora en qué forma las novelas del siglo XIX reflejan la vida, el modo de actuar y el espíritu de la época en la Ciudad de México.

Robert G. Escarpit dice en su introducción a la *Historia de la literatura francesa*: "La muerte de un gran rey, una revolución, una guerra, cambian totalmente la estructura literaria y artística de una nación."

El primer novelista que se enfrenta con este tipo de problemas en México es Lizardi, quien teniendo ideas liberales y no pudiendo expresarlas en los periódicos sin ser encarcelado, se vale de la novela para enderezar la vida nacional y educar al pueblo. Para lograr su propósito retrata las miserias y describe la vida de la clase

baja con sus vicios y defectos; en el Estudio que Agustín Yáñez puso a *El Pensador Mexicano* (p. VII) se dice que sus escritos "son tratados de reacciones humanas producidas bajo el meridiano de México".

A Lizardi le interesa mostrar la vida del pueblo a través de las acciones buenas o malas de sus personajes; por lo que pasa a segundo término la descripción del ambiente físico. Señala la miseria y la mugre; presenta la corrupción de la ciudad durante los últimos años de la Colonia. Se propone corregir y por lo mismo exagera: lo malo es muy malo y lo bueno demasiado bueno. Confía sin embargo en la bondad innata del hombre y en la posibilidad que tiene de salvarse si llega a reconocer el error de su conducta y a creer en la dignidad del trabajo. Surgen de su pluma cuadros de costumbres libertinas, casos claros de mala educación, la vida de la clase baja en medio de la desventura, la pobreza y el hambre. Mezcla este libertinaje con sermones y discursos morales.

Presenta así ese aspecto de la sociedad. Aporta una colección de tipos populares en su campo de acción, que ayuda a formar una parte del cuadro que integra la ciudad. Su forma de escribir es llana y descuidada, y respecto a ese "mal gusto" de que se le acusa, no lo es en efecto, sino una presentación fotográfica de la realidad en toda su desnudez. Manuel Pedro González comenta: "Lizardi no inventó nada. Él se limitó a copiar sus modelos tal cual la realidad se los ofrecía. Él se inspiraba en el pueblo y escribía para el pueblo. . . ." Y por eso les hablaba en el estilo que ellos podían comprender, que era el popular, con lo cual "renovó y enriqueció las formas literarias al identificar la lengua es-

crita con la hablada en su época" (*Trayectoria de la novela en México*, p. 30.)

Acerca de las influencias que tuvo o pudo haber tenido el Pensador, Agustín Yáñez opina que el Periquillo y la prima de la Quijotita están envueltos en la influencia educativa de Fenelón, que se halla entre los siglos XVII y XVIII, entre Pascal y Voltaire, entre Bossuet y Rousseau, entre Racine y Montesquieu, que fue educacionista y encauzador de la literatura ideológica y política y que "marcó la transición a la Enciclopedia, aunque sin rebasar los términos de la más pura ortodoxia" (p. XLV).

Refiriéndose a *La Quijotita y su prima*, Fernando Alegría (p. 24) añade que hay situaciones que "nos recuerdan no sólo alegorías educativas de Rousseau, sino también las narraciones novelescas de Voltaire, el teatro de los discípulos dieciochescos de Molière, y, particularmente, el aparato de símbolos y moralejas de la Comedie Larmoyante"; pero hay una marcada diferencia en *El Periquillo Sarniento*, ya que al observar el autor directamente el medio y las costumbres de su tiempo, es cuando se puede decir que introduce en la novela de México la primera preocupación realista, y, según Joaquina Navarro, "se incorpora la novelística mexicana al antiguo gusto de la literatura española por el realismo y la novela y en particular, a la técnica de la novela picaresca, que es claramente la que trata de seguir este escritor" (*La novela realista mexicana*, p. 31.)

En *Los bandidos de Río Frío* de Payno, el aspecto de la ciudad es otro, ya que él conscientemente presenta "una especie de bosquejo de lo que ha pasado" no sólo bajo un único punto de vista, sino en una forma general y

completa, como él mismo se lo propone: "Escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros más o menos bien trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados." En fin, narra la vida que se llevaba en la ciudad a mediados del siglo pasado, convirtiendo su novela de folletín en todo un archivo de la época de Santa Anna; por lo que dice Mariano Azuela al hablar de ella: "no vacilo en colocarla lado a lado de las *Memorias de mis tiempos* de don Guillermo Prieto y del *México Viejo* de don Luis González Obregón. Nadie ha presentado un panorama tan vasto, tan variado, tan verídico y tan vital, como don Manuel Payno en *Los bandidos de Río Frio*". (*Cien años de novela mexicana*, p. 84.)

Payno, a más de la narración, describe en forma detallada varios aspectos de la ciudad, como cuando lleva al lector a la calle de don Juan Manuel y le hace ir viendo las fachadas "con sus altos zaguanes con puertas macizas de cedro, con dibujos caprichosos de clavos con cabezas redondas de metal de China" (*Bandidos*, I, p. 71), así como cuando muestra el portal de Mercaderes y retrata puestos, alacenas y toda clase de objetos, o cuando va a las partes sucias de la ciudad, como la Viña, que despidе un olor desagradable y tiene una fisonomía inmundá.

Otro autor de valor documental es José T. Cuéllar, "Facundo", del que Manuel Pedro González dice: "Para resistirlo es necesario auxiliarse del interés por las costumbres de la época. Es decir, se le admite como documento, pero no como obra de arte." (*Op. cit.*, p. 62.) Presenta en sus novelas una galería de los tipos de su

época, y también una serie de cuadros que muestran la vida un poco exagerada de la clase media, con sus diversiones, sus bailes, sus economías y sus lujos. Lo que le preocupa al escribir lo indica claramente: "Yo también suspiro por el mejoramiento moral, yo también deseo la perfectibilidad y el progreso humano, y escritor pigmeo lucho por presentar al mundo mi grano de arena, con lo que concurre a la grande obra de la regeneración universal. . . De tan alta consideración son las razones que me han obligado a escribir mi *Ensalada de pollos*." (*Ibid.*, p. 184.) Y concluye la novela: "si al leer habéis pensado en vuestros hijos; si os habéis detenido un momento a contemplar la situación moral del mundo, os afirmamos que esta suspensión contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veáis más claro el porvenir a la débil luz de *La Linterna Mágica*." (*Ibid.*, p. 226.)

Para lograr su propósito, ridiculiza y señala con el dedo a la sociedad viciada. Al hacerlo no revela ningún sentimiento de compasión ni de piedad por sus personajes, sino que más bien se ríe y se burla al contemplar las debilidades de sus contemporáneos.

Además de dar a conocer (aunque un poco exageradamente por su afán moralizante) a la clase media, o más bien a esa "subclase —como la llama Azuela— que se distingue por su desdén e insolencia con los de su misma categoría y su servilismo abyecto con los de la inmediata superior" (*Op. cit.*, p. 100), habla del canal de Santa Anita y del pueblo de Ixtacalco y deja la descripción de las fiestas religiosas como la de Nuestra Señora de la Merced, en donde la gente rica disfruta del ambiente en balcones y azoteas, y los pobres forman verdaderos tumultos en las banquetas. El altar de Dolo-

res con lo típico de sus adornos; las Posadas y la Nochebuena, en donde señala que el móvil del entusiasmo popular es la propensión a las fiestas, quedando lo religioso en plano inferior, ya que estas fiestas son generalmente una mezcla de espíritu y diversión profana, más de ésta que de aquél.

Los dos novelistas que siguen, en orden cronológico, aportan menos al conocimiento de la ciudad. El primero es Juan Díaz Covarrubias, que con *El Diablo en México* presenta la forma de pensar y actuar "parodiaristocracia", como él llama a esa falsa posición que se compone de personas que sólo buscan colocarse en la esfera superior a la que no pertenecen. Esto lo logran por medio del dinero o del sacrificio de sus verdaderos sentimientos cuando se casan con personas de familias distinguidas. Una vez más aparece aquí el afán moralizante: el autor censura a las madres que destruyen la felicidad de sus hijos con tal de lograr su objetivo.

El segundo es Pedro Castera, y con *Carmen*, su contribución es aún menor, ya que lo esencial en su obra es el desarrollo del idilio amoroso entre los dos personajes principales, y únicamente en ciertas escenas deja ver la vida familiar de la clase media.

Entre esos autores y los que siguen hay una marcada diferencia, ya que los anteriores escribieron en un periodo de inestabilidad política. En años posteriores se verifica un cambio muy notorio en las circunstancias político-sociales de la época, lo cual trajo un periodo de paz de influencia decisiva y benéfica para los escritores mexicanos. Hay gran actividad cultural y los primeros positivistas hacen aparición en la vida intelectual del

país, lo cual repercute en la novela. Es así como surgen los realistas (1880-1910) que dejan los propósitos moralizantes y penetran en los problemas de la sociedad que los rodea, sin que por ello dejen de aparecer las costumbres, pero con otro fin y no únicamente con el de pintarlas. De ellas se vale el novelista para penetrar en los problemas políticos, religiosos y sociales de la época, por lo que a través de la obra se ve, como dice Joaquina Navarro: "la realidad inmediata de cada autor, la tradición y psicología del pueblo a que tal autor pertenece" (*Op. cit.*, p. 23.) Y por lo mismo "las peculiaridades de su ambiente nacional condicionan la producción de la novela realista en forma compleja y, a veces, nueva" (*Ibidem*, p. 30.)

En este grupo de escritores es difícil encontrar una influencia determinada de escuela y de autor, ya que todos conocían la completa evolución de ese estilo en Francia y las diferencias que de él se produjeron en España. A esto se une la importancia que el modernismo adquirió en México, el cual a su vez recibió del parnasianismo francés el anhelo de la perfección de la forma, por lo que dice Julio Jiménez Rueda: "La elegancia, la gracia, el matiz, fueron cualidades dignas de tomarse en consideración en los autores de este periodo. Claro que, en la prosa más que en el verso, se nota ese espíritu de afrancesamiento que tanto criticaron los adversarios del modernismo; pero con ello la prosa adquirió una agilidad, un brillo que antes no tenía." (*Historia de la literatura mexicana*, p. 297.)

López Portillo y Rojas pertenece a este grupo de escritores y a él se debe la novela mexicana rural. *Fuertes y débiles* es la obra que se escogió para este estudio y

se desarrolla tanto en la ciudad como en el campo. De la ciudad refleja el ambiente de contraste social que existe entre la nueva burguesía inconsistente y afectada, con la antigua clase burguesa de México, austera y respetuosa. La primera está representada por Clara Montalvo y su grupo de amigos. La segunda por doña Carlota y su hija. El autor marca las diferencias hasta en los más mínimos detalles en el vestir, en el actuar y en el carácter de cada uno de los personajes de ambos grupos.

La preocupación por la crítica social es más marcada en López Portillo cuando se traslada al ambiente citadino: insiste en que ahí el poder del dinero es superior a las cualidades morales, en que ahí se aceptan todas las exageraciones de la moda por más escandalosas que sean. Censura el deseo de "la nueva aristocracia citadina" en imitar todo lo extranjero, y sobre todo la manía de ponerse nombres en diminutivo, franceses o ingleses, para llamarse entre ellos.

Dentro de ese mismo ambiente de riqueza y lujo describe el autor las Posadas y las fiestas de fin de año con toda clase de detalles, a la vez que muestra el contraste entre dos familias y la forma que tiene cada una de ellas de celebrar esas fechas.

Presenta también un movimiento revolucionario en el medio aristocrático, que no pasa de ser una maniobra política preparada por un grupo de banqueros. Y por último, el desarrollo de la revolución agraria en contra del hacendado. Al plantear este tipo de problemas y conflictos políticos, da idea de los cambios que la sociedad mexicana sufría durante los años que dan principio a este siglo.

La visión que de México ofrece Rafael Delgado en su

novela *Los parientes ricos* es expuesta por él mismo en forma sencilla en el prólogo de la obra. "En esta novela encontrarás descritas y pintadas varias cosas que he visto con éstos mis ojos, y entre ellas muchas otras de las cuales me han dado conocimiento la sociedad en que vivo y los círculos que he frecuentado; todas comunes y corrientes, llanas y vulgares, y tanto que —puedes creerlo— son como el pan de cada día." Para presentar la parte de la sociedad que él desea, se vale de los contrastes. Saca de la vida lenta de Pluviosilla a doña Lola y su familia y la hace actuar en el ambiente de los parientes ricos y la vida acelerada de la ciudad. La sencillez de los provincianos choca con la complejidad de los ciudadanos, por lo que los de Pluviosilla se encuentran descentrados en esa vida, que para ellos es frívola y llena de artificio. Todo este ambiente ayuda a que la estancia de estos personajes en la ciudad sea más penosa, hasta llegar al fatal desenlace. Delgado previene al lector desde un principio que la ida a la ciudad no traerá buenos resultados para esta familia, como dice doña Dolores: "—Me da miedo, mucho miedo, ir a vivir a esa ciudad"; "el bullicio de México va a tener para mí ruidos y estruendos de tempestad"; cuando va en el tren ve en el paisaje "sitios no pisados nunca por humana planta, y tan negros como todo lo que el porvenir guardaba"

La ciudad para Delgado es la escuela en donde se aprende toda clase de vicios: "México ofrece mil encantos, tiene mil peligros"; "¡con qué facilidad se pierden los jóvenes! Hay mucha libertad de costumbres, el vicio cunde como mala yerba" (p. 97). Califica de "frívolo y vanidoso" a México y acentúa que tenía razón quien le llamó "perpetua feria de vanidades" Todo esto contrasta

grandemente cuando recuerda a Pluviosilla, en donde todos estarían contentos “muy metiditos en su casa, sin exigencias, como siempre tranquilos y olvidados” (p. 83). El mismo padre Anticelli les pregunta: —“¿Y qué vais a hacer a México, en esa vuestra Babilonia tan bulli-ciosa y tan... maloliente?” Y más tarde, en la correspondencia que tiene con la familia dirige siempre sus consejos al cuidado de la juventud y habla de los peligros de las grandes ciudades.

Para otros, como Juan, ya México resulta aburrido después de haber vivido en París; en cambio Conchita “estaba muy bien hallada en México”. Todos estos personajes se mueven en la vida metropolitana, pero cada uno de ellos en distinta posición, tanto social como económica, por lo que unos se sienten felices y otros des-centrados.

Y es así cómo en este intercambio de escenas de una clase social a otra, sucede lo que dice Joaquina Navarro, que Delgado “nota con bastante imparcialidad las ventajas y los inconvenientes de la posición económica según el grado de riqueza que se representa”. (*Op. cit.*, p. 138.) Resalta el vicio de los ricos, la falta de ética que tienen en sus actos y su poca consideración por la clase que no tiene dinero en abundancia, pero sí honradez y decencia.

Su forma de describir la ciudad es objetiva, a la vez que llena de adjetivación y contraste: “tiendas resplan-decientes, tenduchos miserables, carnicerías iluminadas y lujosas; boticas somnolientas” Al mismo tiempo va envolviendo al lector en el ruido de la calle: “voces de vendedores, avisos de tranvía, gritos de granujas que pregonaban periódicos”, y en el movimiento: “coches que iban y venían”, “muchos transeúntes en las aceras”, en

n: "la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante" en contraste con "una calle silenciosa y triste, oscura y desierta" (p. 180).

A veces funde el paisaje del atardecer con la ciudad: "Los últimos rayos del astro moribundo centelleaban en las vidrieras de los edificios colaterales, en los vidrios de los coches y en el charol de los carruajes." (p. 211.) El sol declinaba y por la región del norte persistía aún una claridad violácea. Resonaban a lo lejos silbatos de trenes y de máquinas, bocinas de tranvías, y de cuando en cuando, a los rumores de la ciudad cansada venían a mezclarse los ecos de una distante banda militar." (p. 268.)

En el desenlace de la novela vuelve a señalar que dentro de la ciudad lo que abunda es lo malo: "¡Con cuántos bandidos, robadores de honras no nos encontramos diariamente, a cada paso, en esas calles ruidosas, en esa brillante ciudad, en ese cenegal pestífero!" (p. 277.) En la descripción es pictórico con toda clase de detalles y matices, como cuando se refiere a un banquete: "Lucieron las frutas su belleza rústica: las pomitas silfónicas su carmín amoratado; las mandarinas su brillante juboncillo; las naranjas cordobesas su ropilla jalisco; los racimos el ámbar róceo de su orujo dorado, y las uvas, aunque tardías espléndidas, sus penachos esmeraldinos y sus regios ipiles recamados de oro." (p. 302.) En este párrafo, como se puede notar, es afrancesado. Poco más tarde llega a la exageración, cuando continúa en la descripción rebuscada: "el espejo circular del retrato, reflejando la luz de muchas lágrimas de Edison, rodeado de prestigios en torno de una ramilletera venenosa". (p. 303.)

Narrando los idilios de los jóvenes deja entrever sus

gustos literarios, a la vez que indica la música que le agradaba. Todo ello tiene también una fuerte dosis de romanticismo y afrancesamiento, pero el mismo autor dice por boca de Alfonso que realismo y romanticismo “no son términos antitéticos” (p. 235). Alfonso y Margarita estaban enamorados “y de aquel amor eran intérpretes por ambos lados Chopin y Saint Saens, Merdelsohn y Gounod” A veces en los labios del moz hablaban Coppée y Gautier y otras Arvers.

*“Mon ame a son secret, ma vie a son mystère:
Un amour éternel dans un moment conçu. . .”* (p. 234)

Alfonso “no sólo era inteligente, sino culto: hablaba inglés, francés e italiano, seguía con empeño el movimiento literario de Francia; se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación. Con lo cual el autor deja ver el prototipo de muchacho bien educado y culto de la época, a la vez que da una idea clara de lo que llamaba la atención en la literatura y la fuerte influencia francesa que existía durante la dictadura de Porfirio Díaz.

Así muestra este novelista en *Los parientes ricos* una parte de la gente que habitaba también la ciudad en la segunda mitad del siglo. Joaquina Navarro comenta “Delgado podía ver, en el momento de escribir sus novelas, vicios de la vieja sociedad tradicionalista sobreviviendo junto a los defectos de un liberalismo mal aplicado y sumado a las tan poco envidiables condiciones de la sociedad Porfirista.” (*Op. cit.*, p. 135.)

Emilio Rabasa, considerado por Manuel Pedro González como el introductor del realismo en la novela de México, presenta también la ciudad como un centro de corrupción, pero él enfoca su atención a la política, a la vez que deja el registro de la clase burguesa de comienzos del porfiriato.

Se vale de Juan Quiñones para presentar el contraste tan grande que siente un muchacho pueblerino al venir a la ciudad, y la transformación que sufren los personajes al contacto con la metrópoli. Al llegar le parece "una Babel", pero después se va dando cuenta de que "en las grandes ciudades, como nuestra capital, la apariencia es mucho cuento y más de la mitad del negocio", y ésa que en un principio le parece "populosa y opulenta ciudad", después la considera "como un San Martín más grande, menos muerto y menos honrado también" (*La gran ciencia*, p. 178), y llega a preguntarse: "¿Por qué lo huí de aquella ciudad para siempre?" A medida que pasa el tiempo va sufriendo una transformación y va viendo las cosas desde otro punto de vista. Hasta Remedios en el ambiente de la ciudad deja de ser para él lo que era antes: "No era ya la misma para mí ni podía verlo nunca; el polvo de la calle, entrando por los balcones, había opacado sus relucientes cabellos y oscurecido la limpidez de su frente."

Remedios continúa su evolución al contacto con el ambiente de aristócratas: "Había muerto aquella niña hermosa e inmaculada, y había muerto amándome con amor ándido, como las azucenas de suave perfume, modesto, tímido." Y en su lugar había "una camelia inodora, aristocrática, ostentosa y cara". El amor también había cambiado: Antes era "amor puro, franco y descuidado",

ahora estaba envuelto en "las violentas pasiones de la ciudad", por lo que llega a la conclusión de que "el polvo... en esta Ciudad de los Palacios todo lo envuelve y ensucia". En *La gran ciencia* dice: "Yo llegué con un corazón honrado y puro a aquella ciudad, lleno de esperanzas, ajeno de envidias, exento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad." (p. 293.) Y en *Moneda falsa*: "Mis ideas, mis inclinaciones de muchacho de pueblo, han durado en sí hasta hace pocos días, muy pocos; pero protesto no volver a ellas jamás: ser como los otros, como son ustedes; quitarme de escrúpulos y tonterías que amargan la vida y privan de placeres, y que hasta me avergüenzan" (p. 277).

A través de sus novelas el autor va presentando la ciudad en relación con el estado anímico de sus personajes: "Parece que los aires de octubre no son del todo saludables en aquella ciudad, porque nadie dejaba de estar, en la ocasión a que aludo, nervioso y agitado. Otras veces en contraste con el estado de la persona, e este caso Juan: el "tiempo lluvioso y destemplado... el viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza... el viento de aquella noche de noviembre azotándome el rostro abrasado por la fiebre... pero después nuevamente la ciudad se acomoda en su tristeza... mis pasos resonaban en la calle desierta en los ecos lúgubres de la soledad... zumbaba en las rejas de las ventanas con tristorumor cada bocanada de aire que pasaba estrechándose y encogiéndose entre los muros del edificio". Y para dar mayor ambiente de soledad y tristeza hasta "la luna en menguante derramaba sobre la ciudad una luz descolorida y enferma" (p. 295). En cambio cuando est

en la calle de Tacuba con la esperanza de ver a Remedios, hay mayor alegría en su descripción: "La gente iba y venía continuamente a esa hora, agregándose al movimiento común y corriente de la ciudad el de las mil personas que acudían a la catedral o salían de las misas del altar del Perdón. Hormigueaban por aquella parte los voceadores de periódicos y los impertinentes vendedores de bastones, peines y baratijas, que todo se lo meten a uno por la cara. Los gritos de todos ellos, los que daban otros de mayor categoría que tenían sus puestos junto a Las Cadenas de la catedral, voceando de hilo en hilo el inventario de sus mercancías, el ruido de los coches y el chillido de los pitos de hule que cien muchachos desarrapados vendían, formaban el gran rumor de la Plaza Central de la ciudad, llenándola y difundiéndose por las calles adyacentes." (*El cuarto poder*, p. 73.)

Es además el novelista que más claramente capta el ambiente de la época de lluvias y sus problemas. Presenta todo real y objetivamente con el propósito de combatir uno de los defectos urbanos de México, como ya fue visto en uno de los capítulos anteriores.

Otro de los aspectos que incluye el autor con acierto es el político, y como dice Azuela: "Es el primero que se enfrenta con problemas políticos y sociales que otros novelistas mexicanos habían tocado acaso, pero sin la preparación ni los conocimientos de un verdadero sociólogo." (*Op. cit.*, p. 169.) Da un cuadro del gobierno mexicano a fines del siglo XIX y muestra cómo es posible para un hombre que no sabe ni leer ni escribir llegar a ser diputado. La falsedad de la prensa y de la burocracia: "hizo que en sus novelas la tensión recayese sobre los núcleos de la sociedad burguesa de México, que le

parecieron más defectuosos en la pretensión de dirigir el país". (*La novela realista mexicana*, p. 80.)

En *La Rumba*, "Micrós", Ángel de Campo, presenta la vida de la clase pobre que habita un suburbio abandonado y triste, del cual saca a Remedios, su personaje principal, y le muestra el bullicio y la vida de la ciudad. Al hacerlo provoca en la muchacha un estado de inquietud, amargura y descontento, ya que hace comparaciones y establece contrastes entre una parte y la otra, que la llevan a aborrecer la Rumba, con sus "casucas miserables", y a desear con ansias irse a la ciudad que brilla a lo lejos como una "bruma luminosa".

La ciudad no es tampoco para este autor el lugar en el que una simple muchacha de suburbio podrá lograr su felicidad, sino que por el contrario sólo encuentra burlada su ingenuidad. Cornichón en este caso es el hombre que se aprovecha de la situación, y a base de falsas promesas y engaños logra satisfacer su capricho, humillando y tratando a Remedios sin ninguna consideración. Presenta a la ciudad como un falso brillante que atrae la atención de muchachas ingenuas que buscan salir de su esfera social, subir, ser como las *rotas*, andar bien vestidas, por lo que generalmente son la presa fácil de tipos sin escrúpulos.

En sus descripciones "Micrós" utiliza dos elementos de suma importancia, que son la luz y el sonido, con los que logra dar a sus imágenes realismo y claridad. La luz es empleada para dar visión completa de la vida nocturna a base de contrastes. Primero describe las casas que rodean la plazuela: "Delgadas rayas de claridad se filtraban por las rendijas, hacían un lunar de luz en los respiradores de las puertas ya cerradas, con excep-

ción de la tienda, la atolería, cuyo brasero flameaba con llamas azuladas, y la herrería de Cosme Vena, cuyo horno encandecido arrojaba un cono de lumbre que se proyectaba en las tinieblas de la plazuela, daba perfiles diabólicos a los transeúntes que pasaban por su puerta." La lluvia da vida y movimiento: "Danzaban en los sucios charcos el relámpago de la fragua y la moribunda luz de la tienda." (*La Rumba*, p. 189.)

En la ciudad la Alameda "parecía un antro, trémulas lucecillas rojas palpitaban a lo lejos, las negras frondas cuchicheaban, y en su negror ardían con luz suave, fosforescentes y fugaces constelaciones de luciérnagas", mientras que en los portales "a la luz de los quinqués brillaban los dulces baratos".

Con el sonido acaba de redondear el ambiente de tristeza que reinaba en el suburbio: "sonaba allá melancólica el arpa de un aguador"; "la vigüela de un zapatero", los rumbeños "cantaban sones tristes y lánguidos"; "una vendedora de elotes lanzaba su plañidero grito, que tenía todo el acento de un sollozo". Otras veces combina sonido y luz, como en los párrafos siguientes: "Los trenes al pasar arrojan el reflejo de sus linternas en las altas murallas; resuenan escandalosamente los cascabeles de las mulas y el chirrido de los rieles", y cuando la "Rumba" regresa derrotada y triste, llueve: "ni una luz en las casas, ni un rumor en el empapado chopo" (p. 340).

Joaquina Navarro interpreta: "La selección de detalles fuertemente realistas, empleados con moderación y sin repugnancia en la imagen cruda de la miseria, realzan la tristeza y la comprensión que el autor siente por los ambientes que pinta. Las descripciones con esa sencilla combinación de realismo y de tristeza intencio-

nadamente social, son breves y tienden a la poetización, a la sátira, según el tema mismo de la descripción.” (*Op. cit.*, p. 171.)

Carlos González Peña es el pintor de la ciudad, pero no es un pintor triste como “Micrós”, sino que la mayoría de sus cuadros son alegres y llenos de colorido. Les da esa alegría a base de imágenes sonrientes, movimiento y sonido: “Reía el patio con el vaivén de sus moradores, los gritos de los hombres, las charlas de las mujeres y el lloriqueo de los chiquillos que iban a la escuela anhelantes de holganza. El retintín de las jarras de los lecheros que medían el blanco líquido en sendos litros de hojalata, mezclábase al grito agudo de las vendedoras de legumbres, que se detenían en mitad del patio con el cesto rebosante de coles, lechugas y tomates al hombro. —¡Mercarán calabacitas! ¡Mercarán ejotes! ¡Las calabacitas, niñas! ¡Los ejotes!” (*La chiquilla*, p. 215.)

Otras veces él mismo habla de pinceladas y de matices: “Una pincelada larga de lila rosa se destacó en el azul... Comenzó a clarear el día. Fulgores de lila y rosa muy pálidos matizaron el cielo... El césped bañado por la luz, tenía matices extraños... La masa de la tierra se fundía en la pincelada negra, vaga, ondulante.” Su método es el de un pintor: “La vaga tonalidad azul de su cielo... El cielo veteado de blanco adquiriría un tinte sonrosado... Extendíase el cielo de un tinte azul oscuro.”

El colorido a veces sube mucho de tonalidad y se vuelve fuerte, como cuando habla de los fuegos artificiales el día de la fiesta nacional: “dejando caer desde lo alto lluvias de estrellas multicolores, miríadas de átomos de un rojo vivo”.

Es metafórico y plasma con imágenes las ideas: Los fuegos artificiales “manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces las lucecillas convertíanse en cabelleras inmensas. . . Después poblábase el azul de un florecimiento extraño. Millares de flores exóticas, multicolores, se esparramaban en todas direcciones”. Con ello logra dar un ambiente “incendiado, radioso”, que completa con el rumor que se alza de la ciudad: “gritos confusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbres invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor de la fiesta nacional” (p. 269). Y da idea de plasticidad cuando habla de la catedral, que en ese momento ve “pesada, aplastada por sus torres, recortada en el cielo oscuro su silueta fantástica”

Las campanas de las iglesias de la ciudad siempre están presentes en la obra, ya sea para expresar alegría o tristeza. En el primer caso semejan “coro de pilluelos” con su “tintineo juguetero”. En el segundo caso la llamada es “monótona, quejumbrosa”, con “un lamento débil”.

Los meses del año a que se refiere tienen también su personalidad. Enero, “brumoso y frío”; pasan los días y habla del “ambiente tibio de junio”; septiembre “es el mes maldito”. Se presenta después “el otoño más paliducho y enfermo que sus antecesores”, y noviembre “tenía palideces de enfermo; la vaga tonalidad azul de su cielo, la melancólica alegría de sus mañanas, el caer voluptuoso de sus tardes”. En diciembre apareció “el sol paliducho de invierno”. El estado del tiempo y el estado de salud o ánimo de los personajes están siempre íntimamente ligados.

En *La Chiquilla* se ve muchas veces la ciudad y el paisaje a través de las ventanas y los cristales. En las primeras páginas de la obra, Antoñita "se encaminó a la ventana. Bajo el inmenso dombo en que titilaban las estrellas, la ciudad dormía. Los techos, unos altos, bajos los otros, extendíanse en negruzca masa hasta la línea gris del horizonte, anegados en la lechosa luz de la luna. Lucecitas tenues aparecían aquí y allá, rasgando la penumbra. Las calles semejaban anchas cintas luminosas, que se dilataban paralelas hasta desvanecerse en el fulgor blanquecino que ascendía, esfumándose suavemente en el cielo. El cielo traía consigo murmullos casi imperceptibles, ahogados a veces por el silbido de los trenes o el toque argentino de alguna campana de reloj" (p. 19).

En época de lluvias, Clara, "con la frente apoyada en los cristales, miraba caer el agua en delgados hilos, que al chocar contra el suelo producían un quejido lento, doloroso. . . La ancha avenida extendíase hasta el horizonte, donde el relámpago hacía girones el cielo oscuro. La luz de los focos reflejábese en manchas blanquecinas que lucían a intervalos sobre el pavimento mojado. Las fachadas, altas y regulares, recortaban el espacio en una línea sinuosa, y los arbolillos plantados junto a la acera estremecíanse, azotados por el aire" Eugenio Linares, tras el cristal del café La Dama Blanca "contemplaba la calle, ancha, con sus edificios modernos, engastados en caserones arcaicos, con el trajín batallador de la mañana, con el ir y venir de los transeúntes que marchaban con paso rápido o arrastrando los pies bajo el amodorrado sol de invierno" (p. 115). Por último Antoñita, antes de morir, ve la ciudad: "Se acercó a la ventana: el mar de techumbres continuaba allí, inmovible, perdiéndose en el azulado horizonte." (p. 337.)

González Peña presenta la casa de vecindad con su gran patio y sus muchas viviendas, en donde viven familias que luchan diariamente por solucionar sus problemas económicos, y que allí comparten alegrías y tristezas. Desarrolla el tema teniendo como fondo el problema moral por el que pasan las muchachas que carecen de medios suficientes para vivir; sobre de ellas cae la responsabilidad y el peso de la casa. El problema económico acarrea consigo una vida pesada de trabajo y sacrificio que culmina en este caso con la muerte de Antoñita.

Antonio Castro Leal dice en el prólogo a *La Chiquilla*: "En el trozo de esas vidas anhelantes y tristes, en la descripción de ese ambiente sórdido y pintoresco, el novelista va poniendo, sin conmoverse, con la objetividad de un pintor, el rasgo elocuente, la línea que ilustra y define, repartiendo por igual su interés entre las figuras y el medio en que se mueven."

Al llegar a Gamboa se ve un aspecto diferente de la ciudad; parece como si ésta hubiera envejecido a través de las novelas prostituyéndose a la vez.

Todo ha cambiado, la ciudad se ha revestido de pátina y sus edificios conservan las huellas que les han ido dejando los años. El 15 de septiembre por la noche, la Plaza de Armas, con su quiosco en el centro, echa "más luz eléctrica que fanal al que se le hubieran roto los cristales exteriores". Enfrente, "el Palacio, severo y regular, enorme, disfrazando la fealdad de su fachada en los cortinajes de sus balcones. . . , a la diestra la vetusta casa del Ayuntamiento, la Diputación, también encortinada y alumbradísima, sin lograr borrarse las arrugas y

el sombrío aspecto que le prestan los años: Maciza, ingrata, anacrónica. A su frente, limitando al norte la extensa plaza, la Metropolitana, monumental, eterna, imponente; erguidas sus torres, grises sus muros, valiente cúpula, formidable su conjunto de coloso de piedra incommovible a la que no arredra ni el tiempo ni los odios. . . . A su lado, el Sagrario, en su perpetuo y desgraciado papel de pegote churrigueresco. . . ., los portales de Mercaderes truncos y asimétricos por el Centro Mercantil" (*Santa*, p. 97.)

En las calles "mucho rodar de tranvías y coches, mucho pataleo de caballos, mucho charlar y mucho reír, mucho griterío y mucho voceo de diarios". Hasta los teatros y los restoranes han cambiado. Los primeros al descorrer sus telones "eructan polvo" junto con "sombras y hedores extraños", y en el Tivoli Central "los camareros frotan los mármoles de las mesas vacías, que a modo de lápidas de un cementerio fatídico de almas enfermas y cuerpos pecadores, parecen aguardar a que en su superficie graben fugaces epitafios de fugaces amores envenenados". Mientras tanto, Santa, el personaje principal, "considerábase reina de la entera ciudad corrompida" Esteban y Fabián, los únicos contactos que le quedaban con el mundo anterior, habían desaparecido: "la ciudad vorágine se los había tragado"

Al llegar a la ciudad, Santa es una muchacha joven, sana, fuerte, y su espíritu es alegre y bullicioso, pero está predestinada por el autor a llevar una vida viciosa: "si parece que me empujan y me obligan a hacer todo lo que hago". Así va cayendo como "si una fuerza sobrehumana la hubiera echado a rodar con empuje formidable por todas las lobregueces de las simas sin fon-

do de la enorme ciudad corrompida" (p. 276). Aquella muchacha luminosa se convierte en "un pedazo de barro humano, de barro pestilente y miserable".

El autor identifica a Santa con la ciudad: "florencia magnífica de la metrópoli secular y bella, conagos para sus arrullos y volcanes para sus iras, pero pecadora, cien veces pecadora; manchada por los pecados de amor de razas idas y civilizaciones muertas. . . , manchada por los pecados de amor de varias invasiones de guerreros rubios y remotos. . . , manchada por los pecados complicados y enfermizos del amor moderno." (p. 117.) Hasta que llega al final a compararla con las aguas sucias y los albañales de la ciudad. Así va Santa en el vicio "a la manera en que las aguas sucias e impuras de los albañales subterráneos galopan por los oscuros intestinos de las calles. . . , allá van, sin saber dónde, golpeándose contra insensibles paredes tapizadas de barro y limo que las estrangulan, deforman yancauzan, que casi han de contemplarlas con las cicatrices que las inmundicias han grabado y esculpido tenazpacientemente, y que en el antro simularán ojos condenados a perpetua fijeza, a nunca parpadear, a ver la luz de las aguas impuras, con sus iris de lepra y sus pupilas de cieno. . . Allá va. . . retratando lo negro, lo escondido, lo innombrable que no debe mostrarse . . . allá a expulsada de la ciudad y de las gentes, a golpearse contra los hierros de la salida, a morir en el mar, que la amortaja y aguarda, que quizás sea el único que reverde que nació pura, en la montaña que apagó la sed fecundó los campos; que fue rocío, perfume, vida. . ." (p. 276.)

Una vez más, la ciudad es un lugar de perdición y

de vicios que contrasta grandemente con el pueblito de Chimalistac: "tan próximo y tan distante a un tiempo, lazo de unión, guirnalda de flores, de árboles frutales y de casitas blancas" (p. 205).

Esta ciudad que presenta Gamboa es indiferente a la muerte de Santa, como la ciudad de González Peña lo es a la muerte y al sacrificio de Antoñita, y la llama "la inmensa ciudad insensible" con sus "calles indiferentes y colmadas de vida" Joaquina Navarro ha mostrado que "la monstruosidad latente en la gran ciudad" aparece ya en *Apariencias*, y que "lo que Gamboa va haciendo a través de sus novelas es tratar de aproximarse a la imagen de la urbe que mejor representa esa aterradora personalidad". (*Op. cit.*, p. 279.) *Santa* es la novela que con mayor objetividad presenta el ambiente de depravación urbana.

APÉNDICE

OSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI (1776-1827). Nace en la Ciudad de México. Sus primeros estudios los hace en Tepozolán, después cursa el bachillerato en San Ildefonso pero no se gradúa. Es partidario del movimiento de Independencia y lo defiende en sus escritos, por lo que sufre persecuciones por parte del gobierno virreinal. Es periodista, poeta, fabulista, dramaturgo y novelista. En 1812 lanza *El Pensador Mexicano*, su primer periódico, y después adopta ese nombre como pseudónimo. Su poesía es popular y encuentra en la fábula el medio más accesible para moralizar. Siente la necesidad de transmitir al pueblo un nuevo sentir de la vida, mostrarle sus errores, educarlo, y esto lo hace a través de toda su obra, pero para no ser censurado y apresado opta por la novela, que a la vez que entretiene sirve para propagar sus ideas de reforma social. Es así como publica *El Periquillo Sarniento* (1816), que es su novela más famosa, *La Quijotita y su prima* (1819), *Don Catrín de la Hacienda* (1832) y por último *Noches tristes y Día alegre* (1818).

MANUEL PAYNO (1810-1894). Nació en la Ciudad de México. Fue modesto empleado de Hacienda y luego ascendió a ministro. Como diplomático viajó por Europa y los Estados Unidos. Su vida estuvo fuertemente ligada a la política de México. Le tocó el periodo de Santa Anna, luchó contra la Invasión Norteamericana, durante la Intervención Francesa fue encarcelado, reconoció el Imperio de Maximiliano y por último fue senador durante el gobierno del general Díaz. Cultivó el ensayo, el cuento y colaboró activamente en el periodismo. Fue uno de los iniciadores de la novela de folletín con *El pistol del Diablo* (1845-46), sus otras

novelas son: *El hombre de la situación* (1861) y *Los bandidos de Río Frío* (1888-91), su obra más leída. Es Payno esencialmente romántico y tiene una gran habilidad para la descripción costumbrista.

JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR, "Facundo" (1830-1894). Nace en la Ciudad de México, estudia en San Ildefonso (fue fotógrafo y pintor), y durante la Invasión Norteamericana defensor del Colegio Militar; después desempeñó cargos en la Secretaría de Relaciones y estuvo en los Estados Unidos como representante de México. Escribió en las revistas de su época e hizo obras teatrales, pero alcanza mayor éxito en sus novelas de costumbres: *La Linterna Mágica* es el título general de las obras: *Ensalada de pollos*, *Historia de Chucho el Niño*, *Isolina la ex-figuranta*, *Las jamonas*, *Las gentes que son así*, *Baile y cochino*, *Los maridos*, *Los fuereños* y *La Noche Buena*. En las novelas estudia la sociedad de la época con intención satírica. Es costumbrista y moralista. Perteneció a varias sociedades literarias y culturales

JUAN DÍAZ COVARRUBIAS (1837-1859). Nace en Jalapa, Veracruz. Estudia en el Colegio de Letrán y más tarde decide hacerse médico. Perteneció al partido liberal y prestó sus servicios profesionales en el campamento de Tacubaya, por lo que fue fusilado y se cuenta entre los "mártires de Tacubaya". Fue poeta, periodista y uno de los iniciadores de la novela histórica con su obra *Gil Gómez el insurgente*. Sus otras dos novelas son: *La clase media* y *El Diablo en México*, que tratan problemas sociales.

PEDRO CASTERA (1838-1906). Nace en la Ciudad de México. Es soldado y lucha contra la Intervención Francesa y el Imperio. Colabora con artículos en los periódicos. Escribe cuentos, versos y novelas; entre ellas se destacan *Los maduros* y *Carmen* (1882), que aparece en folletín y que es la más interesante de las novelas sentimentales del siglo XIX.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS (1850-1923). Nace en Guadalajara, Jalisco. Se recibe de abogado. Va a Europa y Oriente y escrit

sobre sus viajes. Fue catedrático de literatura y ocupó eminentes cargos públicos; cultivó el periodismo, la poesía, la crítica y el cuento, pero en lo que más destacó fue en la novela y en sus relatos. Escribe *La parcela* que es su novela más conocida, *Los precursores* y, por último, *Fuertes y débiles*, en la que presenta la vida de la sociedad porfirista en la Ciudad de México. Fue director de la Academia de la Lengua.

RAFAEL DELGADO (1853-1914). Nace en Córdoba, Veracruz. Estudia en Orizaba y dedica su vida a la enseñanza y al cultivo de las letras. Escribió para el teatro sin obtener éxito; fue periodista y cuentista, pero debe su fama a la novela. Escribe *La Calandria* (1890), *Los parientes ricos* (1901-'02), *Angelina* (1901-'02) e *Historia vulgar* (1904). En sus novelas plantea problemas familiares en diferentes niveles económicos de la sociedad de su tiempo. Perteneció a la Academia de la Lengua y al Liceo Altamirano.

EMILIO RABASA (1856-1930). Nació en Ocozocoautla, Chiapas. Estudió leyes y se recibió de abogado. Destacó en su profesión, fue periodista y maestro además de gobernador de su Estado y representante de México en los Estados Unidos. Escribió con el pseudónimo de "Sancho Polo" una serie de *Novelas Mexicanas* (1887-'88), y después su obra en cuatro partes: *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Fue miembro de diversas agrupaciones científicas y literarias.

FEDERICO GAMBOA (1864-1939). Nace en la Ciudad de México. Hace la carrera de abogado. Fue diplomático y durante el gobierno de Huerta, secretario de Relaciones Exteriores. Más tarde fue presidente de la Academia de la Lengua. Periodista y traductor, escribió también teatro y novela. Publica *Del natural* (1889), que es su primer libro de novelas cortas. *Apariencias* (1882), *Suprema ley* (1895), *Metamorfosis* (1899) y *Santa* (1903), la más famosa. También *Reconquista* (1908) y *La Llagga* (1912).

ÁNGEL DE CAMPO "Micrós" o "Tic-Tac" (1868-1908). Nace en la Ciudad de México. Estudia en la Escuela Nacional Preparatoria. Fue maestro, periodista y funcionario del Ministerio de Hacienda. Sus artículos y cuentos se hallan en los periódicos de la época. Publicó sus cuentos: *Ocios y apuntes* (1890), *Cosas vistas* (1894) y *Cartones* (1897) y la novela *La Rumba* (1890-'91). En sus escritos dedica su atención a la clase media. Posee realismo en la imagen y ejerce una fuerte crítica social.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA (1885-1955). Nace en Lagos de Moreno, Jalisco. Fue periodista y catedrático, también escribió teatro y novela. Publica *La musa bohemia* (1909), *La fuga de la Quimera* (1919) y su novela más conocida, *La Chiquilla* (1907). Perteneció al Ateneo de la Juventud y a la Academia Mexicana de la Lengua.

BIBLIOGRAFÍA

Directa

- CAMPO, Ángel de.—*Ocios y apuntes y La Rumba*. Edición y prólogo de María del Carmen Millán. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1958.
- CASTERA, Pedro.—*Carmen*. Edición y prólogo de Carlos González Peña. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1950.
- CUÉLLAR, José T. de.—*Ensalada de pollos y Baile y cochino...* Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1946. [Citado: *Ensalada*.]
- Historia de Chucho el Niño y La Noche Buena*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1947. [Citado: *Chucho*.]
- DELGADO, Rafael.—*Los parientes ricos*. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1944.
- DÍAZ COVARRUBIAS, Juan.—*El Diablo en México*. Prólogo de Pedro Frank de Andrea. Biblioteca Mínima Mexicana. Vol. 4. Ed. Libro Mex. México, 1955.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDÍ, José Joaquín.—*Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre*. Edición y prólogo de Jefferson Rea Spell. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1959.
- El Periquillo Sarniento*.—Prólogo de Jefferson Rea Spell. Editorial Porrúa. México, 1962.
- La Quijotita y su prima*. Cámara Mexicana del Libro. México, 1942.
- GAMBOA, Federico.—*Santa*. Ediciones Botas. México, 1947.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos.—*La Chiquilla*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1946.
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, José.—*Fuertes y débiles*. Librería Española. México, D. F. s/f.
- PAYNO, Manuel.—*Los bandidos de Río Frio*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos. Vols. I-V. Editorial Porrúa. México, 1945. [Citado: *Bandidos*.]
- RABASA, Emilio.—*El cuarto poder. Moneda falsa*. Edición y prólogo de An-

tonio Acevedo Escobedo. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1948.

—*La bola y La gran ciencia*. Edición y prólogo de Antonio Acevedo Escobedo. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1948.

Indirecta

ALEGRÍA, Fernando.—*Breve historia de la novela hispanoamericana*. Manuales Studium, 10. Ediciones De Andrea. México, 1959.

AZUELA, Mariano.—*Cien años de novela mexicana*. Ediciones Botas. México, 1947.

✓ BELLORITO, El Enano.—*Sucesos y tradiciones del pasado*. Ed. Briseño. México, s/f.

BENÍTEZ, José R.—*El traje y el adorno en México*. (1500-1910). Guadalajara, 1946.

BRUSHWOOD, John S. y ROJAS GARCIDUEÑAS, José.—*Breve historia de la novela mexicana*. Manuales Studium, 9. Ediciones De Andrea. México, 1959.

COSÍO VILLEGAS, Daniel.—*Historia moderna de México*. La República Restaurada, *La vida social*. Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy. Editorial Hermes, México, Buenos Aires, 1956.

CUEVAS, Mariano.—*Historia de la nación mexicana*. Talleres Tipográficos Modelo, S. A. México, 1940.

ESCARPIT.—*Historia de la literatura francesa*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1955.

FERNÁNDEZ LEDESMA, Enrique.—*La gracia de los retratos antiguos*. Prólogo de Marte R. Gómez. Ediciones Mexicanas, 1950.

—*Viajes del siglo XIX*. Señales y Simpatías en la Vida de México. México, 1933.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín.—*El Pensador Mexicano* (Antología). Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez. Biblioteca del Estudiante Universitario. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

✓ GONZÁLEZ, Manuel Pedro.—*Trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas. México, 1951.

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis.—*México viejo*. Editorial Patria. México, 1959.

—*Las calles de México*. *Leyendas y sucesos*. Ed. León Sánchez, Sucs. México, 1922.

—*La vida en México en 1810*. Prefacio de Carlos González Peña. Ed. Stylo. México, 1943.

HALWACHS, Maurice.—*Las clases sociales*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954.

✓ HOWLAND BUSTAMANTE, Sergio.—*Historia de la literatura mexicana*. Editorial F. Trillas, S. A. México, 1961.

- ✓ JIMÉNEZ RUEDA, JULIO.—*Historia de la literatura mexicana*. Ediciones Botas. México, 1957.
- Las calles de México, Historia y leyenda*. 2a. Ed. Tomos I y II. El Libro Español. México, 1945.
- MAYER, Brantz.—*México, lo que fue y lo que es*. Prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.
- MILLÁN, María del Carmen.—*El paisaje en la poesía mexicana*. Imprenta Universitaria. México, 1952.
- Literatura mexicana*. 1a. Ed. Editorial Esfinge, S. A. México, 1962.
- MORENO VILLA, José.—*Cornucopia de México*. Porrúa y Obregón, S. A. Colección México y lo Mexicano. México, 1952.
- ✓ MONTERDE, Francisco.—*Historia de la literatura mexicana*. Editorial Porrúa. México, 1952.
- ✓ NAVARRO, Joaquina.—*La novela realista mexicana*. Compañía General de Ediciones, S. A. México, 1955.
- NÚÑEZ MATA, Efrén.—*México en la historia*. Talleres Gráficos de la Nación. México, 1951.
- REYES, Alfonso.—*Visión de Anáhuac. Obras completas*. T. II. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- ROMERO FLORES, Jesús.—*México, Historia de una gran ciudad*. Prólogo de Guillermo Ibarra. Ediciones Morelos. México, 1953.
- SCHÜCKING, Levin L.—*El gusto literario*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1954.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de.—*El Canillitas*. Autores Hispanoamericanos Contemporáneos. México, 1953.
- VARIOS.—*Los mexicanos pintados por sí mismos*. Ed. Simbolo. México, 1946.

SUMARIO

| | PAGS. | | PAGS. |
|---|-------|--|-------|
| <i>Advertencia</i> | 9 | 3. Tipos de la época que han desaparecido o están a punto de extinguirse totalmente | 95 |
| I. FISONOMÍA HISTÓRICA (1810-1910) | 11 | Los aguadores | 95 |
| II. LA CIUDAD | 25 | El sereno | 96 |
| La Vifa | 36 | Losregoneros | 97 |
| Suburbios de la ciudad | 38 | Los garbanzos | 98 |
| Transportes | 42 | Los cargadores | 99 |
| <i>Un día de la ciudad visto a través de sonido y color</i> | 46 | Los mendigos | 99 |
| El amanecer | 46 | Los macehuales | 102 |
| Las primeras horas de la mañana | 47 | Las indias en sus chalupas | 102 |
| Al mediodía | 47 | Hombre de a caballo | 102 |
| Al declinar el día | 47 | Traje de china | 103 |
| Y cayó la noche | 49 | 4. Tipos populares de la época de Lizardi | 103 |
| III. LA SOCIEDAD | 51 | Castas | 105 |
| A principios de siglo | 51 | 5. Tipos extravagantes | 106 |
| Años más tarde | 52 | Forma de vestir | 107 |
| Al terminar el siglo | 53 | Los petimetres | 108 |
| Aspecto físico del <i>pollo</i> | 63 | Las currutacas | 108 |
| Carácter e ideas | 64 | Los pisaverdes | 109 |
| Alto copete | 65 | Los lagartijos | 109 |
| Educación y costumbres | 66 | <i>Modas en general</i> | 109 |
| Un producto del suburbio | 76 | Modas deportivas | 111 |
| Degradación | 79 | Moda masculina | 112 |
| <i>Vida familiar</i> | 81 | V. DIVERSIONES | 115 |
| <i>Política</i> | 84 | Tertulias | 115 |
| IV. TIPOS CITADINOS | 89 | Tertulias de juego | 116 |
| 1. <i>Los permanentes</i> | 89 | Bailes caseros | 116 |
| El maestro | 89 | Fin de año | 122 |
| El médico | 91 | Posadas en una vecindad | 122 |
| El licenciado, el cura y el juez | 91 | Nochebuena | 123 |
| 2. <i>Tipos que subsisten con nombres diferentes y ciertos cambios en sus actividades</i> | 94 | Año nuevo | 125 |
| El barbero | 94 | <i>Fiestas cívicas</i> | 126 |
| El cochero | 94 | <i>Fiestas religiosas</i> | 129 |
| Los rotos | 95 | El altar de Dolores | 129 |
| | | Nuestra Señora de la Merced | 130 |
| | | Nuestra Señora de Guadalupe | 131 |
| | | <i>Diversiones populares</i> | 132 |
| | | <i>Los teatros</i> | 135 |
| | | VI. RECAPITULACIÓN | 137 |
| | | <i>Apéndice</i> | 161 |
| | | <i>Bibliografía</i> | 165 |